



GRANDES DETECTIVES

Jirō Akagawa

LOS MISTERIOS DE LA GATA HOLMES



LA RAPSODIA DE LA GATA HOLMES



Lectulandia

Tras recibir una amenaza de muerte, la joven violinista Mari Sakurai permanecerá aislada junto al resto de finalistas de un prestigioso certamen musical en una residencia a las afueras de Tokio. El detective Katayama es el elegido para proteger a los participantes.

Durante la semana que estarán incomunicados, Katayama, junto a la perspicaz gata *Holmes*, se enfrentará a un sinfín de sucesos inesperados y desvelará la oscuridad que se esconde tras las bambalinas del brillante escenario musical.

Lectulandia

Jirō Akagawa

La rapsodia de la gata Holmes

Los misterios de la gata Holmes - 4

ePub r1.0

Titivillus 11.01.2019

Título original: *Mikeneko Holmes no Rhapsody*

Jirō Akagawa, 1981

Traducción: Madoka Hatakeyama

Revisión y adaptación: Eva González Rosales

Diseño de cubierta: Cuadratín

Editor digital: Titivillus

Colaboración: Grupo LDS

ePub base r2.0



más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

La rapsodia de la gata Holmes

Introducción

El autor

Sobre *Holmes*, la gata calicó

Sobre la presente novela

Primer capítulo. Afinación

1

Segundo capítulo. Primer movimiento

1

2

3

4

5

Tercer capítulo. Segundo movimiento

1

2

3

4

5

6

Cuarto capítulo. Tercer movimiento

1

2

3

Quinto capítulo. Final

1

2

3

4

5

6

Sexto capítulo. ¡Otra, otra!

Sobre el autor

Notas

INTRODUCCIÓN

El autor

Nacido en el año 1948, Jirō Akagawa es un autor irremisiblemente unido al género de las novelas de misterio en su país de origen.

Influenciado intensamente por el manga gracias al impacto que produjo en él la obra de Osamu Tezuka (considerado padre del manga) y por *Las aventuras de Sherlock Holmes* de sir Arthur Conan Doyle, empezó a escribir sus propias historias a una edad muy temprana y se manifestaba constantemente como un joven muy imaginativo.

Tras graduarse y trabajar varios años primero en una librería y luego en *La Sociedad Japonesa de Ingenieros Mecánicos* (日本機械学会), cuando parecía que difícilmente escribiría novela alguna, en el año 1975 empezó a trabajar en su faceta literaria. El año siguiente debutó con la obra: *El tren fantasma* (幽募列兼), que recibió el galardón *All Yomimono* al autor novel de novelas de misterio (オール瞭核雄理火説統人賞).

El año 1978 publicaría su *best seller*, *Las deducciones de Holmes, la gata calicó* (三手便ホームズの雄理), que lo convirtió en un escritor sumamente popular entre los lectores, que siguieron esa serie y las muy diversas obras que el autor fue publicando de forma continua. En ellas, demuestra su talento prolífico para contar las historias en su mayoría focalizadas en el género del misterio; sea con historias detectivescas, novela negra o historias con protagonistas corrientes que se enfrentan a misterios o simplemente los provocan. Todas ellas salpicadas de sentido del humor e ironía, en las que no faltan elementos escabrosos.

Su debut y la primera novela de *Holmes* solo sería el principio de una larga trayectoria en la que con su talento, ha trabajado e innovado el campo del misterio en toda su amplitud. Talento que se ha visto ampliamente reconocido con el *Premio Kadokawa al Género de la Novela* (民川火説賞) por *El réquiem de consagrarse a una esposa terrible* (兼凄任俸代るレクイエム) (1980), el galardón en reconocimiento a los logros de toda una vida en la literatura de misterio japonesa (日本ミステリー文学大賞) (2006) y las diversas nominaciones entre los años 1979-1982, en premios de renombre como el *Galardón del Gremio de Escritores de Misterio Japoneses* (日本推理拝索後絵賞), el *Premio Naoki* y el *Premio Eiji Yoshikawa*.

Durante más de treinta años de trayectoria ha publicado más de 480 novelas. Dos de las más populares entre los jóvenes fueron *Una voz del cielo* (天ガちの声) y *Uniformes de escolares y ametralladoras* (七-ズ-腹と後閑徐), que han tenido su correspondiente adaptación bien a la animación, o bien al cine.

Sin embargo, las obras que han tenido más fama han sido sus once series de novelas, entre las cuales destacan la de *Holmes, la gata calicó* (三毛横ホ一ムえ), la de *Las tres hermanas detectives* (三妹姉狭偵団), la de *La familia Hayakawa* (早川一家).

Asimismo, también ha trabajado en la adaptación de muchas de sus obras al cine, al mundo de los videojuegos y a la televisión en formato de serie televisiva, que a lo largo de los años han ido apareciendo de forma casi constante en las diversas cadenas japonesas.

Sobre *Holmes, la gata calicó*

Como se ha mencionado ya, la serie de *Holmes, la gata calicó* es una de sus series de novelas de mayor popularidad, hasta el punto que hasta la fecha ha tenido adaptaciones en todos los ámbitos; sea televisión, teatro, animación, cómic o videojuegos.

Sus adaptaciones televisivas se remontan a los años 1989-1991, en los que se produjo una serie de 3 obras teatrales realizadas para el formato televisivo. Luego vería aparecer su primera adaptación como serie de televisión entre los años 1996-1998.

Su adaptación más reciente como serie de televisión se estrenó el año 2012 bajo el título homónimo de la novela *Las deducciones de Holmes, la gata calicó*.

Esta última fue emitida por *Nikon Terebi* y se trata de una adaptación libre de la novela que compila algunos de los casos más populares del universo de la felina. Pese a poseer aspectos que difieren respecto a la obra original, conserva la frescura de la obra y su contraste entre la vertiente cómica y la criminal de los casos con los que se encuentra el protagonista: un detective de la policía atípico con fobias inconcebibles y un talante sin el arrojo de los detectives épicos, que han hecho que se gane el apodo de princesita entre sus compañeros. Además, las situaciones por las que lo hace pasar el autor tampoco ayudan a dignificar su figura, componiendo así un contraste tan curioso, como atractivo y fresco, en unas historias cargadas de crímenes y de detalles siniestros. Y tal como describe el título y se ha indicado anteriormente, la serie la coprotagoniza *Holmes*, una gata calicó terriblemente inteligente que va a tener mucho que ver con la resolución de sus casos.

La serie también tuvo diversas adaptaciones a la animación y luego, durante los años 2006-2007, al *manga* o cómic japonés de mano de diversos dibujantes, algunos muy conocidos en este sector editorial como son Yumiko Igarashi, Hajime Tomita y Kaoru Ōhashi, entre otros.

Sobre la presente novela

La novela que les presentamos en esta ocasión, *La rapsodia de la gata Holmes*, es la cuarta entrega de la serie dedicada a la felina detective. Hasta la fecha, editorial Quaterni ha publicado el primer y el tercer volumen de esta colección.

Toda la serie se rige por el principio de presentar un nuevo caso por volumen que por lo general no guarda relación con los anteriores, por lo que puede empezar la serie por cualquiera de las tres novelas. Incluso en su país de origen, creados por la editorial y por los propios lectores, existen listados donde se facilitan los títulos más determinantes y/o emblemáticos de la colección que permiten al lector casual capturar la esencia de las andanzas de sus protagonistas sin necesidad de tener que leer la totalidad de los numerosos libros que integran la colección hasta la fecha.

Los únicos factores que podemos calificar como permanentes en esta serie de novelas son sus dos protagonistas principales: El detective Yoshitarō Katayama de la Comisaría Central Metropolitana y su gata *Holmes* que hace las veces de sabueso. Asimismo, a menudo se ven arrojados en las diversas tramas por su círculo inmediato representado a menudo por su hermana Harumi y por el detective Ishidzu.

Para terminar, el lector encontrará en *La rapsodia de la gata Holmes* una trama fiel a los cánones de Akagawa: una historia ligera e intemporal cargada de crímenes y misterios sin resolver, mucha ironía y una *Holmes* más en forma que nunca.

PRIMER CAPÍTULO

AFINACIÓN

1

Aunque todavía quedaba mucho para final de mes, el restaurante del hotel estaba lleno esa noche.

—Lo siento mucho, señor —se disculpó un hombre vestido de esmoquin, posiblemente el metre. Parecía acalorado—. Hoy tenemos más clientes que nunca.

—Pero ¿no puede darnos mesa? —insistió Ishidzu, malhumorado.

—Será difícil, porque tenemos muchas reservas. En este momento, todas las mesas están ocupadas —le explicó el metre amablemente, aunque lo que de verdad quería decir era que se fuera si no tenía reserva.

Harumi Katayama agarró a Ishidzu del brazo.

—Venga, Ishidzu, no hay nada que hacer. Iremos a otro sitio.

—Ya, pero...

Harumi entendía la insistencia de Ishidzu. Los detectives no cobraban demasiado; lo sabía porque su hermano Yoshitarō también era policía. Ishidzu quería invitarla a cenar y se habían quedado sin mesa. Suponía que el orgullo masculino le impedía rendirse.

—¿Por qué no venimos otro día? —sugirió Harumi.

—No sé en qué otro momento podré invitarte —le contestó él con sinceridad—. Harumi, ¿puedes salir un instante?

—¿Por qué?

—Hazme caso. Tengo una idea —le dijo, enderezándose.

—De acuerdo. Te esperaré en aquellos sillones.

Harumi salió del restaurante, que estaba junto a cinco o seis establecimientos más en la planta -1, entre los que había un espacio amplio con unos bonitos sillones. Harumi se acercó a ellos y se sentó.

¿Habrá cenado ya Yoshitarō? ¿Habrá puesto de comer a Holmes? Bueno, si no lo ha hecho, seguramente se lo habrá pedido ella. Mi hermano me preocupa: aunque va a cumplir treinta años, no parece tener planes de casarse..., pensó Harumi.

Sus compañeros de trabajo culpaban de ello a Harumi. «Como le ayudas tanto y vive tan cómodamente, no piensa en casarse. ¿Por qué no te casas tú primero? Así, tu hermano también querrá hacerlo». Harumi estaba de acuerdo. Su madre había fallecido pronto y su padre, que también era policía, murió más tarde en acto de servicio. Los dos hermanos habían vivido juntos desde entonces. Yoshitarō, que se sentía responsable de su hermana, no quería casarse hasta que ella se marchara de

casa. Harumi, por su parte, no se atrevía a dejar solo a su hermano y por eso no quería casarse todavía. Al final, ninguno de los dos se decidía.

¿*Qué estará haciendo Ishidzu?*, se preguntó Harumi.

Un grupo de jóvenes, posiblemente estudiantes, se acercó. Aunque solo eran cinco chicas, hablaban tanto que parecían más de diez. Al verlas, Harumi recordó que ella también había pasado por esa época.

Puede que fueran alumnas del conservatorio, pues tres de ellas llevaban estuches de violín y una cuarta, un instrumento más grande, una viola. La última chica no llevaba nada; quizá estudiaba piano. Sería imposible que llevara consigo un piano de cola Steinway & Sons.

A primera vista, quedaba claro que eran de buena familia. Llevaban ropa discreta pero de buen gusto y sus bolsos eran de lujosas marcas: Gucci y Morabito.

Harumi había trabajado en unos grandes almacenes, así que tenía buen ojo para apreciar la calidad. *Normalmente, la gente así es espontánea*, pensó.

De repente, una de ellas se dio la vuelta y miró a Harumi. No, no a ella sino a una mujer que estaba lejos. Harumi siguió la mirada de la joven hasta llegar a una mujer de unos cincuenta años que observaba a la chica fijamente.

Harumi tuvo una sensación extraña. *No le pega nada estar en un sitio como este*. No era por su aspecto o forma de vestir, sino por su obsesiva forma de mirar.

Volvió a mirar al grupo y notó que una de las chicas, la más guapa de las cinco, había dejado de reírse y estaba paralizada, como si hubiese visto algo horrible. Las otras cuatro entraron en el restaurante donde habían rechazado a Harumi y a su pareja. La que llevaba la viola se giró.

—Mari, ¿qué pasa?

—Ah, nada. Nada importante —contestó la chica antes de entrar. En ese mismo momento salió Ishidzu.

—Harumi, ya podemos cenar.

—¡Pero si no había mesa!

—Ya, pero le he hecho cambiar de opinión —contestó Ishidzu con orgullo. Harumi lo miró fijamente.

—¿Les has enseñado la placa de policía?

—¡Qué va! Bueno, se salió un poquito del bolsillo y el metre la vio por casualidad.

—Eso es abuso de autoridad. No puedes hacer eso —le dijo con una sonrisa—. Que sea la última vez, ¿entendido?

—Entendido.

Ishidzu se tocó el pelo, sin saber qué hacer. Era un hombre fuerte y a Harumi le hacía gracia el contraste entre su físico y su actitud.

—Entonces entremos.

Tras avanzar un paso, Harumi se giró para mirar a la mujer, pero ya no estaba.

—¿Qué pasa?

—Nada.

Una vez en el interior del restaurante, el metre les acompañó hasta una mesa.

—Siento que tenga que ser una mesa del fondo.

—No se preocupe.

Harumi se acomodó y descubrió que las cinco chicas estaban sentadas en la mesa contigua. La muchacha a la que habían llamado Mari bebía vino y reía.

—Harumi, puedes pedir lo que quieras.

—Gracias. Eso haré.

Después de pedir, brindaron con vino. Harumi resistía bien el alcohol.

—¿Estará bien Katayama?

—¿A qué te refieres?

—Me temo que se ha enfadado conmigo.

—No creo que esté contento, pero no pasa nada. Estoy segura de que prefiere que salga contigo a que esté con cualquier otro.

El hermano de Harumi no se alegraba cuando la veía con un policía, seguramente debido a la razón por la que su padre había muerto.

—Espero que sí —contestó él tímidamente—. Últimamente me echa unas miradas asesinas.

Harumi se rio.

—¡Qué exagerado eres! —exclamó, riéndose mientras se llevaba la copa a los labios. Entonces oyó un fragmento de la conversación en la mesa contigua:

—Ya casi son las ocho.

—Da igual. Sé que no voy a pasar.

—¿Por qué? ¿Es que no confías en ti misma?

—No. Estoy de los nervios. ¡El *Caprice* me ha salido fatal! —dijo la más bajita y rechoncha del grupo. Era una de las que tenía un violín. Llevaba unas gafas que le quedaban bien.

—Pero, Machiko, la última vez dijiste eso mismo y aun así ganaste el concurso.

—Ya, pero esta vez no tendré tanta suerte. No es un certamen entre alumnos. Hay un montón que son mejores que yo.

—Tampoco te pases. ¿Y tú, Mari? Estás muy tranquila.

—Lo he hecho lo mejor que he podido —contestó—. Me conformo con haber llegado hasta aquí.

—Estoy segura de que las dos vais a pasar a la final.

—Estoy de acuerdo. Apostaría mi bolso.

—Dejadlo ya —dijo Machiko—. Habláis como si la cosa no fuera con vosotras. ¿Verdad, Mari?

Mari respondió con una pequeña sonrisa.

—Dijeron que os llamarían antes de las ocho, ¿verdad? Ya es tarde.

—Ya basta. Vamos a cambiar de tema —dijo Machiko, pero añadió—: Oye, Mari, si una de nosotras consiguiera pasar a la final...

—¿Qué pasa?

—Pues que debería invitar a las demás a cenar.

—Vale. ¿Tienes dinero?

—No, pero da igual porque sé que vas a invitar tú. Hoy solo he traído dinero para el transporte.

Las chicas se rieron. Harumi sonrió. Tanto Mari como Machiko parecían bastante seguras de sí mismas. Aun así, estaban preocupadas.

—¿De qué será el concurso? —le preguntó Ishidzu con curiosidad—. ¿De modelos en bañador, o algo así?

En ese momento, el metre se acercó a la mesa de las chicas y preguntó por Mari Sakurai.

—¿Sí? —dijo la muchacha, con expresión tensa.

—Tiene una llamada en recepción.

—Muchas gracias —dijo, levantándose, y de repente añadió—: No quiero saberlo. Machiko, ve tú.

—No, no. ¿Y si solo pasas tú, y yo no? No, no, no quiero.

—Me da miedo. ¿Alguien...?

—Que no. ¡Ve tú!

Mari se levantó de la mesa y empezó a caminar, pero cambió de dirección bruscamente y se acercó a Harumi.

—Perdone...

—¿Qué ocurre?

—Por favor, ¿le importaría responder al teléfono por mí?

—¿Yo?

—Sí. Se trata del comité de un concurso. Por favor, responda por mí.

Harumi le contestó con una sonrisa.

—De acuerdo. No te preocupes.

—Muchísimas gracias.

Harumi se dirigió a recepción y descolgó el teléfono.

—Siento haberle hecho esperar.

—¿Es usted la señorita Mari Sakurai? ¿Se encuentra la señorita Machiko Ueda con usted? —preguntó una voz de mujer.

—Sí.

—La llamo del comité del certamen de violín Stanwix.

Harumi se quedó sorprendida: se trataba de un famoso concurso que solía salir en los periódicos. Aquellas dos chicas debían tener un nivel excelente. La mujer continuó:

—Tanto Machiko Ueda como usted, Mari Sakurai, han pasado a la siguiente fase. Enhorabuena. Les enviaremos los detalles por correo.

Harumi colgó el teléfono y se acercó a la mesa.

—¡Habéis pasado las dos! —exclamó.

Las chicas saltaron de alegría y ni siquiera se dieron cuenta de que habían volcado sus sillas. Los clientes del restaurante las miraron al oír tal estrépito.

Harumi se hallaba tan contenta como si ella misma hubiera participado en el certamen. Cuando estaba a punto de regresar a su mesa, la recepcionista se acercó a ella.

—Otra llamada para la señorita Sakurai.

Aunque la llamada no era para Harumi, decidió contestar porque las chicas seguían festejando la noticia.

—¿Diga?

—¿Eres Mari Sakurai? —preguntó una voz grave y turbia.

—¿Quién es?

—Escucha. No voy a dejarte ganar.

—¿Qué?

—Si quieres seguir con vida, debes perder. Si no lo haces...

—¿Quién eres?

La llamada se cortó y Harumi colocó el auricular con cuidado en su lugar.

Harumi había ayudado a su hermano y a *Holmes* en algunas investigaciones criminales. Notó que en la voz que acababa de oír había maldad. No parecía una broma ni una travesura, sino algo más importante. Solo era un presentimiento, pero su intuición siempre era mucho más acertada que la de su hermano.

Cuando vio a las alegres chicas agarradas de la mano, Harumi presintió que una sombra oscura se cernía sobre ellas.

—Muchas gracias —le dijo Mari Sakurai, acercándose a ella cuando se dirigía a la mesa.

—No hay de qué. Enhorabuena.

—Gracias. Oiga, ¿les apetece sentarse con nosotras? —Echó un vistazo a Ishidzu y continuó—: Para nosotras sería un placer.

—Gracias. ¿Por qué no nos sentamos con ellas, Ishidzu?

—Bueno...

—Un hombre con seis chicas. No está nada mal, ¿verdad? —le dijo Harumi con una sonrisa, pensando en sonsacarles alguna pista al hablar con ellas. No iba a decir nada sobre la segunda llamada porque no quería aguarles la fiesta.

Un camarero unió las dos mesas. Harumi e Ishidzu se acomodaron en una esquina de la mesa alargada.

—¿Están casados?

—No, solo somos novios —contestó Harumi con una sonrisa—. Me llamo Harumi Katayama, y él es Ishidzu.

—Detective Ishidzu, de la comisaría Meguro.

Harumi no creía que hiciera falta decir la profesión, pero Ishidzu estaba nervioso.

—Oh, ¿es usted policía? Entonces podemos estar tranquilas —dijo Machiko.

—¿Es que te preocupa algo?

—No, pero si bebo más de la cuenta puedo estar tranquila porque me llevará a casa, por ejemplo.

Aunque ya no tenían edad de reírse por cualquier cosa, aquella noche era especial. No podían controlar la risa. Mari Sakurai, sentada junto a Machiko, estaba más tranquila.

—¿Cuándo será la final? —le preguntó Harumi a Mari.

—Dentro de dos semanas.

—¡Qué nervios! ¿Y qué pieza vas a tocar?

—No tengo ni idea. Por eso estoy tan nerviosa.

—¿Os lo dicen el mismo día?

—Sí. Interpretaremos un solo y un concierto, pero no sabemos qué nos tocará: Beethoven, Brahms, Tchaikovsky, Mendelssohn, Sibelius, Bruch... Tenemos que practicar un poco de todo para hacerlo lo mejor posible.

—¡Madre mía! —exclamó Harumi.

—La más difícil es la obra nueva —le explicó Machiko.

—¿La obra nueva?

—Sí. El comité encargará a algún compositor que componga una pieza nueva para el concurso, pero nadie sabe quién será. Es totalmente confidencial.

—¿Y cuándo os lo dirán?

—Una semana antes del concurso. Es decir, de la final.

—Entonces, ¿tendréis solo una semana para practicar?

—Exactamente, y hay que tocarla sin partitura. Pero eso no nos importa. Estamos acostumbradas.

—Lo más difícil es la interpretación —le contó Mari—. Como no la hemos oído antes, cada uno interpretará la pieza como le parezca.

—Además, está prohibido hacer consultas sobre la composición.

—¿Está prohibido? Pero si hay una semana de margen...

—Los finalistas estarán aislados en un edificio —dijo Machiko—. No podremos salir de allí, ni llamar por teléfono, ni mantener correspondencia.

—¡Qué fuerte! —Harumi suspiró pensando que, en esas circunstancias, ella no aguantaría la presión—. O sea, que no tendréis contacto con nadie durante esa semana.

La idea la preocupaba.

Si la llamada y la amenaza de muerte iban en serio, esa sería una ocasión excelente, pensó Harumi.

SEGUNDO CAPÍTULO

PRIMER MOVIMIENTO

Allegro ma non troppo

1

Giró la llave.

—Entremos —dijo un hombre con un abrigo de piel algo exagerado para aquella tarde de otoño.

El cabello seco y canoso delataba su edad, alrededor de sesenta años, aunque tenía la piel tersa y brillante y un cuerpo fuerte de largas piernas.

Desprendía una energía interior más inteligente que imprudente. Su tranquilidad y su confianza en sí mismo dejaban claro que era una persona importante con mucha gente a su cargo.

Efectivamente, Munekazu Asakura era un renombrado director de orquesta.

—Esta casa me da yuyu.

Detrás de Asakura había un hombre de unos cuarenta años con pinta de oficinista. Tenía mala cara y no estaba en forma. Para que no se le cayesen, se sujetaba con la mano las gafas de cristales gruesos. Era mucho más joven que Asakura, pero aparentaba ser mayor.

—¿En serio? —le preguntó Asakura, y añadió—: Para un desconocido puede resultar algo tétrica, pero yo tengo muy buenos recuerdos de ella.

Parece que lleva mucho tiempo abandonada.

—No tanto, siete u ocho años como mucho. Bueno, hasta que no entremos no sabremos en qué estado está.

—¿Y si se nos aparece un fantasma tocando el violín?

—¿Te asustan esas cosas? Pensé que eras ateo.

Bueno, no creo ni en Dios ni en el diablo, pero los fantasmas son otra cosa...

—Vale, vale. Vamos a ver.

Asakura empujó la puerta para abrirla.

El hombre que lo acompañaba era Michiya Suda, el administrador de la nueva Orquesta Filarmónica de Tokio y organizador del certamen de violín Stanwix.

A Asakura le caía bien porque, aunque era una persona importante en el mundo musical, no tenía ni idea de música.

No distinguía un *allegro* de un *andante*, pero tenía un don para los números.

Los directores suelen tener un gran ego y Asakura no era una excepción. Con Suda podía relajarse porque este no estaba interesado en debatir quién vendería más entradas, si Beethoven o Tchaikovsky.

Entraron a un vestíbulo no demasiado grande cuyo techo se alzaba hasta la segunda planta, dando sensación de amplitud.

—Es agradable. Huele a madera —dijo Asakura. Suspiró antes de continuar—: Hoy en día, los conservatorios son bloques de cemento. En un lugar así, ¿cómo puede sonar bien un instrumento? Los violines están hechos de madera y es natural que suenen mejor en espacios de madera. Oye, ¿qué haces? No te quites los zapatos. Este edificio es de estilo occidental.

—Ah, bueno. Pensaba que tenía que hacerlo —contestó Suda.

—¿Qué te parece? Yo estuve aquí tres años. Este edificio está lleno de recuerdos para mí.

—Bueno, bien —dijo Suda, mirando a su alrededor—. No está tan mal como esperaba. No parece que necesite muchos arreglos.

—Tú siempre tan pragmático —dijo Asakura con una sonrisa—. Vayamos a echar un vistazo.

A la derecha había una puerta doble.

—Este es el comedor —le explicó el director—. Es bastante grande, ¿verdad?

Se trataba de una sala rectangular en cuyo centro había una mesa grande con ocho sillas de respaldo alto.

—Son resistentes —dijo Suda, dando unos golpecitos a una de las sillas—. Los muebles antiguos eran más robustos. Ah, hay ocho sillas. Los finalistas son siete, así que es perfecto. Sobra una por si acaso.

—Es una buena mesa, ¿verdad? Es antigua, pero la trajeron del norte de Europa.

—Cuando termine el concurso, podrías venderla a buen precio.

—¿Tú a qué has venido, a hacer inventario?

—Era una broma —dijo el hombre. No solía bromear, y eso divirtió a Asakura.

—La puerta del fondo conduce a la cocina.

—Estupendo. Tengo curiosidad por verla. El menaje ya estará viejo —dijo Suda, camino de la cocina. Asakura lo siguió con paso lento.

—¿Qué te parece?

Suda examinó el horno, los fogones y el fregadero.

—Quizá podamos usarlos, pero habrá que pedir a los de la compañía del gas que los revisen. Ahora mismo estamos sin contrato —le explicó—. Por cierto, ¿aquí ya hay gas natural?

—No tengo ni idea.

—Si fuera así, tendríamos que cambiarlo todo, ¿no? —dijo el administrador, cruzándose de brazos. Si Asakura hubiera podido abrirle la cabeza, habría oído el sonido de un ábaco en su interior—. Ese sería un gasto grande. ¿Y si dejamos una cocina de gas portátil para que puedan hervir agua y contratamos un *catering*?

—¿Qué dices? No puedo hacer una cosa tan cutre —contestó Asakura con seriedad—. Los chavales tienen que alimentarse bien, no podemos servirles comida fría como si esto fuera la cafetería de la empresa. Ni hablar. Salvo que me digas que nos la van a traer de Maxim's.

—De acuerdo —contestó Suda, como si hubiera esperado esa respuesta—. Entonces buscaremos un cocinero.

—Sí. Solo lo necesitaremos durante una semana.

—Ya, pero precisamente por eso no será fácil encontrarlo. —Suda sacó su agenda para tomar nota y preguntó—: ¿Y esa puerta?

—Conduce al patio trasero.

—De acuerdo. ¿Hay extractor en la cocina? Oh, también habrá que cambiarlo.

—Tienes que encontrar un buen cocinero, no podemos arriesgarnos a que sufran una intoxicación alimentaria. Me da igual el precio.

Suda le contestó con una sonrisa forzada.

—Siempre dices lo mismo. «Me da igual el precio».

—Y tú siempre me contestas: «¿De dónde vamos a sacar el dinero?». ¿Verdad? —replicó Asakura.

—Ya. ¿Qué otra cosa puedo decir? —contestó Suda con una sonrisa.

—Vayamos a ver el resto de estancias.

Atravesaron la cocina y volvieron al vestíbulo. Asakura abrió la puerta al otro lado del mismo.

—Aquí hay un salón.

—¡Qué preciosidad! —exclamó Suda tras asomarse al interior.

—Está oscuro. Abre las cortinas —le pidió Asakura, en lugar de abrirlas él mismo.

—Sí, señor.

Suda abrió las cortinas de una en una y observó el polvo suspendido en el aire.

El salón era rectangular, amplio y exageradamente largo, y estaba dividido en dos partes. En el primer tercio había varias mesas redondas rodeadas de sillones, y en la pared opuesta a las ventanas, una chimenea grande. El resto del salón era un escenario y situado al fondo se hallaba un piano de cola. Delante del piano había unas veinte sillas, también antiguas.

—Madre mía. Es impresionante.

Suda se giró moviendo las manos en el aire para apartar el polvo, una acción sin sentido.

—¿Ves qué grande es? Aquí solíamos escuchar a los músicos invitados. Además, cada domingo tocaba un estudiante diferente.

—Es impresionante. —Suda volvió a mirar a su alrededor—. ¿No podríamos aprovecharlo para algo más?

—¿Para qué?

—¿Qué te parece si organizamos algunos cursos de verano? O tal vez podríamos celebrar un concierto, esto no está nada mal. Ah, se me ocurre una buena idea. ¿Y si instalamos una lámpara de araña y le ponemos a la sala el nombre de un noble o de una reina? Quedaría muy bien con unas fotos a color en el folleto.

—Yo lo llamaría «Salón del papa Natas» —dijo Asakura con una sonrisa—. Por ahora concentrémonos en el concurso.

—Ya... ¿La chimenea funciona?

—Debería. En invierno la encendíamos y nos reuníamos a su alrededor. ¡Ah, bendita juventud!

—Pues deberíamos poder contar con ella. Hará frío por la noche.

—Sí, claro. No podemos dejar que se les congelen las manos.

—Lo más económico sería una estufa de aceite, pero podría ser peligroso, ya que el edificio es de madera. El gas sería mejor.

—Bueno, ocúpate tú de ese tema.

Asakura caminó hacia el fondo. Abrió la tapa del piano, quitó el polvo de la silla y se sentó. Sus dedos saltaron sobre las teclas y una melodía resonó en la sala.

—Está en buen estado —dijo Asakura con satisfacción—. Solo necesita que lo afinen y estará perfecto.

—¿Es que pensabas cambiarlo? —le preguntó Suda—. Un piano así cuesta casi diez millones de yenes.

—¿Cómo iba a dejar un piano malo? —dijo Asakura—. Bueno, vayamos arriba.

En el vestíbulo había unas escaleras amplias y poco inclinadas, justo lo contrario de las que hay en las casas prefabricadas de Japón.

—En la planta de arriba están los dormitorios. Las habitaciones son individuales y bastante grandes.

—Uhm, yo quiero vivir aquí —dijo Suda con un suspiro.

Asakura abrió la puerta más cercana, entró y esta vez él mismo abrió la cortina.

La habitación tenía una superficie de unos diez tatamis. Había algunos muebles: una cama, una mesa de estudio, una estantería y una butaca, como en los hoteles tradicionales. La única diferencia que había entre esa habitación y la de un hotel era el atril.

—Está muy bien.

—Ya. Practicábamos en nuestro cuarto. Era necesario que fuera grande para que sonase bien.

—Podemos dejarlo así. ¿Y esa puerta?

—El baño. Todas las habitaciones tienen su propio baño.

—De verdad, esto parece un hotel de lujo —dijo Suda. Pensó un instante y añadió—: Podríamos pedir a los participantes que pagaran el alojamiento.

—Oye...

—Qué va. Era broma —rectificó—. ¿Cuántas habitaciones hay en total?

—Ocho. Y abajo hay una más para el portero.

—Ocho. Es perfecto para los siete. ¿Quieres ocupar la habitación sobrante?

—No podemos hacer eso. Los siete tienen que estar solos y tranquilos para practicar de cara a la final.

—Será duro para ellos.

—No solo nos interesa su técnica, también su fuerza de voluntad —dijo Asakura. Suspiró—. Bueno, ya lo hemos visto todo. No es necesario que revisemos todas las habitaciones.

—De acuerdo. Volveré más tarde. Tendremos que encargar a un carpintero algunas reparaciones.

—Vale. Yo también pensaré qué más podrían necesitar. Ellos no son estudiantes, y tendrán que convivir con sus rivales. Sus necesidades podrían ser diferentes de las que teníamos los alumnos de aquí.

—De acuerdo. Espero que no sea muy caro.

—No te preocupes. Este año dirigiré tres funciones de la *Novena sinfonía*.

—¿De verdad? Me alegro mucho. Así llenaremos. —Suda parecía estar ya haciendo cálculos—. ¿Cobraremos cinco mil yenes por las butacas?

—Pon un precio razonable para que Beethoven no se cabree —dijo Asakura.

Salieron y el director cerró la puerta con llave.

—¿Quién fue el propietario original de esta casa?

—No tengo ni idea. Al parecer ha cambiado varias veces de dueño —contestó Asakura camino del coche.

—Podría funcionar como un hotel, ¿verdad?

—Sí. Ya lo fue en algún momento, pero no duró mucho.

—¿Por qué razón?

—Según me contó el portero, se rumoreaba que se aparecía un fantasma —dijo Asakura.

Suda se detuvo en seco.

—¿Aquí?

—No te preocupes. Durante los tres años que pasé aquí no vi ni un ratoncito.

—Menos mal —dijo el administrador con un suspiro—. Ya te he dicho que no puedo con los fantasmas.

—Oye, no vayas a contar estas tonterías a nadie. Los finalistas ya estarán suficientemente nerviosos.

—Sí, sí. Entendido —dijo Suda. Cuando cerró la puerta del coche, añadió—: Te prometo que no le contaré nada a nadie.

Asakura se sentó detrás. Suda agarró el volante y arrancó el motor.

El coche recorrió un camino entre árboles.

—¿Quién diría que estamos en Tokio?

—Ya. Por suerte, aquí todavía disfrutamos del paisaje de la zona de Musashino —le explicó Asakura, mirando por la ventana—. ¿Estarán terminadas las obras en diez días?

—Lo intentaré.

—Estupendo. Deberíamos haber empezado antes, pero... No podemos retrasarnos. Tenemos que pensar en los participantes.

Después de un rato, Suda preguntó:

—¿Quién crees que ganará?

—Todos son buenos candidatos, me parece.

—Muchos apuestan por Mari Sakurai, ¿verdad?

—Es posible. Todo depende de su interpretación en la final.

—¿Y quién está componiendo la obra nueva?

Al oír esto, Asakura se puso serio.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada en especial. El presupuesto cambiará según quién sea el compositor, así que...

—Ya sabes que es confidencial.

—Lo sé. Solo era curiosidad. —Suda le dedicó una sonrisa forzada—. ¿Te llevo a casa?

—Sí, por favor.

El coche se unió a una carretera en la que había bastante tráfico, siguió durante treinta minutos y se detuvo delante de la puerta de una mansión en la que había una placa con el apellido Asakura.

—Mañana pasaré a recogerte antes del ensayo —dijo el director—. Prepara el presupuesto para entonces.

—De acuerdo.

Suda se despidió con un movimiento de cabeza y puso el coche en marcha. Enseguida se perdió entre otros tantos automóviles.

Asakura entró en su mansión pero se dirigió directamente al garaje.

Allí estaba su BMW. Subió rápidamente y arrancó.

Cuando se adentró en el tráfico, aumentó la velocidad.

Cuando el BMW dobló la esquina, el coche de Suda empezó a seguirlo dejando algunos vehículos entre ambos.

2

—Uhm, no sé. Podrían ser tantas cosas... —dijo Yoshitarō Katayama después de que Harumi le sirviera arroz por segunda vez.

—¿Qué te parece? No sé por qué pero tengo un mal presentimiento —le confesó la joven con seriedad.

—¿Qué me parece? Yo no puedo hacer nada.

Katayama no quería opinar. Siempre que una mujer le pedía algo, aunque se tratara de su hermana, no conseguía negarse.

—Pero, hermano, siempre dices lo mismo —dijo Harumi, mirándolo fijamente—. Si sigues así de pasota, no ascenderás nunca.

—Qué más da, si siempre voy a ser un mandado —contestó Katayama despreocupadamente, y siguió comiendo.

—Lo entiendo, tenéis multitud de casos abiertos; ¿cómo vas a preocuparte por algo que todavía no ha pasado? Eso es lo que quieres decir, ¿verdad?

—Exactamente.

—Nunca haces nada por mí.

Dicho esto, Harumi retiró el último trozo de atún que quedaba en el plato de su hermano y llamó a la gata para que se lo comiera.

—Toma, *Holmes*.

—Oye, que me lo había guardado para el final... —se quejó Katayama.

Pero ya era tarde. *Holmes* mordió el trozo y empezó a saborearlo.

—¿Quieres un poco? —preguntó Harumi a su hermano, que se sirvió té con expresión enfadada.

Como ya hemos dicho, Yoshitarō Katayama estaba soltero, a punto de cumplir treinta años y disfrutaba picando a su hermana y que ella se metiera con él. Era alto y tan flaco como un palo. Además, tenía los hombros caídos, como los actores de Kabuki que interpretaban a mujeres. Su rostro era redondo e infantil. Era agraciado, pero no se podía decir que fuera guapo.

Su hermana solía decir que juntos eran «la bella y la bestia», pero eso no era justo en su caso.

En aquel hogar, un apartamento de un dormitorio en la segunda planta, había dos bellezas: Harumi y *Holmes*, una gata carey. Aunque era una gata, la trataban con tanto mimo como si fuera una persona. Se lo merecía.

Bueno, a *Holmes* no le habría gustado que la consideraran una persona.

No se sabía su edad exacta, pero por el brillo de su pelaje, su cuerpo delgado y tonificado y sus movimientos ágiles, debía ser joven. Tenía la tripa blanca y manchas marrones y negras en el resto del cuerpo. Su cara afilada estaba dividida en tres colores: blanco, marrón y negro. Tenía la pata delantera derecha negra, y la izquierda blanca. La combinación de color era peculiar.

Holmes terminó de comer y se lavó con las patas delanteras al estilo gatuno: lamiéndose la pata y frotándose la cara repetidamente.

—¿Dónde habrá aprendido a lavarse así? —preguntó Katayama—. Es comodísimo. Puede lavarse en cualquier lugar.

—No cambies de tema —dijo Harumi.

—¿Qué? ¿Quieres seguir hablando de eso?

—Sí, claro. Tengo el presentimiento de que algún peligro se cierne sobre ese concurso. Algo malo va a ocurrir.

—Un violín se vengará del maltrato de su dueño.

—Para. Hablo en serio.

—No te preocupes. Deja de pensar en esa llamada —dijo Katayama, intentando tranquilizarla—. Seguramente era un rival con ganas de fastidiar.

—Pero, hermano, si hubieses oído la voz te habrías dado cuenta de que había maldad en ella. Estoy segura.

—¿Crees que la policía puede abrir una investigación solo porque tú estés segura? Ni de broma. Además, ni siquiera sabes dónde viven.

—Pero no sería difícil descubrirlo. Podríamos preguntar a los organizadores del certamen de violín Stanwix. Si quieres, llamaré yo.

—Ya basta —la interrumpió Katayama, pues conocía a su hermana y sabía que a menudo actuaba de forma impulsiva.

—No te preocupes. Nadie responderá al teléfono a estas horas.

Katayama suspiró.

—Mira, mi jefe no va a aprobar esta investigación.

—Entonces podrías investigar en tus ratos libres. Desde que llegas a casa hasta la mañana siguiente tienes bastante tiempo.

—¿Y cuándo duermo?

—Ah, yo dormiré por ti —contestó Harumi, como si fuera una buena idea.

—Hasta que no sepamos quién fue la persona que llamó, no podremos hacer nada.

—Aquella noche había una mujer extraña cerca del restaurante. Debería haberla seguido.

—Oye, de verdad, no te metas en líos. No quiero que corras peligro —dijo Katayama con hastío.

Hasta entonces, Harumi había arriesgado su vida varias veces. Era natural que su hermano se inquietara por ella.

—No te preocupes. Tengo a *Holmes*. ¿A que sí?

Sin embargo, *Holmes* no le hizo caso y se acurrucó sobre un cojín en un rincón de la habitación.

—¡Qué fría eres!

—¡Y qué lista! Esas cosas tienes que decírselas antes de que coma —dijo Katayama con una sonrisa.

—Oye, ¿de verdad no vas a hacer nada? —insistió Harumi con seriedad—. Es un concurso importante y no quiero que pase nada.

—Lo sé. Si nos solicitaran protección, podríamos hacer algo, pero...

—No. Me gustaría que las protegieras sin que nadie se enterase.

Al escucharlo, Katayama se quedó con la boca abierta.

—¿Sin que nadie se entere? Eso es imposible.

—Es que, si lo supieran, eso podría afectar a sus interpretaciones en el concurso. No sacarían lo mejor de sí mismas.

—Pero no podemos...

Entonces sonó el teléfono.

—Si es Nemoto, dile que me he acostado porque me encontraba mal —dijo Katayama antes de que Harumi respondiera.

—¿Diga? Ah, señor Nemoto, ¿qué tal?... Pues me ha pedido que le diga que se ha acostado porque se encontraba mal.

Katayama le quitó el teléfono de la mano.

—¿Sí? Ni caso, mi hermana es muy rara... ¡Qué va! Yo no he dicho eso, ha sido cosa de ella... ¿Cómo? ¿Un asesinato? ¿Dónde? De acuerdo. Voy para allá.

Katayama colgó el teléfono con expresión pensativa.

—¿Ves? Si me hubieras hecho caso...

—Déjame.

El detective empezó a arreglarse.

—¿Qué ocurre? ¿Ha pasado algo grave?

—Tenías razón.

—¡No me digas! Entonces...

—Una concursante ha sido asesinada: la han estrangulado con una cuerda de violín.

—¡Madre mía! —exclamó Harumi, incorporándose rápidamente—. ¡Holmes! Levántate, tenemos trabajo.

—Era una broma.

A Harumi le cambió la cara y empezó a golpear a su hermano.

—No, no. Déjame por favor.

Holmes los observó desde el cojín con expresión somnolienta. Un poco después, bostezó y volvió a cerrar los ojos.

—Llegas tarde. Oye, ¿qué te ha pasado en la cara?

—Nada —dijo Katayama, tocándose las heridas—. Me ha arañado la gata.

—¿Sí? —replicó Nemoto, mirándolo con curiosidad—. ¿Tu gata araña? ¿Te has zampado su comida o qué?

—¡Qué va!

—Bueno. Ven, por aquí —le dijo con una sonrisa.

El crimen se había cometido en el bosque, junto a una zona residencial. Había veinticinco minutos a pie desde la estación más cercana. La zona no era demasiado bonita para vivir.

Por la noche había tanta oscuridad como en la montaña y apenas se veían las luces de algunas casas. En ese momento unos fuertes focos iluminaban un rincón del bosque donde había mucha gente trabajando.

Parecía el escenario de una película, ya que solo parecía existir aquel rincón iluminado rodeado de oscuridad.

—¿Quién lo encontró? —preguntó Katayama con expresión sorprendida—. Por aquí no debe pasar mucha gente.

—Una pareja que estaba discutiendo —le contestó Nemoto, riéndose—. En plena riña, la esposa salió corriendo y el marido la siguió hasta aquí.

—Donde encontraron el cadáver.

—Sí. Fue la mujer quien lo encontró. A continuación volvieron a casa y llamaron a la policía.

—Hicieron bien. Puede que el asesino aún estuviera cerca.

—Es posible. Cuando veas el cadáver... —Al ver salir del bosque a Minamida, el forense, dejó de hablar y lo llamó—: ¡Oye, Minamida! ¿Has descubierto algo interesante?

—No me hables así después de despertarme a estas horas, hombre —se quejó el forense, con cara de sueño—. Primero tráeme una botella de sake.

Nemoto estaba acostumbrado a sus lamentos.

—Voy a llevarte una botella de sake pero llena de aceite de ricino. ¿Cuál fue la causa de la muerte?

—Traumatismo craneal. El arma fue seguramente una llave inglesa, con la que le golpearon la cabeza y también le destrozaron la cara. La encontramos allí.

—¿Le han destrozado la cara? —preguntó Katayama.

—Sí. Es terrible. Además, está desnuda. Nos costará identificarla.

Katayama palideció. Era tan aprensivo que se desmayaba en cuanto veía sangre, así que al imaginar una cara destrozada le costaba permanecer en pie.

—Debe tener unos cuarenta y cinco años —dijo Minamida—. No hemos encontrado nada que pueda identificarla, ni cicatrices ni marcas de nacimiento...

—¿Cuándo la mataron? —preguntó Nemoto.

—Hará unas seis horas.

—¿Qué más? ¿Algo que te haya llamado la atención?

—No. Nada más —contestó Minamida, exhausto.

—Podéis llevaros el cadáver —ordenó Nemoto. En ese momento, apareció la camilla donde se encontraba el cadáver tapado con una tela. Katayama se controló para no cerrar los ojos.

—Esta mano... —dijo Minamida, como si hablara solo.

—¿Qué pasa con la mano? —preguntó Nemoto.

—Nada, es solo que me suena haber visto una mano como esta. Se parece a la de alguien que conozco, pero no consigo recordar de quién.

—¿Podrías distinguir una mano de otra? —le preguntó Katayama, con los ojos muy abiertos.

—Tú eres muy joven para saberlo, pero las manos lo dicen todo sobre una persona. Las manos de un hombre, de una mujer, de un director general, de una administradora, de un ama de casa o de una madre... Todas tienen algo especial que las diferencia de las demás.

—Entiendo.

A Katayama le pareció interesante y agarró con suavidad la mano que asomaba bajo la tela.

Pero yo no sé cómo distinguirlas...

Estaba a punto de soltarla cuando descubrió unas letras marcadas en la parte inferior de la palma, en la parte blandita que se apoya en la mesa al escribir.

Era un rastro como el que suele quedar cuando escribes una línea y continúas con la siguiente sin esperar a que se seque la tinta.

No se veían tan claras como la marca de un sello y además las letras estaban del revés.

Katayama trató de leerlas. *Esa podría ser una «S», la siguiente una «T», una «A» y... ¿Es una «N» o una «S»? Bah, es inútil. El equipo forense se ocupará.*

Se llevaron el cadáver. Minamida dio un par de pasos, giró en sus talones y exclamó animadamente:

—¡Eso es! Es la mano de una cocinera.

—Me han dicho que están buscando una cocinera —dijo la mujer.

—¿Cómo?

Kazuyo Michihara, sentada tras una mesa en cuya placa ponía Nueva Orquesta Filarmónica de Tokio, se quedó sorprendida. Estaba pensando qué preparar para cenar y de repente había aparecido una cocinera.

—Me han llamado de la organización del certamen Stanwix —repitió la mujer.

—Ah, entiendo.

Kazuyo Michihara le señaló otra mesa con la mano y la invitó a sentarse. En la mesa había una placa en la que ponía Certamen de violín Stanwix. La placa de la Nueva Orquesta Filarmónica de Tokio era de plástico y las letras estaban grabadas, pero la de Stanwix era una placa improvisada en una cartulina escrita con rotulador.

En la mesa no había nadie.

—¿Quién va a informarme de la oferta de empleo? —preguntó la mujer.

—Espere un momento —contestó Kazuyo Michihara.

—Ah, de acuerdo.

La secretaria terminó con el papeleo en el que llevaba quince minutos trabajando, se levantó, se acercó a la mesa contigua y se sentó.

—Estupendo, dígame.

—Oh —dijo la mujer, sorprendida—. ¿Se encarga usted misma de todo?

—Sí. Podrían buscar a alguien temporalmente, pero el administrador es un tacaño —se quejó—. Trabajo como dos personas y cobro un solo sueldo. ¿Qué le parece?

En ese mismo momento, se abrió la puerta y apareció un hombre.

—Michihara, ¿has terminado los cálculos que te pedí?

—No, lo haré ahora mismo —le contestó la mujer, apurada.

—Date prisa, por favor —dijo el hombre con seriedad, y entonces miró a la otra mujer—. ¿Estás atendiendo a la señora?

—Me han dicho que están buscando una cocinera.

—Así es. Soy Suda, el administrador.

—Encantada. Me llamo Tomoko Ichimura —se presentó la mujer, agachando la cabeza.

—Le agradezco que haya venido, pero justo ayer cubrimos el puesto —le explicó Suda, tocándose la cabeza.

—Entiendo. Siento haberles molestado —dijo Tomoko Ichimura, que se levantó para marcharse.

—Un momento, por favor —dijo Suda. Se dirigió a Kazuyo—: ¿Dónde está esa mujer? Dijo que vendría antes del mediodía.

—¿Cómo? —le preguntó Kazuyo, perpleja—. Ah, ya. Ha llamado esta mañana.

—¿Y qué ha dicho?

—Que no le viene bien y que declina la oferta.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —le preguntó Suda, con un suspiro.

—¿No te lo había dicho? —replicó Kazuyo, haciéndose la olvidadiza.

Suda decidió dejar de hacerle caso y se dirigió a la recién llegada.

—Señora Ichimura, siento el malentendido. Por favor, acompáñeme. Hablaremos en mi despacho.

—De acuerdo.

—Michihara, tráenos un poco de té —dijo Suda antes de cerrar la puerta del despacho.

—Por favor, siéntese.

Tomoko Ichimura se sentó en un sofá que difícilmente podría considerarse lujoso.

—¿Ha traído su currículum?

—Sí. Aquí tiene.

La mujer sacó un sobre de su bolso y se lo entregó.

Suda ya había decidido contratarla, pero era un hombre prudente y no quería precipitarse.

El currículum decía que tenía cuarenta y siete años, aunque aparentaba cuarenta. Era alta, delgada y proporcionada, y tenía el rostro alargado de la típica japonesa guapa. Su mirada era dulce.

Llevaba un traje de color gris, discreto pero de buena calidad. Parecía una elegante señora de clase alta.

—¿Por qué le interesa este trabajo? —le preguntó Suda amablemente.

—Mi marido falleció el año pasado y mi única hija acaba de casarse. No tengo nada que hacer.

—Entiendo. Siente que le falta algo, ¿verdad?

—Pensé que podría hacer algo para sentirme útil y por casualidad encontré un artículo sobre el concurso en el que decían que estaban buscando un cocinero. Aunque no voy a presumir de mi cocina, creo que se me daría bien.

—Seguro que sí.

—Además, mi hija también toca el violín. Su objetivo nunca fue llegar a ser profesional, lo hace por gusto.

Mientras hablaba, Kazuyo Michihara entró con el té.

—Muchas gracias —dijo la cocinera tras dar un sorbo a su taza—. Bueno, creí que sería agradable ayudar a unos jóvenes violinistas...

—Entiendo, pero será un trabajo duro. Tendrá que cocinar toda la semana para los siete finalistas.

—Lo comprendo perfectamente.

—En un principio pensamos que los chicos podrían ayudar en algo, pero el señor Asakura... Conoce al director Munekazu Asakura, ¿verdad? El director opina que todo debe estar minuciosamente organizado para que los finalistas puedan concentrarse en el concurso.

—Por supuesto que sí. ¿Y si se irritaran la piel de las manos fregando los platos? Un contratiempo así podría llegar a afectar a sus vidas.

—El señor Asakura dijo lo mismo —comentó Suda con una sonrisa forzada.

—No se preocupe. Soy una mujer fuerte.

—Estupendo. —Suda tosió ligeramente y añadió—: Sería un placer para nosotros que fuera nuestra cocinera, pero tenemos un presupuesto limitado. Me temo que la anterior candidata ha cambiado de opinión por eso.

—No se preocupe —lo interrumpió Tomoko Ichimura—. Trabajar me vendrá muy bien, no necesito que me paguen.

—No, eso no puede ser —dijo Suda con sorpresa.

—Tengo todo lo que necesito para vivir. Por favor, destinen a otra cosa el presupuesto que habían reservado para la cocinera —insistió Tomoko Ichimura con una sonrisa.

Suda no encontró ninguna razón para rechazar a aquella mujer.

—Si insiste, así lo haremos. ¿Está segura?

—Por supuesto. Pero necesito un pequeño favor.

—¿De qué se trata?

—¿En qué condiciones se encuentra el lugar donde voy a trabajar?

—Ah, ¿la residencia donde los finalistas se alojarán esa semana? Es un sitio grande donde estamos realizando una reforma urgente.

—¿Podría ver las instalaciones antes de empezar?

—Por supuesto —contestó Suda—. No hay problema. Aunque habrá mucho ruido por las obras.

—Eso no importa. ¿Cuál es la dirección? Iré sola en mi coche.

—Estupendo. Espere un momento.

Suda se dirigió a su mesa, sacó una tarjeta de visita y le dibujó un plano rápidamente.

—Es aquí —le dijo cuando se la entregó—. Enseñe la tarjeta a los obreros para que la dejen entrar.

—Muchas gracias.

Tomoko Ichimura guardó la tarjeta de visita en su bolso, se levantó, se despidió educadamente y se marchó del despacho.

Kazuyo Michihara, que se estaba cortando las uñas tranquilamente, se apresuró a guardar el cortaúñas.

La cocinera se despidió de ella con un movimiento de cabeza y se marchó.

—¡Va a trabajar gratis! —exclamó Suda—. No me lo puedo creer.

—¿Esa señora? ¡Qué mujer tan rara...! —replicó la secretaria. No podía creerse que alguien estuviera dispuesto a trabajar sin cobrar—. Yo no la contrataría.

—¿Por qué no? No encontraremos a nadie mejor.

—Lo barato sale caro. De hecho, las condiciones que me ofrecisteis a mí al entrar...

Suda se fue rápidamente a su despacho.

3

—Mari... Levántate, Mari.

Mari Sakurai se despertó al ser zarandeada.

—¿Qué hora es? —preguntó, frotándose los ojos.

—Las cinco y media.

—¿De la mañana?

—Sí, claro. Ya te dije que a partir de hoy sería así —dijo Mitsuko Sakurai, la madre de Mari—. Levántate —repitió, dando una palmada.

—Anoche me acosté a las dos, ¿sabes? —se quejó. Bostezó y volvió a tumbarse en la cama.

—¿Qué pasa? ¡Levántate ya!

Mitsuko la sacó de la cama e intentó quitarle el pijama.

—¡Para! ¡Qué frío!

—Pues dúchate. Así te despejarás.

Mari entró en el cuarto de baño. De camino bostezó varias veces.

Menuda bicha. ¿Cómo me despierta a las cinco y media el primer día? ¿No podría haberme despertado hoy a las siete, mañana a las seis y media y pasado a las seis?

—Mamá es una dictadora —dijo en la ducha, con un bostezo.

Se duchó con agua caliente para quitarse tanto el sueño como el sudor nocturno.

¿Estarán todos como yo? Machiko dijo que se levantaría a las doce...

Según su madre, aquello era una estrategia para que el resto de finalistas se relajasen. *Qué triste vivir así, engañando incluso a tus amigos de toda la vida...*

Mitsuko la obligaba a levantarse tan temprano porque la final del concurso se celebraría a las once de la mañana. Si no se habituaba a madrugar, no rendiría a esas horas. Lo hacía para que su cuerpo se acostumbrara.

La teoría de su madre era tan lógica que nadie hubiera podido replicarle.

En una partida en la que solo habría un ganador, el resultado no solo dependía de la técnica: había muchos factores en juego.

La profesora de violín de Mari era muy conocida, aunque nunca había ganado un primer premio porque los días previos a la final solía enfermar con fiebre. Por esa razón quedaba siempre segunda o tercera y no conseguía brillar del todo.

En los concursos, el que ganaba no era el intérprete que habitualmente tocaba mejor, sino el que conseguía destacar en ese preciso instante.

Por eso era indispensable tener suerte. Como por ejemplo, qué pieza te tocaría interpretar en la final.

Aunque algunas composiciones eran más probables que otras, nadie sabía cuál de ellas sería seleccionada para la final. Eso dependía de la suerte.

A Mari no le gustaban los concursos que dependían de la suerte. Sin embargo, si pensaba en lo que conseguiría si ganaba, le era fácil pasar por alto la contradicción y mirar hacia otro lado.

La ducha la despejó.

Mitsuko le había preparado un chándal y ropa interior.

La muchacha se vistió y se dirigió al comedor.

—Date prisa. Ya son más de las seis —le dijo su madre, sirviéndole un vaso de zumo de naranja recién exprimido.

—Mamá, es el primer día. Tranquilízate —contestó Mari mientras se bebía el zumo.

—No. Precisamente por ser el primer día hay que esforzarse más.

—Vale, vale —contestó Mari, divertida—. ¿Y papá?

—No volverá del congreso hasta mañana.

—¡Ah! Es verdad.

El padre de Mari era médico. Llevaba fuera toda la semana para asistir a un congreso que se celebraba en Kioto.

—¡Vamos! Vete ya.

—¿Hará frío?

—No te preocupes. Corriendo, entrarás en calor.

En la entrada la esperaban unas zapatillas de deporte.

—Llévate la toalla.

Con una toalla pequeña que no la molestaba al correr, Mari salió a la calle.

—Ten cuidado con los coches.

Eran las seis de la mañana y aquella era una zona residencial. Apenas pasaban coches y Mari corría por una zona peatonal.

Las puertas del jardín estaban abiertas. Cuando se trataba de su hija, Mitsuko se ocupaba de todos los detalles. Después de dar unos pasos en el sitio, la joven empezó a correr. Mitsuko salió a la puerta y le dijo:

—No corras demasiado rápido desde el principio.

—Vale —contestó Mari sin mirarla.

Poco después volvió a oír la voz de su madre.

—¡Ten cuidado con los perros!

No contestó.

Siguió corriendo por las calles silenciosas.

Hacía frío. Había nubes y se suponía que el día estaría nublado. Sin embargo, poco después entró en calor. Empezó a respirar más rápidamente. Aminoró la velocidad y empezó a trotar. Aunque no le gustaba que su madre la despertase, tenía que reconocer que se sentía bien.

No sabía si correr la ayudaría en el concurso, pero le vendría bien estar fuerte físicamente. Se necesitaba mucha energía para tocar delante de una orquesta, sobre todo en una final que podía prolongarse dos o tres horas a veces, incluyendo la pieza que tendría que interpretar sola.

Si no estaba en forma, llegaría al final agotada. Esa era la razón por la que su madre la obligaba a correr.

Empezó a subir una cuesta.

Hoy podré con ella, pensó. Algunos días la subía caminando.

Mari subió con esfuerzo. Al llegar a la mitad, la dureza de la pendiente le pasó factura pero consiguió aguantar.

«Cuando creas que no puedes más, ya irás por la mitad».

Eso era lo que decía siempre Mitsuko. En su juventud había querido ser violinista. Tenía mucho carácter y era muy competitiva, así que se graduó con la nota más alta de su promoción. Cuando estaba a punto de alcanzar su sueño, tuvo un accidente automovilístico y se rompió un brazo, lo que provocó su retirada de la escena musical.

Casualmente, Sakurai era médico en el hospital donde ingresaron a Mitsuko.

Mitsuko quería que su hija consiguiera lo que ella tanto había deseado. Mari había aprendido a tocar el piano y el violín a los tres años. A los cinco ya practicaba cinco horas al día.

A veces, Mari se preguntaba cómo había sobrevivido a una vida tan dura.

Seguramente se debía a su carácter, que era todo lo contrario al de su madre: la muchacha era de trato fácil y no se agobiaba con facilidad.

A unos cien metros a su espalda apareció un coche pequeño.

—¡Lo he conseguido! —exclamó al final de la cuesta, jadeando. *Voy a caminar un poco*, pensó.

El camino giraba suavemente junto al límite de un parque.

Cada vez se veían más hombres trajeados y otros que corrían como ella.

Mari se quitó el sudor con la toalla mientras caminaba rápidamente. A su madre también le preocupaba que sudara mucho, por si el sudor le entraba en los ojos y después le escocían. Cuando la veía tan preocupada, Mari siempre le decía: «¿Quieres que me ponga unas pequeñas viseras en los párpados?».

Al subir la cuesta, el coche aumentó la velocidad. Aún estaba a unos cincuenta metros de ella.

Mari esperaba que no fuera su madre.

Hasta entonces nunca se había opuesto a los deseos de Mitsuko y practicaba con el violín cuando ella lo decía. Reconocía que le gustaba. No se planteaba abandonarlo. Sin embargo, la que se mostraba más apasionada por los concursos era su madre, que se impacientaba al ver que su hija no era competitiva.

«Eso es lo malo de que seas hija única», solía decir Mitsuko, aunque si hubiera tenido otro hijo no habría podido dedicar a Mari tanta atención.

La muchacha entró en el parque. El coche se detuvo.

En el parque había un pequeño lago rodeado por un sendero. Mari empezó a pasear tranquilamente.

Mamá estará nerviosa mirando el reloj, pensó con una sonrisa. A veces le tomaba el pelo diciéndole que saliera a correr con ella.

Lo cierto era que disfrutaba de aquel momento. Aunque era una de las obligaciones que le imponía su madre, al menos no llevaba la correa puesta.

Mari salió del parque y empezó a correr un poco más rápido. Era agradable sentir el aire en la cara.

El coche se puso en marcha. Solo había una vía bordeada de vallas altas. Como no había un camino para los peatones, Mari se pegó a la derecha.

El coche aumentó un poco la velocidad, acercándose a ella. En ese momento apareció un ruidoso grupo de estudiantes de secundaria vestidos de uniforme.

El automóvil redujo la velocidad.

—¡Dale duro, chica!

—¡Ánimo!

Mari giró la esquina sin hacerles caso.

La muchacha no tenía novio; no tenía tiempo para eso. Practicaba y practicaba... La agenda que le organizaba su madre estaba llena de ensayos y entrenamientos.

Cuando la seleccionaron para la final dejó de salir durante un tiempo, aunque no hacía otra cosa que ir de compras o al cine.

Solía reírse con Machiko de lo aburridas que eran.

Sus antiguas compañeras de la facultad tenían novios y viajaban con ellos, y las más «enamoradizas» siempre tenían alguna historia romántica que contar. También había chicos así. A su edad, todas tenían o habían tenido novio. Según su madre, esta era otra estrategia para que el resto de finalistas se relajase.

Pero no es verdad. Nadie vive como mamá quiere que viva yo, solo tocando el violín.

Mari tenía veintiún años. Su padre recibía de vez en cuando alguna petición de un matrimonio concertado, pero Mitsuko se oponía. Sakurai ya había perdido la esperanza. Además, como comprendía lo importante que era para su mujer que su hija ganase ese concurso, decidió dejarla en paz hasta que terminase.

A la propia Mari no le interesaba casarse ni ennoviarse. Aunque no quería decirlo delante de su madre, sentía que su novio era el violín.

—Ay...

Se detuvo porque se le había metido una piedrecita en la zapatilla.

Miró hacia ambos lados; se acercó a una casa, se sentó en la escalera de entrada y se quitó la zapatilla.

En ese momento salió alguien de la casa de enfrente. Mari echó un vistazo y se quedó sin palabras: era una chica joven con un chándal... El mismo que llevaba ella.

No era extraño porque se trataba de una marca muy conocida, pero...

La chica también se fijó. Aunque debía ser ama de casa, parecía muy joven.

Se sonrieron la una a la otra y su clon se marchó corriendo.

Mari pensó en dejar cierta distancia con ella. Le daba un poco de vergüenza correr justo detrás con el mismo chándal. Se puso la zapatilla e inhaló.

Un vehículo pequeño pasó de largo ante ella.

Espero que vea el coche, pensó. La calle no es muy estrecha, así que podrá apartarse hasta que pase.

—Bueno, me voy.

Se levantó, se quitó el polvo del trasero y salió a la calle.

Le extrañó no ver el coche.

¿Iba tan rápido?

La chica que llevaba su mismo chándal estaba apoyada en una valla.

¿Qué le pasa?

No creía que se hubiera cansado ya. Mari apresuró el paso.

La muchacha se derrumbó de repente. *¡Le ha pasado algo!*, pensó, y echó a correr hacia ella.

—¿Estás bien?

Al instante, Mari se quedó paralizada.

El brazo izquierdo de la chica estaba teñido de rojo. Tenía una herida abierta de la que manaba sangre en abundancia.

—¡Aguanta! Voy a llamar a una ambulancia.

Mari fue a la casa más cercana y llamó al timbre insistentemente.

—Oye, ¿qué hace el jefe? —le preguntó Nemoto a Katayama.

Era una mañana normal en comisaría.

Se habían llevado el cadáver de la mujer sin identificar para hacerle la autopsia y estaban esperando el resultado. Katayama había estado trabajando mucho y tenía las piernas cansadas después de patear las calles todo el día anterior.

No quiero estar aquí, pensó mientras miraba fijamente al jefe Kurihara. Aunque había presentado su renuncia, Kurihara le había hecho caso omiso.

El jefe estaba serio y tenía los ojos cerrados. Resultaba imponente. Como Katayama tenía cara de niño, no conseguía mostrarse severo y nadie lo tomaba en serio.

Además de ser el jefe de la Brigada Central de Investigación, Kurihara era un hombre eficiente que merecía el respeto de los demás. Eso sí, tenía la costumbre de olvidarse de lo que no le convenía recordar.

—Mira, está escuchando algo con unos auriculares —dijo Katayama.

—Ah, será un *Walkman*. Creí que le habían puesto audífonos —dijo Nemoto con ironía.

—¿Qué hace?

Kurihara había sacado un bolígrafo y estaba sacudiéndolo de derecha a izquierda mientras tarareaba.

—¿Qué le pasa? —preguntó Nemoto, desconcertado.

—Ya lo sé. Está imitando al director de una orquesta.

—¿Cómo? Ah, estará oyendo música clásica.

—Eso será. No creo que se necesite director para otro tipo de música.

El jefe movió los brazos exageradamente por encima de la mesa como si fueran un enorme limpiaparabrisas.

—Si alguien tiene los zapatos sucios, que aproveche para limpiarlos —bromeó Nemoto, sabiendo que su jefe no lo escucharía.

De repente, un movimiento brusco hizo volar una taza de té que había sobre la mesa. La taza cayó al suelo con un ruido tremendo.

El estrépito trajo a Kurihara de vuelta a la realidad. Se quitó los auriculares y continuó leyendo los documentos sobre su mesa como si no hubiese pasado nada.

—Así debe ser un jefe —dijo Nemoto, negando con la cabeza como si no aprobase la actitud de su jefe, pero también con admiración.

Una joven recogió los fragmentos de la taza. El teléfono sobre la mesa de Kurihara sonó.

—Al habla Kurihara. Ah, ¿ya ha llegado? Vale. Hazlo pasar.

Cuando su jefe no quería que lo molestasen, nadie conseguía llegar hasta su despacho. En aquel momento parecía tan nervioso que volvió a enderezarse la corbata y tosió ligeramente mientras se dirigía a la sala de reuniones.

—¿Viene a verlo el presidente de algún país extranjero? —preguntó Nemoto.

—Es Munekazu Asakura —contestó la muchacha que estaba recogiendo los fragmentos de taza.

—¿Quién?

Nemoto no tenía ni idea de quién era esa persona.

—¿No lo conoces? Es un famosísimo director de orquesta.

—Ah, ¿sí? Eres una sabionda.

—Eso mismo me ha dicho el jefe —contestó ella, guiñándole el ojo.

—Munekazu Asakura...

A Katayama le sonaba ese nombre. No sabía nada de música clásica, pero su hermana Harumi escuchaba de vez en cuando las obras más conocidas.

A pesar de su edad, Munekazu Asakura era famoso en el mundo entero.

—¡Ah! —exclamó Katayama al recordar dónde había oído su nombre: se trataba del organizador del concurso de violín del que tanto hablaba su hermana.

¿Para qué habrá venido a la comisaría?

—¡Qué gracioso! —exclamó la chica, acercándose a él—. Ha sacado un busto de Beethoven y me ha dicho que ponga una cinta en el radiocasete que ha traído en cuanto llegue el maestro Asakura.

—Tal vez está pensando en cambiar de profesión y quiere ser director de orquesta —dijo Nemoto, encendiendo un cigarrillo—. Oye, Katayama, ¿se sabe algo sobre las letras que esa mujer tenía marcadas en la mano?

—No. Solo se distingue con claridad una S, una T y una A. Nada más. La siguiente podría ser una N o una S, pero...

—Podría ser «Están» o «Estás», alguna variante del verbo *estar*...

—Pero solo con eso no podemos hacer nada.

—Puede que avancemos cuando descubramos quién es.

También encajaría con «Stanwix», el nombre del certamen de violín, pensó Katayama. Si busco, seguro que encuentro más palabras...

—Ayer por la mañana agredieron a una mujer que corría por la calle. Le hicieron un corte en el brazo. Ya lo sabe, ¿verdad? —le preguntó Asakura.

—Sí, por supuesto.

—Me han dicho que todavía no han localizado al criminal.

—Así es. Al parecer, el conductor de un vehículo sacó la mano por la ventanilla y le hirió el brazo izquierdo con un cúter. Un suceso muy desagradable.

En realidad, los crímenes lo ponían de buen humor, pero eso no podía decirlo.

—Una testigo llamó a la policía.

—Sí. Al parecer, estaba corriendo justo detrás de la víctima. Desafortunadamente, no recuerda la matrícula ni sabe de qué modelo de coche se trataba. ¿Sabe usted algo más sobre este asunto, señor Asakura?

—Bueno, en realidad el objetivo era ella: Mari Sakurai, la joven que llamó a la policía.

Al oír esto, Kurihara se sorprendió.

—¿En serio?

—Las dos llevaban el mismo chándal y la víctima salió a correr justo cuando Mari Sakurai se había detenido a descansar. El agresor la vio de espaldas y no sospechó que se trataba de otra mujer.

Kurihara se quedó pensando.

—Entonces, la víctima debía ser la señorita... Mari, Mari Sakurai, ¿verdad? ¿Por qué razón querrían agredirla?

—Es una de las finalistas del certamen de violín Stanwix.

—Entiendo —afirmó Kurihara—. Señor Asakura, usted organiza el concurso, ¿verdad?

—Sí. Mari es tan inocente que no sospechó lo que había pasado hasta que habló con su madre.

—Y su madre se lo contó a usted.

—Sí. Me pidió ayuda. Lamento mucho que haya pasado algo así. Si Mari hubiera recibido esa herida en el brazo, no podría volver a tocar el violín.

—Señor Asakura, ¿cree usted que el agresor intentaba impedir que ella ganara el concurso?

—Hay otras posibilidades, pero esa me parece una conclusión lógica.

—Entonces uno de los finalistas...

—Ojalá no fuese así, pero puede que esa sea la verdad —dijo—. También podría tratarse de alguien que siente envidia de su talento, o que ha actuado por otras razones.

—¿Algún problema amoroso?

—Imposible —dijo con una sonrisa—. Su madre es muy estricta. No tiene tiempo para salir con chicos.

—Comprendo. Entonces, la agresión está relacionada con la música...

—Aunque no sea su caso, hay muchos profesores y padres obsesionados con el certamen.

—Entonces habrá bastantes sospechosos.

—No quiero que me entienda mal —dijo Asakura—, no quiero involucrarme en su investigación. Ustedes son los profesionales; esto no es asunto mío. Lo que me gustaría es solicitar protección para los finalistas.

—Entiendo. Me ha llamado el comisario personalmente para que atienda su petición.

—Sé que esa no es su labor, pero para estos jóvenes es la oportunidad de su vida. No podemos perder a unos intérpretes tan dotados por culpa de una persona malvada —dijo Asakura con una voz fuerte y grave que reverberó en la sala.

—Lo comprendo. Necesitaremos una autorización del comisario, pero haremos todo lo posible.

Asakura suspiró.

—Muchas gracias.

—¿Cuántos finalistas son?

—Siete. No será necesario asignarles un guardaespaldas personal, pues todos vivirán juntos dentro de tres días.

—¿Sí?

—Les entregaremos la partitura de una nueva composición y tendrán que vivir aislados durante una semana en la que tendrán prohibido salir, llamar y recibir cartas.

—¡Qué duro! —exclamó Kurihara, sorprendido.

—Estamos preocupados por lo que pueda ocurrir esa semana. En este momento, estamos reformando la mansión a las afueras donde estarán aislados. Si alguien quisiera agredir a uno de ellos...

—O si se atacaran entre ellos.

—Eso es. Nadie del exterior sabrá qué ocurre en el interior de la residencia —dijo Asakura, negando con la cabeza—. Todos los finalistas son muy jóvenes. Encerrados y aislados del exterior, los más débiles no aguantarán toda la semana.

—Pero ¿eso es necesario?

—Lo hacemos por ellos —le explicó Asakura—. Ser un músico profesional es muy duro. Tienen que aprender a convivir con la presión. Por una parte, es el momento de demostrar su resistencia al estrés. Si no lo consiguen, podrían ser profesores, pero no intérpretes.

—Lo comprendo. Se requiere mucha fuerza de voluntad.

—Así es.

—Entonces, ¿quiere que les asignemos un policía durante esa semana?

—No es aconsejable que convivan con un policía de uniforme porque ante todo deben mantener la calma. No obstante, queremos estar bien preparados, por si acaso. Le agradecería que apostara un policía, pero a ser posible de paisano.

—Un detective...

Kurihara se quedó pensativo. Tenían mucho trabajo. Les faltaban unas cuantas manos.

—Además, debería ser una persona discreta —añadió Asakura—. Y eficiente, por supuesto.

—Uhm... —Kurihara se quedó callado y pensó: *Que pida todo lo que quiera. Total, no voy a poder cubrir su demanda...*—. ¿Algo más? ¿Debe tener conocimientos musicales?

—No, al contrario. Debe ser alguien lego para que no pueda darles ningún consejo sobre la composición nueva, para que no pueda decirles, toca esa parte más rápido, o más despacio. Nada en absoluto. Necesito una persona que no sepa nada de música, por favor.

—Muy bien. Sin oído ni sensibilidad, ¿verdad?

—Así es. Sería ideal alguien que solo conozca de Beethoven el principio de la *Sinfonía número cinco*, como mucho. El tatatachááááán.

—Comprendo.

Kurihara estaba desesperado. *Es mi admirado Munekazu Asakura. Si lo complazco, tal vez me invite al concierto de la Sinfonía número nueve de fin de año. Así me ahorraría cinco mil yenes, y con ese dinero podría comprar una botella de whisky... No. Eso da igual.*

—Una cosa más... —dijo Asakura—. Los finalistas estarán muy nerviosos, sobre todo las chicas, que llegados los últimos días se pondrán histéricas. Sería perfecto que fuera alguien sensible, alguien que pudiera entenderlas.

—Muy bien.

—Y otra cosa. Lógicamente, el detective debería ser un hombre, pero cuatro de los siete finalistas son mujeres, jóvenes estudiantes del conservatorio.

—Ya.

—No puede pasar nada entre ellas y... el agente. ¿Lo entiende?

—Sería impensable que uno de nuestros hombres se aprovechara de la situación, nuestro departamento quedaría en mal lugar...

—No es eso lo que quiero decir —lo interrumpió el director—. Puede que ellas se insinúen.

—¿Cómo?

Kurihara estaba boquiabierto.

—Como una especie de desahogo a la tensión. Si excluimos a sus rivales, solo podrían seducir al detective. Lo mejor sería que fuera un agente capaz de resistirse a las insinuaciones. Creo que eso es todo.

Kurihara suspiró.

—Un hombre tan discreto que nadie note su existencia, eficiente, que no tenga nociones de música, que sea sensible y capaz de rechazar un posible acercamiento... Aunque la tecnología informática ha avanzado mucho, si introducimos esas palabras claves obtendremos: «No se ha encontrado ningún resultado». O: «Introduzca otros términos de búsqueda».

—¿No se le ocurre nadie adecuado?

—No lo sé... —En ese momento se le ocurrió una idea—. Ah, ya lo tengo. ¡Sería perfecto!

—¡Oh! Ya ha pensado en alguien, ¿verdad?

—¡Sí! Es la persona idónea: discreto, no sabe nada de música, sensible y con fobia a las mujeres.

—¡Genial! —Asakura parecía encantado. Su voz asumió un timbre de tenor y el aire de la sala vibró—. ¡Por favor, asígnenos a ese agente!

—Bueno...

La única pega era que dudaba que fuera «eficiente», pero Kurihara no quería decepcionar a Munekazu Asakura.

—De acuerdo. No se preocupe —dijo, asintiendo—. Tengo que pedirle un favor.

—Dígame.

—¿Le importaría que hubiera una gata en la residencia?

—Entonces, ¿al final te han encargado la protección de los finalistas del certamen Stanwix, hermano?

—Exactamente —contestó Katayama con orgullo—. El jefe dice que nadie podría ocuparse de una labor tan delicada mejor que yo.

—¿Sí? —Harumi no parecía demasiado convencida—. ¿Y por qué tienes que llevarte a *Holmes*?

—Yo qué sé. No es un concurso de samisén^[1], así que no les importa que haya una gata —contestó sin pensar antes de devolver su cuenco a Harumi porque quería repetir arroz.

—Me alegro. Así podrás proteger a Mari Sakurai.

—No solo a ella.

—Lo sé, pero es un hecho que intentaron agredirla —dijo Harumi, y añadió con seguridad—: Si hubieseis sido más precavidos, como yo os aconsejé, habríais atrapado al agresor.

—No sirve de nada lamentarse —contestó, vertiendo té sobre el arroz—. Esta semana voy a descansar por fin.

—¡Qué despreocupado te veo! —exclamó Harumi, mirándolo fijamente—. Es un trabajo importantísimo, ¿sabes?

—Claro que sí. Soy policía, ¿sabes?

—No. Es la primera noticia que tengo —replicó. Miró a *Holmes*, que estaba comiendo—. Confío en ti, *Holmes*. Vas a ser tú quien los proteja. —*Holmes* movió las orejas y continuó comiendo—. Todavía quedan dos días, ¿verdad? ¿Qué vais a hacer mientras?

—Por lo visto, les han asignado un agente de una comisaría cercana.

—¿Para que proteja a Mari Sakurai?

—No solo a ella, a los siete finalistas.

—¿Por qué?

—Porque los padres de los demás se quejaron diciendo que no era justo que la protegieran solo a ella.

—Pero es que solo la amenazaron a ella.

—Aun así, todos insistieron en que sus hijos eran los finalistas favoritos y que podían ser agredidos.

—¡Madre mía! —dijo Harumi, riéndose—. Cualquiera diría que estar amenazado es algo bueno, ¿eh?

—No es fácil lidiar con el orgullo —afirmó Katayama, asintiendo como si lo supiera todo.

—Déjame descansar hoy.

Mari parecía agotada.

—No —repitió su madre, inflexible.

—No va a pasar nada porque no salga a correr hoy —insistió Mari—. Además, la semana del aislamiento no podré salir. Cuando esté allí, ya no correré.

—Puedes correr dentro.

—¿En el pasillo? Estás de broma, ¿verdad? Se reirían de mí.

—Lo importante es que seas tú quien se ría al final. Deja que se rían de ti hasta entonces.

Mari suspiró. Conocía suficientemente a su madre como para saber que era una cabezota.

—De acuerdo. ¿Hoy también me escoltará un coche patrulla? Es que me da vergüenza.

—Todavía no ha llegado. Si no aparece pronto, tendremos que cambiar de plan.

—Mientras se quejaba, sonó el timbre—. Mira, ahí está.

Cuando se acercó a la puerta, oyó una voz enérgica:

—Soy de la comisaría Meguro.

La voz le resultaba familiar.

—Enséñenos su identificación de policía, por favor —dijo Mitsuko, acercándose aún más a la puerta.

Mari se puso roja de vergüenza. Mitsuko miró por la mirilla y se tranquilizó al ver la placa; entonces quitó la cadena y abrió la puerta.

—¡Buenos días!

En ese instante, Mari se quedó boquiabierta: al otro lado había un hombre corpulento en chándal.

—¿Y ese chándal? —le preguntó Mitsuko, mirándolo.

—He pensado que, para defender a su hija de cualquier peligro inesperado, lo mejor sería correr a su lado.

—Tú eres Ishidzu, ¿verdad? —le preguntó Mari.

—Sí. Me alegro de volver a verte —la saludó Ishidzu—. ¿Estás lista?

Antes de que su madre reaccionara, Mari salió corriendo e Ishidzu la siguió.

—Entonces, ¿Katayama va a ser tu guardaespaldas? —le preguntó el agente mientras trotaba.

—Siento ser una molestia. Es que mi madre es un poco pesada...

—No pasa nada. Creo que Katayama está contento.

—No sé... Es el hermano de tu novia, ¿verdad?

—Sí. No es tan guapo como ella, pero es buena persona. ¿Sabes? Siempre que ve sangre, se desmaya —le contó Ishidzu, exagerando.

—¡Qué gracioso! —exclamó Mari, riéndose.

—Sí, sí. Además, siempre está muy serio y eso lo hace todavía más gracioso.

—Pobre, le estarán pitando los oídos.

Empezaron a subir una cuesta ligera.

—Por cierto, ¿cuándo es la final? —le preguntó Ishidzu.

—Dentro de una semana.

—¡Qué nervios!

—Ya. Pero, bueno, para eso estoy esforzándome tanto.

—¿Cuántos kilómetros son?

—¿Cómo?

—Será de larga distancia, ¿verdad? —le preguntó Ishidzu—. Por cierto, el otro día llevabas un violín. ¿También tocas?

Mari se quedó pensativa.

—Bueno, más o menos... —le contestó al final, aguantándose la risa.

Llegaron al final de la cuesta y dejaron el parque atrás.

—Ocurrió justo al girar la curva —dijo Mari—. Me siento mal por esa mujer. Era a mí a quien querían agredir.

—No es culpa tuya. El mundo está lleno de locos.

Locos. Pero también nosotros lo pareceríamos desde fuera, pensó Mari. Dedicando la vida al violín, practicando años para preparar un concurso de un día. Muchos desean el mal a sus rivales, aunque no quieran reconocerlo. Sí, hay muchos así, más entre padres y profesores que entre los aspirantes. Para ellos, Beethoven o Mozart no significan nada. La música es simplemente una manera de triunfar...

Seguía impresionada por la visión de la sangre de la mujer atacada. De repente le surgió una duda: *¿Por qué tengo que competir? ¿No debería disfrutar de la música, sin más?*

A aquellas alturas no podía renunciar al concurso. Sabía que tenía que hacerlo lo mejor posible, sobre todo por su madre. Sin embargo, no podía evitar preguntarse si no hubiera sido mejor que el delincuente agrediera a la mujer por otra razón.

5

—Mari, es la hora.

Cuando entró en su dormitorio, Mitsuko se sorprendió: Mari ya estaba lista y sentada a la mesa.

—Buenos días —dijo Mari con una sonrisa—. Estoy nerviosa.

—Todavía queda una semana. Es pronto para ponerse así.

—Siempre me exiges demasiado —contestó con una sonrisa—. El otro día me pediste que madrugara.

—Ya, bueno —contestó Mitsuko—. ¿Cómo estás?

—Bien.

—El coche vendrá a recogerte a las diez, ¿verdad?

—Así es.

—¿Y la maleta?

—Ayer la bajaste tú.

—Ah, es verdad.

Mari se rio.

—Parece que tú estás más nerviosa que yo.

—Venga, agarra el violín. Tienes que desayunar bien.

—Mamá, no me voy a otro país. Lo sabes, ¿verdad? —dijo Mari mientras bajaba las escaleras.

—Si te fueras al extranjero, al menos podría llamarte. Bueno, tú hazlo lo mejor que puedas.

—Sí. Hasta que acabe conmigo —dijo Mari, y luego preguntó—: ¿Crees que alguien más llevará una maleta tan grande como esta?

—No hay nada que no necesites —contestó Mitsuko, sirviéndole un café a su hija—: ropa, toallas, neceser, maquillaje y... ¡Ah! ¿Crees que te bajará el periodo?

—No. Todavía falta.

—Pero puede que se te adelante por los nervios. Añadiré compresas, por si acaso.

—Vale —dijo Mari. Aunque ella podía hacerlo, sabía que su madre disfrutaba encargándose de todo. Mitsuko se fue corriendo. La semana estaba a punto de comenzar.

La joven se tomó el café tranquilamente. Notaba la tensión en todo su cuerpo. Había participado en varios concursos y no le disgustaban aquellas sensaciones. Como era tranquila por naturaleza, disfrutaba de los momentos de tensión. Pero esta vez no podría decir lo mismo. Tanta presión durante toda una semana... No imaginaba cómo sería.

—¿Sigue tocando? —preguntó el padre con cara de preocupación.

—Sí —dijo la madre, mirando el reloj. Se levantó—. Voy a llamarla.

—No puede olvidarse nada. Debería tener cierto margen de tiempo.

Katsuhiro Ueda era profesor del conservatorio de música. Estaba orgulloso de que su hija hubiera llegado a la final del certamen de violín Stanwix.

Pensaba que sería perfecto que ella ganara el concurso, y lo deseaba mucho.

—Puede conseguirlo. ¡Sí! —murmuró para sí mismo. Efectivamente, Machiko tenía posibilidades de ganar.

El único problema era la pieza nueva. A su hija solía costarle interpretar temas por primera vez. La tocaba, pero no conseguía contemplar la obra en su integridad.

Si supiera qué pieza era, o al menos el nombre del compositor, habría podido aconsejarla.

Ueda había intentado sonsacar información a algunos amigos y compositores que trabajaban en el mundo de música, pero nadie había podido ayudarlo. Era la primera vez que le pasaba algo así.

Lo único que podía hacer era rezar para que la pieza no fuese complicada.

Michiko Ueda, la madre de Machiko, bajó al sótano.

Machiko estaba practicando el tercer movimiento del *Concierto para violín* de Mendelssohn con un disco de Music Minus One. Michiko esperó a que acabara porque estaba a punto de abordar la coda final.

Cuando terminó, Machiko se percató de la presencia de su madre.

—Ah, mamá, ¿estabas ahí?

—Vas bien, ¿verdad? —le preguntó Michiko con una sonrisa.

—Más o menos.

—Ya es la hora. Tienes que arreglarte.

—Vale, mamá.

Machiko volvió a ponerse las gafas, aflojó las cuerdas del violín y lo guardó en el estuche.

—En cuanto a horas de práctica, seguro que eres la primera —dijo Michiko.

—Lo importante es cómo se toque.

—Tienes razón, pero te sentirás más segura así.

Dicho esto, Michiko echó una mirada al sótano. Lo habían construido especialmente para que Machiko practicara con el violín. No tenía ventanas.

Ni siquiera sus amigas más íntimas conocían la existencia de aquel sótano.

Cuando Machiko estaba en el instituto, Michiko convenció a su marido para que encargara la construcción de ese espacio. No quería que los vecinos oyeran sus ensayos, no para evitar molestarlos sino para que no supieran cuántas horas practicaba.

«Su hija debe practicar mucho, ¿verdad?», le preguntaban. Y ella respondía: «No, no tanto».

Al contrario de lo que suele ocurrir antes de un examen, en la música todos presumían de haber practicado horas y horas desde la infancia.

Pero Machiko no parecía necesitarlo. Nunca se oía el violín en su casa y aun así obtenía las mejores calificaciones, lo que hacía que el resto de padres se preocuparan por sus retoños.

En realidad, Machiko practicaba casi el doble que los demás en el sótano insonorizado.

—¿Cómo será la sala de música? —le preguntó Michiko mientras subía las escaleras.

—No lo sé. Dicen que hay una para cada uno y que está insonorizada —contestó.

—Entonces...

—No. No puedo hacer eso —dijo, con una sonrisa en la cara—. Todos vamos a tomárnoslo muy en serio. No conseguiría engañarlos.

—¡Claro que sí! —dijo su madre con energía—. Estarán nerviosos y se preocuparán por cualquier cosa. Funcionará.

—¿Tú crees?

—Estoy segura. Cambia la hora de tus ensayos para fingir que practicas poco.

—Lo haré si puedo —dijo Machiko con desgana.

Su padre estaba sentado en el salón. Parecía tenso.

—¿Estás lista?

—Sí.

—Hazlo lo mejor que puedas. Te veré en la final.

—Si hubieses averiguado cuál va a ser la composición nueva, sería la ganadora sin duda —dijo Michiko.

—Ya. Hice todo lo que pude, pero no hubo manera. Estoy convencido de que han buscado a un compositor desconocido.

—Da igual, papá. No pasa nada. No te preocupes —dijo Machiko, bostezando.

—Sí que pasa —replicó Michiko con el ceño fruncido—. Si no ganas, todo habrá sido inútil.

—Lo sé, mamá. Ganaré.

—Hazlo, por favor. Si ganas, te llevaré a Viena o a donde quieras, ¿vale?

—Hay un sitio al que quiero ir.

—¿A dónde? ¿A París? ¿A Londres?

—A Disneylandia —dijo Machiko—. Bueno, voy a arreglarme.

Yasuto Ōkubo se despertó justo a las siete de la mañana. En ese mismo momento sonó el despertador. *Como siempre*, pensó.

Estiró el brazo para pararlo.

Como vivía en un pequeño apartamento de seis tatamis, solía despertarlo el despertador del vecino.

—Por fin... —murmuró, levantándose del futón. No sabía si estaba nervioso. Tal vez eso significaba que sí—. Tengo que hacerlo como siempre. Así todo irá bien.

Se lavó la cara rápidamente y guardó el futón en el armario. Quería arreglar la habitación, ya que iba a estar ausente toda la semana.

—A esta hora los vecinos estarán durmiendo y los molestaré si paso la aspiradora. El coche vendrá a por mí a las nueve. Primero voy a desayunar algo y limpiaré después.

Con la cartera en la mano, Ōkubo salió camino de la cafetería. Abrían a las siete de la mañana para servir el desayuno a la gente que tomaba algo antes de irse a

trabajar.

—¡Buenos días!

Una camarera a la que conocía le trajo un vaso de agua.

—Estaré fuera toda la semana —le dijo el muchacho.

—¿Te vas de viaje?

—Bueno, más o menos.

—¡Qué suerte ser estudiante!

Tomó su café americano tranquilamente.

Durante esta semana, los siete competiremos de cara a la final. Pero yo soy el único que necesita el dinero del premio para vivir y pagarme las clases, pensó.

En la preselección, el resto de aspirantes parecían hijos de familias adineradas. Charlaban despreocupadamente, se reían y tocaban el violín con total libertad.

Ellos no tenían que preocuparse por los vecinos durante sus ensayos.

Tenían violines excelentes comprados con el dinero de sus padres para tocar las obras de los maestros que habían muerto en la pobreza.

Sin embargo, tenía que reconocer que, aunque no fuera justo, entre los aspirantes había mucho talento.

No voy a pensar más en los demás, se dijo Ōkubo. Yo soy yo. Esta semana será una lucha contra mí mismo.

Para él era la última oportunidad. Sus padres no tenían dinero suficiente para mantener a un músico en casa.

Era el primogénito, así que debía ocuparse de sus padres. Si no ganaba el concurso, estaba decidido a dejar el violín.

Mientras se comía la tostada, pensó que su futuro ya estaría decidido cuando volviera a aquella cafetería.

No sentía nostalgia. De hecho, toda su vida había estado pasando apuros.

—¿Qué te pasa?

Al escuchar la pregunta de la camarera, Ōkubo levantó la cabeza.

—Nada. ¿Por qué lo dices?

—Es que pareces muy dubitativo. Espero que no estés pensando en suicidarte.

—¿Lo has entendido?

La voz masculina al otro lado del teléfono era tan fría que no podía negarse.

—Sí. Lo he entendido —contestó ella.

—Si se descubre, será el final para los dos.

—Ya.

—Debemos fingir que no nos conocemos.

—De acuerdo.

—Muy bien.

Se hizo un silencio.

—Bueno...

—Vale. Nos vemos allí.

Colgó el teléfono.

La mujer se quedó un instante con el teléfono en la mano y después colgó con suavidad. La llamada había sonado tan alto que el corazón casi se le había salido del pecho.

—Ya ha llegado el coche.

Mari Sakurai se levantó al oír a su madre.

En la calle se había detenido un minibús.

—Me voy.

—Cuídate mucho. En vez de un minibús, ¿por qué no han mandado un coche normal?

—No te quejes, mamá. Qué vergüenza —dijo Mari, riéndose—. Toma. Tu maleta.

—Vale.

El director salió del minibús y la ayudó con la maleta.

—No te olvides el violín.

—Claro que no —replicó Mari, ruborizándose.

—Buenos días —dijo Munekazu Asakura.

—Hola, señor Asakura. Buenos días —contestó Mari, bajando la cabeza.

—Cuidaremos bien de su hija —dijo Asakura, sonriendo.

Su madre asintió.

—Muchas gracias.

—Hasta luego, mamá —dijo Mari, subiendo al minibús.

—¡Mari! —exclamó Machiko desde los asientos del fondo.

—Ah, ¡Machiko!

Al verla, Mari se sintió aliviada. Se sentó a su lado.

El minibús arrancó.

—Al final he traído un montón de cosas —dijo Mari con vergüenza—. ¿Has visto mi maleta?

—Solo es una, ¿verdad? —le preguntó Machiko—. Yo llevo dos como la tuya.

Mari se quedó boquiabierta.

—Buenos días a todos —dijo Asakura desde la primera fila. Se agarró al respaldo del asiento y saludó—. Empieza la semana de aislamiento. Cuando lleguemos os lo explicaré con mayor detalle, pero quiero que estéis relajados, como si estuviéramos de campamento. Aunque no tendréis un minuto de descanso, y esto es una contradicción.

Mari observó al resto de ocupantes del minibús.

Uno, dos, tres... y siete. Somos siete. Ya estamos todos, pensó.

Algunas caras le sonaban de otros concursos.

En el ambiente había cierta tensión.

—Con la señorita Mari Sakurai, que acaba de subir, ya estáis los siete finalistas —siguió Asakura—. Además, tendremos otro compañero. Supongo que ya lo sabéis todos: se trata de un agente de policía que estará allí para protegeros.

—¿Cómo será? —susurró Machiko a Mari.

—Me han dicho que es muy simpático.

—Yo prefiero que sea guapo a simpático.

—Ay, ¡Machiko!

Las dos se rieron en voz baja.

En realidad, Mari y Machiko no eran tan amigas. Machiko era introvertida y ponía una coraza entre ella y los demás, así que no tenía amigas íntimas. Aun así, en un lugar así le apetecía acercarse a alguien.

—Aunque sea policía, no estará allí para controlaros —continuó Asakura—, así que no os preocupéis por nada.

A pesar de todo, Mari se sentía incómoda. La razón por la que iban a estar acompañados por un policía era que ella estaba amenazada. Además, la palabra «policía» le recordaba aquel brazo cubierto de sangre.

Aunque intentase convencerse de que no era culpa suya, la presencia de la policía la hacía sentirse mal y enturbiaba el ambiente.

—Llegaremos dentro de poco —dijo el director.

—Muy bien. Dijo que nos esperaría en el siguiente cruce.

—Hemos llegado un poco antes de lo previsto. ¿Aparcamos para esperarlo?

—Sí. ¡Ah! ¿Será ese que viene corriendo?

—Pero si es un gato...

—Me refiero al hombre que va detrás.

Todos miraron por las ventanillas. Un gato carey se acercaba trotando con ligereza, como si bailara, mientras un hombre que jadeaba trabajosamente corría detrás con una maleta y un abrigo en el brazo.

—¿Será ese el detective? —preguntó Machiko con recelo—. El gato parece más avisado que él, ¿no?

—He olvidado deciros una cosa...

Cuando Asakura estaba a punto de hablar, el gato entró de un salto en el minibús.

—Al parecer, esta gatita también es miembro de la policía.

—¡Es preciosa! ¡Ven! ¡Ven, gatita! ¡Qué gata tan guapa! —exclamaron las chicas. La gata atravesó el pasillo hasta Mari Sakurai y se sentó a su lado con un maullido suave.

—¿Es una guardaespaldas exclusiva para Mari? —preguntó Machiko.

En ese momento se oyó un estrépito fuera del minibús.

El policía había tropezado y su maleta se había abierto al caer. Sus cosas estaban desparramadas por el suelo.

El hombre recogió rápidamente el cepillo de dientes, el jabón, una toalla y la ropa interior y volvió a guardarlo todo en la maleta.

—¡Mira! Tiene un agujero en los pantalones.

—Oh, lleva una chocolatina.

—Parece que va de excursión.

—Anda, si ha traído hasta latas.

Los jóvenes montaron un pequeño escándalo en el minibús.

Después de meterlo todo en la maleta, el detective subió al minibús con la cara colorada.

—Hola... Me envía la policía.

—Por aquí, por favor. Muchas gracias por venir —dijo Asakura con una sonrisa—. Como me había asegurado el señor Kurihara, es usted un detective único.

Katayama aceptó el halago de Asakura y sonrió.

—Me llamo Katayama. Oye, *Holmes* —dijo, mirando el interior del minibús—, ven aquí.

Pero la gata Carey, en vez de hacerle caso, se desperezó.

—Es que es una gata un poco especial —explicó Katayama.

—No hay problema —le aseguró Asakura. Le señaló el asiento que estaba a su lado y se dirigió al conductor—: Sigamos, por favor.

—Pero viene alguien más...

Mari se asomó por la ventana.

—Anda, si es esa chica...

Era Harumi. Corría hacia el minibús entre jadeos.

—¿Qué pasa? —le preguntó Katayama, levantándose.

—Te traigo un pañuelo, que te lo habías olvidado. Y mete la ropa sucia en esta bolsa —añadió, dándole una bolsa de plástico.

Mari se echó a reír.

TERCER CAPÍTULO

SEGUNDO MOVIMIENTO

Adagio cantabile

1

Al entrar en el salón todos contuvieron la respiración al mismo tiempo. —¡Qué chulo! —exclamó Mari con los ojos brillantes. Asakura entró tras ellos y observó el salón con satisfacción. En aquella estancia no habían cambiado casi nada, pero habían limpiado bien, tapizado las sillas y sacado brillo a la mesa.

Una lámpara de araña colgaba del techo. Asakura se sorprendió al verla, pues le costaba imaginar que un hombre tan tacaño como Suda hubiera comprado una lámpara así. Cuando le preguntó de dónde había sacado el dinero, Suda sonrió sin contestar. Aun así, Asakura no tenía ninguna queja de su trabajo.

—Adelante. Reuníos alrededor del piano —dijo a los chicos—. Voy a repartir las partituras de la nueva composición.

Se oyeron murmullos. Los siete siguieron a Asakura hasta el piano y se sentaron. Katayama se quedó de pie en la entrada.

—¡Esto parece un palacio! —murmuró—. ¿Cuántas veces será más grande que nuestro apartamento, *Holmes*?

La pregunta debió parecerle una tontería, porque *Holmes* no le hizo caso y se dirigió al fondo de la sala.

—¡Qué barbaridad! ¡Aquí se podrían proyectar películas!

—Con permiso —dijo una mujer a su espalda.

Se giró y vio a una mujer con un delantal blanco como el de una enfermera con un carrito de té. Katayama estaba bloqueando la puerta.

—¡Oh, perdón!

El policía se apartó a un lado y la mujer sonrió y se marchó empujando el carrito.

Por lo que Asakura me ha dicho, esta debe ser la cocinera, pensó Katayama. *Es todo lo contrario a la típica asistenta. ¿Cómo se llamaba?* Abrió la agenda; le costaba recordar los nombres. *¡Ah, sí! Tomoko Ichimura. Bueno, también tengo que aprenderme los nombres de los finalistas.*

Katayama siguió a Tomoko Ichimura hacia el fondo del salón.

Asakura, de pie delante del piano Steinway, hablaba con los jóvenes.

—Además, está prohibido llamar por teléfono, salvo casos de urgencia. Entiendo que sois jóvenes y que vais a echar de menos a vuestras parejas, pero estáis aquí para

olvidaros de esos asuntos. Solo será una semana. Debéis tener paciencia. Supongo que podréis aguantar una semana sin buscaros a otro o a otra, ¿verdad? Según mi experiencia, yo diría que es posible aguantar hasta diez días.

Los chicos se rieron. Por lo que le había contado su hermana Harumi, Asakura tenía mucho éxito entre las mujeres. Suponía que les había hecho gracia porque ellos también lo sabían.

Sin embargo, había tensión en sus risas.

—Solo hay un teléfono. Está en una de las habitaciones de la planta de arriba, el dormitorio del detective Katayama. Cuando necesitéis usarlo, debéis pedirle permiso. —Entonces se dirigió a Katayama—: Señor Katayama, cuando salga, cierre la puerta con llave, por favor.

Los siete clavaron sus ojos en el detective.

—De... De acuerdo —contestó, tapándose la cara con la agenda.

—Bueno, ¿alguna duda? —preguntó a los finalistas—. Aunque algunos ya os conocéis, podríais presentaros. —Señaló un extremo—. Empieza tú, por favor.

Uno de los tres chicos se levantó. Parecía muy serio.

—Soy Yasuto Ōkubo, alumno del profesor Hisaya Kawauchi —se presentó, como si fuera el primer día de clase, y volvió a sentarse.

Katayama buscó su descripción en las notas que había tomado cuando Asakura le habló de ellos.

Sus anotaciones sobre Yasuto Ōkubo decían que era un estudiante que trabajaba para pagarse los estudios. Aunque llevaba traje y corbata, no parecían de lujo. Katayama creía que sería de su mismo nivel.

Daba la impresión de que Ōkubo había puesto una coraza entre él y el resto de chicos, que eran de buena familia. De hecho, estaba sentado en un extremo, alejado de los demás.

—Ahora tú.

Al ser señalada, se levantó una chica de piel clara con la cara redonda como un pan.

—Yo soy... Kazumi Hase —balbuceó—. Encantada de conoceros a todos.

Agachó la cabeza y se sentó.

Kazumi Hase...

Katayama miró sus notas. Su familia era dueña de un *zaibatsu*^[2]. Era una niña mimada, pero tenía un gran talento. Aunque tenía veintiún años, poseía la inocencia de una joven de dieciséis. Katayama ladeó la cabeza, como si no pudiera creer que siguieran existiendo chicas así.

La siguiente era Mari Sakurai. Se presentó con calma, dijo su nombre y se sentó. Sobre ella no tenía nada escrito. Era precisamente la joven que había sido amenazada. No había duda de que tenía que prestarle especial atención.

Katayama sabía que era hija de un médico. Aunque su origen encajaba con su imagen, no parecía caprichosa ni orgullosa, y su carácter era tranquilo.

A continuación se presentó la chica guapa con gafas que estaba sentada junto a Mari.

—Soy Machiko Ueda.

Katayama comprobó que era amiga de Mari. En sus notas también decía que era una de las aspirantes con mayor potencial y una estudiante de matrícula.

—Mari y yo somos amigas —continuó Machiko—, pero aquí seremos rivales.

Se sentó. Katayama no entendió la intención de sus palabras. Todos pusieron cara de extrañeza. Suponía que quizá pretendía evitar que los demás creyeran que iban a ayudarse la una a la otra.

El siguiente chico llevaba unos pantalones blancos y una americana de *tweed*. Podías imaginarlo en un yate, navegando por el mar Mediterráneo.

—Soy Takeshi Furuta. Creo que me será difícil estar encerrado una semana, pero sé que compartir este sueño con vosotros es una oportunidad única. Cumpliré las normas, aunque me gustaría que pudiéramos debatir sobre la música y el amor...

Habló con seguridad. Era guapo y sabía expresarse. Katayama confirmó su impresión al leer sus notas: «Es un *playboy*».

¿Cómo es posible? Es guapo, tiene dinero, es listo... ¿Y encima toca bien el violín? ¡Es demasiado injusto!, pensó Katayama, con la misma expresión indignada que un trabajador ante una subida de impuestos.

El siguiente aspirante se levantó.

—Yo... Me llamo Saiji Maruyama. Es la primera vez que me presento a un concurso como este, así que no sé qué decir. Me alegro de estar aquí.

Era el típico chico grandote al que la timidez le impedía hablar. Katayama creía que podría romper el violín con solo agarrarlo con aquellas manazas. En sus notas ponía: «Un estudiante que vino de fuera. Es el típico chico con una gran capacidad que de momento no ha florecido». A Katayama le gustó la descripción que Asakura había hecho sobre él. Era muy de su estilo. Llevaba un traje de color gris más propio de un señor mayor. Contrastaba mucho con Furuta.

La última chica se levantó antes de que se lo pidieran.

—Me llamo Noriko Tsuji. Como todos sabéis, tengo un violín Stradivarius del año 1710. Si no consigo ganar el certamen, no podré culpar al violín, así que voy a ganar —dijo rápidamente antes de volver a sentarse. Todos se quedaron boquiabiertos.

La joven era guapa y tenía aspecto de intelectual. Llevaba unas gafas con montura plateada que la hacían parecer una eficiente secretaria. Katayama leyó sus notas: «Tiene mucho carácter. La apodan “la aguaconcertos”».

Asakura tosió ligeramente.

—Ya os conocéis todos. Ahora quiero presentaros a la señora Ichimura, que se ocupará de vosotros esta semana. Se ha ofrecido voluntaria para el puesto de cocinera porque quería colaborar en el concurso. Siempre que necesitéis algo, id a pedirselo a

la habitación que hay detrás de la cocina —les explicó. Se dirigió a la mujer y añadió —: Señora Ichimura, ¡muchas gracias por todo!

Tomoko Ichimura, que se había detenido junto a una ventana, dio un paso al frente y sonrió.

—Haré todo lo que esté en mi mano para ayudaros a obtener el mejor resultado.

—¡Muchas gracias! —dijo Saiji Maruyama, el chico grande. Los demás asintieron.

—Ahora repartiré las partituras.

Al escuchar a Asakura, la sala se quedó en silencio y la atmósfera se llenó de tensión. Asakura agarró el maletín que había dejado junto al piano.

—Como ya sabéis, se trata de un concierto para violín y orquesta. Tocaréis esta pieza por primera vez en el mundo. Queremos ver cómo mostráis vuestra habilidad.

—Por favor, ¿puedo hacerle una pregunta? —le preguntó Noriko Tsuji, la chica guapa, cuando abrió el maletín.

—Sí, dime.

—Está prohibido hablar sobre la interpretación de la pieza, ¿verdad?

—Sí, claro.

—También está prohibido hablar del tema por teléfono o por escrito, ¿no?

—Sí. ¿Algo más?

—Si alguien copiara la interpretación de otro participante, ¿qué pasaría?

—Si se demostrara ese hecho, tendríamos que excluir a esa persona de la final.

—De acuerdo. —Se quedó un momento en silencio antes de continuar—: Entonces creo que hay una persona que debería ser excluida.

Los otros seis se miraron unos a otros. Noriko Tsuji señaló a Takeshi Furuta, el *playboy*.

—Él debería irse de aquí ahora mismo —dijo con severidad.

Todos se quedaron sin palabras. El primero en reaccionar fue precisamente Furuta.

—¿Qué dices? ¿Yo qué he hecho? —le preguntó, levantándose con la cara colorada.

—¿Qué has hecho? ¿Tengo que decirlo yo? —contestó sin miedo Noriko.

—¡¿Todavía sigues con lo del concurso del periódico?!

—¡Claro que sí!

—No era verdad. Ya han rectificado, ¿no lo sabías?

—Eso es porque no encontraron pruebas, pero la verdad es que me robaste la interpretación.

—Sí, claro... —dijo Furuta. Se calmó y continuó, con una sonrisa torcida—: No habría necesitado hacer eso para ganarte.

—¡Lo reconoces!

—Sí, lo reconozco. ¿Y qué?

—Calmaos —los interrumpió Asakura—. Tsuji, no deberías hacer comentarios sobre un concurso pasado. Estoy informado de la similitud entre vuestras interpretaciones, pero se llegó a la conclusión de que había sido fruto del azar.

—Su padre los sobornó para que lo taparan —contestó Noriko—. Todo el mundo lo sabe.

Katayama estaba sorprendido. *¡Madre mía! ¡Qué carácter tiene!*

—De todos modos, eso es agua pasada. Lo importante es el presente. Si en este concurso observamos algo contrario a la normativa, excluirémos a esa persona.

Noriko se encogió de hombros y no habló más.

—Por favor, intentad llevaros bien —dijo en tono tranquilo—. Bueno, voy a repartir las partituras.

La atmósfera parecía haberse relajado gracias al barullo que se acababa de montar.

Asakura abrió el maletín y sacó un taco de papeles de formato grande.

En ese momento se oyó un suspiro de ilusión y sorpresa.

—Es una partitura para orquesta, por eso es tan larga —dijo Asakura con una sonrisa—. No os preocupéis.

—¿Quién es el compositor? —preguntó Ōkubo.

—No podemos decirlo hasta el final del concurso.

—Lee la partitura y lo sabrás —dijo Noriko. Parecía que se había olvidado del escándalo.

—De acuerdo. Aquí tenemos siete partituras. Cuando las reparta, yo me quedaré sin ninguna —dijo Asakura—. La original la tiene el compositor. Nada más. Os deseo mucha suerte.

El director empezó a llamarlos uno por uno para entregarles la partitura. Ni Ōkubo ni Machiko pudieron esperar a llegar a su asiento antes de mirarla. En cambio, Noriko y Furuta la dejaron sobre su regazo con expresión indiferente; curiosamente, los dos que habían discutido. Mari, Kazumi y Maruyama la recibieron con cuidado, como si fuese algo peligroso, y después acariciaron su portada.

Katayama se dio cuenta de que *Holmes* se había subido al piano. Parecía conocer el valor del Steinway. Como no había sacado las uñas al subirse, resbaló sobre la superficie del piano.

—¿Qué haces, Holmes? —le preguntó Katayama con una sonrisa. La gata olisqueó el interior del maletín y bajó de un salto.

Asakura cerró el maletín y miró a los siete jóvenes con tranquilidad.

—Que tengáis buena suerte. Katayama creyó oír música a lo lejos.

—¡Qué habitación tan agradable! —exclamó Katayama mientras organizaba sus cosas—. No me importaría quedarme más de una semana.

Mientras tanto, *Holmes* estaba inspeccionando la habitación. Parecía una espía buscando un micrófono escondido.

—¿Qué haces? Tienes un arenero en el baño. No te preocupes, es imposible que aquí se cometa un crimen —le aseguró Katayama. Bostezó—. ¡Qué cómodo es esto!

Holmes maulló como si le diese un consejo.

—Ya lo sé, no debo relajarme. No olvido para qué estoy aquí. Pero tú tampoco debes olvidarlo, ¿eh?

La gata saltó sobre el escritorio del rincón y lo miró.

—¿Qué pasa?

Cuando Katayama se acercó, la gata sacó las garras de las patas delanteras y empezó a arañar un papel que había allí.

—¿Qué haces? —Katayama miró los arañazos que había dejado *Holmes*: siete rayas bien ordenadas—. Siete. ¿Siete candidatos? ¿No? No me mires así. Siete... Ah, ¿las partituras? Había siete...

Holmes cerró los ojos como si asintiera.

—El director ha dicho que solo hay siete partituras. ¡Qué exagerado! Si solo es un concurso de música. ¿Eh? ¿Qué? ¿Qué pasa?

Holmes añadió una raya más.

—¿Ocho? ¿Estás segura? —le preguntó. Entonces recordó que *Holmes* había mirado dentro del maletín—. ¿Quieres decir que había ocho partituras? ¿Había una más?

Holmes cerró los ojos.

En ese caso, Asakura había mentido. Katayama dudó.

Pero no creo que eso sea importante. Puede que Asakura quiera tener una copia porque es el organizador. Sí. Debe ser eso, pensó Katayama.

—Oye, *Holmes*, en este mundo... Es decir, en el mundo de los humanos existen las opiniones privadas y los posicionamientos públicos. Los que tienen talento pueden hacer lo que les dé la gana, así que el tal Asakura puede decir una cosa públicamente aunque sus manos se muevan con una intención privada.

Pero a nadie le importaría que Asakura se quedara una partitura; es más, todo el mundo lo daría por sentado. ¿Por qué ha intentado ocultarlo? Es extraño. No obstante, estoy aquí para proteger a esos siete jóvenes y no debería preocuparme por los detalles del concurso. Tengo que ponerme un límite.

Naturalmente, la situación cambiaría si tuviese relación con algún caso. Sin embargo, Katayama no se emocionaba al igual que Harumi cuando era testigo de un delito. En el caso de su hermana, también influía que era muy curiosa.

El sonido del teléfono sobresaltó a Katayama.

—Ostras, qué susto —dijo con un suspiro. La persona que llamaba no había tenido intención de asustarlo, así que tampoco tendría por qué escuchar sus quejas—. Sí, ¿diga? —dijo al descolgar.

—Hola, ¿hermano?

—Ah, Harumi. ¿Cómo tienes este número?

—Se lo he pedido a tu jefe.

—¿Te lo ha dado el jefe? Vaya, pero si me dijo que era confidencial. Es un bocazas.

—Le dije que se trataba de algo urgente.

—¿En serio? ¿Ha pasado algo?

—No, nada grave pero...

—Cuenta.

—Me he casado con Ishidzu.

Katayama se quedó petrificado.

—¡Es broma! —dijo Harumi, riéndose.

—¡Oye! ¿Por qué me dices eso?

—Es mi venganza por lo del otro día.

—¡Pero si me arañaste la cara...!

—Eso fue un castigo, no una venganza.

—A ver, ¿y qué diferencia hay entre una cosa y otra?

—Eso no importa.

—A mí me importa. ¿A Ishidzu también lo maltratas así?

Pobre Ishidzu, lo que le esperaba con su hermana.

—Bueno, ¿cómo va todo?

—Acabamos de empezar —dijo Katayama—, pero ya hemos encontrado algunos contratiempos.

—¿Sí? Cuéntame.

—No puedo usar este teléfono para asuntos privados.

—Se trata de trabajo. Puede que mis ideas te ayuden a resolver el caso.

Katayama sabía que no podría con ella. Aunque era soltero, para él era fácil imaginar cómo se sentiría un marido bajo las órdenes de una mujer como su hermana.

Le contó que dos de los finalistas habían discutido y que Asakura se había llevado una partitura. Harumi parecía más interesada en el segundo tema que en el primero.

—Había una partitura más... Debe haber algo detrás, seguro.

—No le busques tres pies al gato.

—Oye, no metas a *Holmes* en esto. Hasta luego, hermano. Mucho ánimo.

Y colgó el teléfono.

—Qué mujer. En realidad no quería hablar de nada importante. —El detective colgó el teléfono y miró a *Holmes*—. ¿A ti qué te parece? ¿Tú también crees que va a pasar algo?

Holmes no contestó y cerró los ojos.

—Poniéndote así no vas a conseguir nada —dijo Toshio Sakurai, levantando la mirada de una revista médica extranjera.

Aunque era catedrático en una facultad universitaria de Medicina, Toshio Sakurai era incapaz de relajarse. Necesitaba investigar. El conocimiento lo hacía feliz. Parecía el típico profesor que domina un par de idiomas extranjeros, pero en su caso no era así: él dominaba cinco idiomas.

En lugar de desconectar viendo la televisión, como hacían la mayoría de los trabajadores, después de la cena leía tesis de medicina.

Desde el punto de vista de Sakurai, estudiar era mucho más entretenido e interesante que ver la televisión. Su mujer, Mitsuko, era parecida a él, una obsesa de la música a la que los demás consideraban rara.

—¿Estás preocupado por Mari? —le preguntó Mitsuko, andando en círculos por el salón como si fuera un carrusel.

—Ya no es una niña pequeña —contestó Sakurai—. Además, no es que se haya ido al fin del mundo. ¿Por qué estás tan angustiada?

—Hoy es su primer día. No sé si habrá cenado. Le he metido en la maleta las pastillas para el estómago, pero si está muy nerviosa no le servirán de nada. ¿Y si está tan ansiosa que no puede dormir? Cuando se acatarra tarda un montón en recuperarse, y además suele sufrir estomatitis... Supongo que todo eso lo ha heredado de ti.

—No te preocupes, cariño, Mari estará bien. Es una chica valiente. Confía en ella.

—Estás demasiado tranquilo.

Mitsuko parecía histérica.

—Si tan preocupada estás, ¿por qué no te metiste tú misma en la maleta?

Era raro que Sakurai hiciera un comentario tan irónico.

—No encontré ninguna en la que cupiera. Además, después de la agresión...

—Por eso están acompañados por un policía.

—¿Crees que podemos confiar en él?

—¿Cómo puedes decir eso? Fuiste tú quien pidió ayuda al señor Asakura —dijo Sakurai, con una sonrisa torcida.

—¿Cómo podría no estar preocupada, si no voy a saber nada de ella durante una semana? Al menos podrían dejarles llamar una vez al día.

Sakurai volvió a concentrarse en la revista. No podía seguir escuchándola.

De repente sonó el teléfono en el pasillo. Mitsuko fue corriendo a responder.

—Es el profesor Wada —dijo con alivio y decepción. Sakurai se dirigió al pasillo para hablar con él. Mitsuko se sentó en el sofá.

—Me voy a volver loca —se dijo cuando sonó el teléfono del salón. La familia Sakurai tenía dos líneas de teléfono aunque en la guía solo aparecía el número por el que Sakurai estaba hablando en el pasillo. Reservaban el otro para la familia y sus amigos íntimos.

—¿Diga? —preguntó Mitsuko con tranquilidad—. ¿Sí? ¿Diga? —Como nadie contestó, la mujer insistió—. ¿Quién es?

—¿Es usted la señora de la casa?

Era una voz grave de mujer, tan irregular que parecía la de una anciana. Mitsuko adivinó quién era y miró rápidamente hacia el pasillo.

—Usted...

—Déjeme ver a mi hija.

—¡Qué pesada! Ya le he dicho que eso es mentira —le dijo en voz baja aunque muy contundente.

—Mari es mi hija —dijo la mujer con tristeza—. Devuélvame la, por favor...

—Déjelo ya, se lo suplico. Eso no es verdad —contestó Mitsuko. Su marido seguía hablando en el pasillo.

—Pero yo...

—Vamos a ver. Acabemos ya con este tema. ¿Dónde está?

—No le sé decir.

—Pero estará cerca de mi casa, ¿verdad?

—Sí.

—¿Conoce el parque que hay al subir la cuesta de mi calle?

—Sí, lo conozco —contestó la mujer con vacilación después de un breve silencio.

—Muy bien. Llegaré dentro de una hora. Espéreme allí, por favor.

—Pero yo...

—Habla entonces —dijo Mitsuko con autoridad antes de colgar.

Justo en ese momento, Sakurai terminó de hablar y entró en el salón.

—¿Ha llamado alguien?

—Sí —contestó Mitsuko con calma—. Era la madre de una compañera de la clase de violín. Dice que quiere ver una partitura. Más tarde saldré un rato.

—¿Por qué no la has invitado a casa?

—Ella también tendrá cosas que hacer —contestó Mitsuko.

Cuando no quería dar detalles, usaba esa estrategia. Las amas de casa siempre estaban liadas con asuntos de fuera del hogar.

A Sakurai le pareció convincente y enseguida volvió a su revista.

—¿No te apetece tomar un baño?

—Sí...

La voz de su mujer ya no llegaba a sus oídos.

Mitsuko fue al trastero, donde tenían unos armarios. Metió la mano detrás de los bolsos de uno de los estantes y sacó un sobre.

Miró un momento el pasillo y extrajo un fajo de billetes de diez mil yenes.

—Con esto se acabará la tontería —murmuró. Metió el sobre del dinero dentro de uno de los bolsos y cerró la cremallera.

Una hora más tarde, Mitsuko se marchó de casa. Hacía un viento muy desapacible, pero comenzó a caminar. Aunque no solía salir a correr, como hacía su hija, le gustaba mucho caminar y confiaba en su condición física.

Subió la cuesta a paso ligero, respirando cada vez más rápido. A pesar de que aquella era una zona residencial y de que no era tarde, no se veía ni un alma en la calle. A su llegada al parque, se detuvo en la entrada y miró a su alrededor. El silencio era absoluto, solo se oía el silbido del viento.

Desde su posición solo divisaba el sendero que rodeaba el lago, pero estaba muy oscuro porque había pocas farolas.

—¿Dónde está? ¿Habrá cambiado de opinión?

Como era miope, no merecía la pena intentar distinguir en la oscuridad.

Daré la vuelta al lago, pensó. A esa mujer le falta un tornillo, pero no creo que sea peligrosa. Comenzó a caminar. ¿Cuánto tiempo lleva molestándonos? ¿Dos meses? Creo que pueden ser tres.

Al parecer, la mujer creía que Mari era su hija; la llamaba por teléfono y la rondaba. Para Mari era una época muy importante y Mitsuko no quería que se alterara, así que, siempre que la mujer llamaba por teléfono, se mostraba tajante con ella.

Ya no sabía qué hacer, puesto que no podía convencerla con lógica.

El dinero me ayudará a terminar con esto.

Por esa razón había preparado medio millón de yenes.

No sabía si eso sería suficiente, pero creía que merecía la pena probar.

Mitsuko llegó a la mitad del sendero. No había nadie.

Al final no ha venido, pensó.

Como esa semana nadie podría ponerse en contacto con su hija, estaba tranquila.

Sería un desastre que la abordase el día de la final...

Mitsuko siguió caminando.

Aquel tramo del sendero estaba rodeado de arbustos y árboles. Solía ser frecuentado por parejas, tanto en verano como en primavera, pero aquella noche hacía frío y no había nadie.

Pasó junto a una farola; la siguiente se encontraba a la salida del parque. Los árboles tapaban la luz que entraba desde fuera creando el rincón más oscuro del parque.

No ha venido, pensó Mitsuko mientras caminaba rápidamente. En ese momento oyó un susurro de hojas secas. De repente, entre los árboles apareció una sombra rápida como el viento.

En una noche tan fría como aquella había una apasionada pareja entre los árboles. Los jóvenes ya no sabía por qué se abrazaban, si por amor o por el frío.

—¿Qué ha sido ese ruido? —preguntó la mujer, levantándose del suelo.

—Ha sonado como si algo hubiera caído al agua.

—¿No has oído un grito?

—No sé. ¿Qué habrá sido?

—¿Quieres que vayamos a ver?

—Déjalo, no me apetece meterme en un lío —dijo el joven con una mueca—. Una vez le devolví la cartera a un hombre al que se le había caído y me miró como si yo se la hubiera robado.

—Qué desconfiado.

—Además, la abrió delante de mí para ver si faltaba algo. Me cabreó un montón.

—Bueno, pero esto no es lo mismo. Vayamos a ver.

—De acuerdo...

El hombre se levantó con esfuerzo.

Los dos abandonaron los árboles y salieron al sendero.

—Está tan oscuro que no veo nada. ¿Hola? ¿Se ha caído alguien al lago? —preguntó a gritos. Se oyeron unos pasos rápidos por el camino y un chapoteo en el agua.

—¡Allí! —exclamó la mujer, señalando el lago. Se veía una cabeza en el agua.

—¡Joder! Está muy lejos. Oiga, ¿qué hace ahí? ¿Está bien?

—¡Por favor, ayúdame! ¡No sé nadar! —gritó una mujer.

—¡Tírate, rápido!

—Claro, ¿por qué no te tiras tú?

—Venga, luego te invitaré a *ramen*^[3].

—Qué tacaña eres. ¡Aguantate! ¡Ya voy!

El hombre se quitó los zapatos y se tiró al agua.

Cuando salieron del lago, la mujer estaba tiritando.

—¿Está bien? ¿Tiene frío?

—No te preocupes. Muchas gracias por ayudarme.

—Pero ¿cómo se cayó al agua? —le preguntó el joven, que aún jadeaba.

—Me empujaron.

—¿En serio? —le preguntó la chica, boquiabierta—. ¡Por eso oímos pasos!

—¿Habéis visto cómo era? —les preguntó Mitsuko.

—No, solo oímos sus pasos. Pero ¿por qué la han empujado?

—No lo sé —dijo Mitsuko. Se levantó—. Me llamo Mitsuko Sakurai. Gracias por vuestra ayuda. Estás empapado. Venid a mi casa, por favor. Vivo cerca de aquí.

—De acuerdo —contestó el hombre—. Cuando cayó al lago, ¿por qué se alejó hacia la zona más profunda?

—La persona que me empujó intentó golpearme con un palo, por eso hui hacia el centro del lago.

—¡Dios mío! ¿Intentaba matarla?

—Supongo que sí —afirmó Mitsuko.

La cena estaba exquisita.

—¡Vamos a engordar!

El comentario de Machiko, aunque en tono de broma, no extrañó a nadie.

Todo el mundo estaba de acuerdo en que Tomoko Ichimura cocinaba muy bien. A pesar de eso, el ambiente en el comedor no era nada agradable.

Nadie hablaba, quizá porque era la primera noche. Comieron en silencio.

Katayama estaba incómodo en aquel entorno. Era mucho mayor que los chicos y, aunque él no pensaba vigilarlos, debían sentirse observados.

Se dirigió a la cocina. Tomoko Ichimura estaba preparando el postre.

—¡Hola, detective! ¿Necesita algo?

—No, es que...

—La gata está comiendo ahí.

Holmes estaba en un rincón, comiendo como si no hubiera probado bocado en su vida.

—¿Le importa que cene aquí?

—¿Aquí?

—Sí. Es que mi presencia parece incomodarles, y para mí tampoco es agradable.

—Comprendo —dijo Tomoko Ichimura con una sonrisa—. No me importa. ¿Le parece bien esta mesa?

—Sí, claro.

—Traiga aquella silla y siéntese, por favor. Le traeré su plato.

—Muchas gracias.

Katayama suspiró. Cuatro de los finalistas eran mujeres. No podía evitar ponerse nervioso.

Cuando terminó de cenar, Tomoko le sirvió café.

Solo de pensar que esto va a durar una semana, me agota, pensó mientras se lo tomaba.

—Ya han terminado de cenar y se han marchado al salón —dijo Tomoko Ichimura—. Yo cenaré ahora.

—Muy bien. Me iré al salón entonces.

Pensó en irse a su cuarto, pero no tenía sentido seguir evitando a los chicos. Se dirigió al salón con *Holmes*.

—¡Hola! Bienvenida —exclamó Kazumi Hase, la niña mimada, dirigiéndose a *Holmes*.

Además de ella, en el sofá estaban Takeshi Furuta, el *playboy*, y Saiji Maruyama, el grandullón.

—¿Dónde están los demás?

—Se están peleando con las corcheas —contestó Furuta—. Son admirables. Estoy seguro de que Noriko se lleva las partituras a la cama.

Katayama se sentó.

—¿Os lleváis mal?

—A mí no me cae mal, la verdad —dijo con una sonrisa torcida—. Cuando se quita las gafas, está guapísima. Si no fuera violinista, le pediría una cita.

—Estáis todos muy nerviosos.

—¿Tú crees? —le preguntó Furuta con una sonrisa forzada.

—¿No?

—Algunos sí, pero otros están fingiendo.

—¿Por qué?

—Porque quieren alterar a los demás con sus gritos.

—Pero ¿merece la pena?

—Al fin y al cabo, el certamen es una batalla —dijo Furuta—. El más fuerte ganará. Y para ganar hay que hacer lo que sea.

—Yo no opino igual —dijo Kazumi acariciando la garganta de *Holmes*, a quien tenía en su regazo—. La música debe calmar el corazón de las personas que la escuchan. ¿No es cierto?

—Pero eso no tiene nada que ver con el concurso —contestó Furuta. A continuación se dirigió a Katayama—: Detective...

—Dime.

—¿Te gusta la música?

—No sé. Cuando oigo música clásica me entra sueño.

—¿De verdad? Nunca había conocido a nadie así. No me lo puedo creer —dijo Kazumi. Katayama se sintió avergonzado.

—¿Te importa cuidar un momento de la gata?

—No, me encanta estar con ella.

Holmes estaba tan a gusto que se había quedado medio dormida.

Katayama salió al vestíbulo y abrió la puerta que había junto a la cocina. Según Asakura, al otro lado estaba la biblioteca.

—Hola, señor Katayama —dijo Mari Sakurai, que estaba sentada en un sofá con un libro en la mano.

—Ah, hola...

—Le estoy muy agradecida a su hermana por lo de aquella noche en el restaurante —dijo la joven con una sonrisa cuando Katayama estaba a punto de irse.

En ese momento no podía marcharse, así que entró. Aunque la puerta era doble, el interior no era grande, unos diez tatamis. Era rectangular, tenía el suelo cubierto por una alfombra y, salvo por las puertas, el resto de las paredes estaban ocupadas por estanterías. Había cuatro sillones, dos en un lado y otros dos enfrente, pero no había mesa ni escritorio.

—Siento haber causado tantas molestias —dijo Mari.

—No pasa nada. Es mi trabajo —contestó él con formalidad. Estaba nervioso—. Creí que estarías en tu dormitorio, practicando.

—La partitura es tan larga que me da pereza leerla —dijo Mari. Suspiró—. Mis compañeros son dignos de admiración. Yo necesito una noche para recuperarme de la conmoción.

—¿Conmoción?

—Sí, por lo larga que es la partitura.

—Comprendo...

—Para tocar el violín se necesita fuerza física. Por eso, los violinistas se retiran antes que los pianistas. Quizá los hombres sean más adecuados que las mujeres.

—Pero tú eres una de las aspirantes favoritas, ¿verdad?

—Todos estamos al mismo nivel técnicamente —dijo con una sonrisa—. Todo depende de la suerte.

—Bueno. Supongo.

—A ver qué concierto nos toca... A mí se me da bien Sibelius y Bartok, pero a Machiko no. Como ve, depende de la suerte.

—¿Quién decidirá qué toca cada uno?

—El comité nos lo asignará el mismo día de la final. No sé cómo lo harán. De todos modos, tenemos que estar preparados para tocar cualquier pieza perfectamente.

—Furuta, Maruyama y Kazumi están en el salón.

—Furuta no me cae bien. Creo que las chicas le interesan más que la música —dijo Mari. Katayama asintió—. Pero su interpretación es espontánea, brillante. Puede que sea un genio. Señor Katayama, ¿sabe que se dice que el violín tiene esa forma porque imita la silueta femenina?

—¿Sí? Bueno, se parece.

—¿Verdad? Aunque el cuello sea demasiado largo, el cuerpo tiene esas curvas.

—Puede que sea una *rokurokubi*^[4].

—Dicen que por eso a Furuta le gusta tocar el violín.

—Porque es un mujeriego, ¿verdad?

—¿Dirán de mí que soy lesbiana por tocar el violín? —Katayama se ruborizó y carraspeó. Era muy inocente—. Además, dicen que tocar el violín es lo mismo que tocar a una mujer. Lo sujetas bien con la mano izquierda mientras lo acaricias suavemente con la derecha... No hay que hacerlo sonar, solo ayudarlo suavemente para que cante...

—¿Los violines cantan? Es la primera vez que lo oigo.

—*¿En qué idioma cantará?*, pensó.

—Perdone, no debería aburrirlo con estas cosas.

—No me importa, es interesante. Pero no debería entretenerme cuando tendrías que estar practicando...

Antes de que terminara la frase, sonó el móvil que llevaba en el bolsillo.

—¿Qué ocurre?

—Tengo una llamada. Disculpa.

Katayama salió del despacho y subió las escaleras a saltos para ir a su cuarto. Abrió la puerta deprisa. El teléfono seguía sonando.

—¿Diga?

—¿Katayama?

—Ah, eres tú. —Era el detective Ishidzu—. No puedes llamarme aquí.

—Ya. Es un asunto de trabajo.

—¿Qué ocurre?

—Se trata de Mari Sakurai.

—¿Ha pasado algo?

—Sí. Han intentado asesinar a su madre.

—¿Qué?

Ishidzu le contó que Mitsuko Sakurai estaba bien y se quedó tranquilo.

—¿Se sabe algo sobre el agresor?

—Nada. Ella dice que estaba tan oscuro que no pudo verle la cara.

—Pero ¿qué hacía en un parque a esa hora?

—Esa es la cuestión —dijo Ishiyama. Parecía sospechar algo—. Ella dice que estaba paseando, pero ¿con este frío? ¿No te parece extraño?

—Desde luego.

—Si no quiere damos más información, no podemos hacer nada, pero quería que lo supieras.

—Vale. No sé si se lo diré a Mari Sakurai.

—¡Ah, eso! Casi me olvido...

—¿Qué pasa?

—Mitsuko Sakurai insiste en que no le digamos nada a su hija. Dice que no quiere alterarla en este momento tan importante.

—Ah, de acuerdo.

—Una cosa más. Tu hermana Harumi te manda recuerdos.

—Dile que no se inmiscuya.

Después de colgar el teléfono, Katayama se sentía incómodo. No creía que la agresión fuera fruto del azar. Aunque era posible que se tratara de una rencilla personal, había otra posibilidad: atacando a su madre podían conseguir que Mari Sakurai abandonara el concurso.

He venido aquí para defender a los finalistas...

No era necesario atacar físicamente a los aspirantes para que estos no asistieran a la final.

No quería pensar en esa posibilidad, pues sería imposible proteger a todas las personas relacionadas con el concurso.

¿Qué puedo hacer?, pensó mientras se dirigía a la biblioteca. Mari Sakurai ya no estaba allí.

3

Las manos de Munekazu Asakura dibujaron lentamente un círculo en el aire.

Para ser más exactos, lo dibujó su batuta. La melodía acabó en un pianísimo, como si se derritiera, y desapareció.

Un instante después llegó la lluvia de aplausos. Nadie dudó; el público aplaudió con fuerza moviendo el aire como un tsunami que parecía que iba a tragarse a la orquesta.

—¡Bravo!

Los vítores se alzaron en distintos puntos.

Ishidzu cabeceó hacia delante y se despertó.

—¿Eh? Harumi, ¿ya ha terminado? —le preguntó.

—Sí, ha terminado —contestó Harumi sin dejar de aplaudir.

—¡Qué preciosidad! —exclamó Ishidzu, aplaudiendo él también.

Harumi se aguantó la risa. Había sido un error invitar a Ishidzu a un concierto de música clásica. Él no tenía la culpa.

Al menos no había roncado. El programa estaba formado por obras conocidas: Mendelssohn, los conciertos para piano de Liszt y la *Chanson Triste* de Tchaikovsky.

Para alguien que se dormía con la música clásica, cualquiera de estas piezas era una nana.

Asakura respondió a los aplausos y vítores reapareciendo en el escenario con un paso muy seguro para alguien de su edad.

—¿Van a tocar más? —preguntó Ishidzu al ver a Asakura de nuevo en el escenario con su batuta.

—Sí, pero no te preocupes. Será tan corto que no te dará tiempo a quedarte dormido —le contestó Harumi.

Tocaron el *scherzo* de *El sueño de una noche de verano*, de Mendelssohn, el mismo autor de la primera pieza de la noche.

—¡Bravo!

Siguieron aplaudiendo un buen rato y finalmente el público empezó a salir de la sala.

—Vámonos.

Harumi tenía un disco de vinilo en la mano.

—¿También de música clásica?

—Sí. Es de Bruckner, dirigido por Mune-kazu Asakura.

—Bru... ¿Es un compositor?

—Sí, claro.

—Es que no sé mucho de música... —Ishidzu se rascó la cabeza—. Conozco *El lago de los cisnes* y poco más.

El pasillo estaba lleno de gente. Harumi empezó a abrirse paso entre la multitud.

—¿Harumi? La salida está en la otra dirección.

—No te preocupes. Voy a los camerinos para ver a Mune-kazu Asakura.

—¿En serio? —le preguntó Ishidzu, arqueando las cejas—. ¿Qué vas a hacer?

—Voy a descubrir dónde está la última partitura.

—¿Qué?

—Nada, nada importante. —Harumi sonrió y le preguntó—: ¿Te importa esperarme fuera?

—No. Te espero en la salida.

Harumi atravesó el pasillo, en el que ya había menos gente. Junto a una placa que decía «Solo personal autorizado» había cuatro o cinco mujeres con discos en las manos.

—Disculpad.

Harumi hizo caso omiso a la placa y siguió caminando.

Mientras avanzaba por el pasillo, lleno de material y mesas, se cruzó con un hombre trajeado que venía en dirección contraria.

¡Qué cara tan deprimente tiene este hombre!, pensó Harumi.

—¿Qué desea? —le preguntó al verla.

—Me gustaría ver al maestro Asakura.

—No puede estar aquí —dijo el hombre con una mueca—. Además, el maestro solo firma autógrafos cuando está de muy buen humor.

—Puede que ahora lo esté —replicó Harumi.

—Está prohibido estar aquí...

—¿Qué pasa? —preguntó una voz grave y vibrante. Era Asakura, que acababa de salir con un abrigo. A Harumi le pareció más grande de lo que aparentaba en el escenario.

—Es una de tus admiradoras —le explicó el hombre triste.

—Sí. Me gustaría que me firmara el disco —dijo Harumi con una sonrisa.

—Claro que sí. —Asakura le dedicó una atractiva sonrisa y se dirigió al hombre —: Suda, acompaña a los miembros de la orquesta al autobús, por favor.

—De acuerdo.

El tal Suda los miró con recelo y se marchó.

—¿Tienes algo con lo que pueda firmar? —le preguntó Asakura.

—Aquí tiene.

Harumi sacó un rotulador de su bolso y se lo entregó junto con el disco. Asakura firmó la portada del disco.

—Muchas gracias.

—De nada. Por cierto, ¿no nos hemos visto antes?

Sus palabras la sorprendieron. Era cierto que podía haberla visto cuando corrió al autobús para llevarle el pañuelo a su hermano, pero fue solo un momento e iba vestida de otra manera. Le parecía imposible que la hubiera reconocido.

—Puede ser. Voy a casi todos sus conciertos —dijo Harumi, ocultando la verdad.

—Ah, será por eso. Tengo buena memoria cuando se trata de chicas guapas.

—Muchas gracias.

—¿Estás sola?

—Sí.

—¿Qué te parece si cenamos juntos?

—¿Sí?

—Claro. Espérame en la parte de atrás del edificio. Iré a por el coche.

Asakura se alejó.

Harumi sabía que el director tenía fama de mujeriego. De hecho, había ido a verlo esperando que ocurriera aquello. *No puedo quedarme sentada y dejar que mi hermano y Holmes hagan todo el trabajo*, pensó.

Harumi estaba obsesionada con el trabajo de detective.

Salió a la calle a buscar a Ishidzu.

—¿Cómo ha ido?

—Bien. Oye, Ishidzu, lo siento mucho, pero ¿puedes volver solo?

—¿Qué pasa?

—He recordado que tengo que hacer algo urgente.

Eran las diez de la noche y resultaba extraño que tuviera una urgencia a esas horas, pero Ishidzu confiaba en ella.

—De acuerdo. Esperaré hasta que termines lo que tengas que hacer.

—No te preocupes, porque no sé a qué hora acabaré.

—Ya, pero si no te llevo a casa, Katayama me matará.

Después de convencerlo para que se fuera solo, Harumi se apresuró a la parte de atrás del edificio.

El autobús de la orquesta se alejó. Harumi miró a su alrededor y un coche que parecía importado se acercó a ella.

—¿Te he hecho esperar? —le preguntó Asakura desde la ventanilla.

—No.

—Muy bien. Sube, por favor.

Abrió la puerta y Harumi se sentó a su lado.

—Qué coche tan bonito.

—Es mi única afición.

El coche se puso en marcha con suavidad.

Mientras tanto, Ishidzu caminaba hacia la estación.

—Debe aburrirse conmigo —murmuró con un bostezo.

Un lujoso coche importado lo adelantó.

Ese es más caro que el mío, pensó. Ishidzu tenía un coche deportivo, aunque japonés, y se fijaba en esas cosas. El automóvil giró suavemente en la curva y el policía se quedó boquiabierto al ver al copiloto.

—¡Harumi! —exclamó. Echó a correr y subió a un taxi; costumbres de detectives—. ¡Siga a ese deportivo! —pidió al taxista, enseñándole su placa.

—Por supuesto. ¿Son delincuentes o qué?

—¿Qué? Bueno, más o menos.

Ishidzu no sabía quién conducía el coche, pero intentó convencerse a sí mismo de que su obligación era proteger a Harumi.

La joven cenó con Asakura en un restaurante ubicado en una zona residencial de lujo.

—¿Te ha gustado la cena? —le preguntó Asakura mientras tomaban café.

—Sí, mucho.

—Me alegro —le dijo con una sonrisa—. ¿Cuál es tu comida favorita, detective?

—¿Lo sabías? —le preguntó Harumi, con los ojos muy abiertos.

—Como te he dicho antes, tengo buena memoria cuando se trata de mujeres guapas.

—Lo siento. No era mi intención mentir.

—No pasa nada —dijo el director, negando con la cabeza—. No estoy enfadado. Ese es el privilegio de las chicas guapas.

—Muchas gracias.

—¿Y quieres algo de mí? ¿O solo viniste a disfrutar del concierto?

¿Le pregunto directamente por la partitura? Aunque lo pille desprevenido, sé que no se pondrá nervioso. Seguramente contestará: «Ah, eso...», y ya está. Creo que lo mejor será abordarlo con discreción.

—Es que...

La interrumpió la voz del metre.

Por favor, espere un momento.

Harumi levantó la mirada y vio a la mujer que acababa de entrar en el restaurante.

Tenía unos cuarenta y cinco años y se notaba a primera vista que tenía mucho carácter. Examinó el restaurante con ojos furiosos y, cuando vio a Asakura, se acercó y le preguntó:

—Asakura, ¿qué haces aquí?

—Buenas noches, Tsuji —dijo el director tranquilamente—. ¡Qué casualidad que nos encontremos aquí!

—No es casualidad. Estaba buscándote.

—¿Sí? ¿Quieres algo?

—Ya lo sabes. Han pasado tres días. Debes cumplir tu promesa.

¿Tres días?, pensó Harumi. Le sonaba aquel nombre; ¿no se apellidaba Tsuji uno de los finalistas? Además, habían pasado tres días desde el inicio de la convivencia entre los aspirantes.

—Mira, Tsuji, creo que se trata de un malentendido. No sé a qué te refieres.

—¿Cómo puedes decir eso? —La mujer palideció—. Me lo prometiste. De lo contrario yo no habría...

—Ya basta —la interrumpió Asakura con dureza. La mujer guardó silencio—. Ambos somos adultos. Pasara lo que pasara entre nosotros, no tenemos una relación sentimental. No te debo nada.

El tema sobre el que trataban parecía delicado. Harumi pensó en abandonar la mesa, pero decidió quedarse para no perderse nada.

—Asakura, ella lo es todo para mí. Por favor, necesito tu ayuda...

—Tranquilízate, te lo ruego. —El director se levantó y la agarró de la mano—. No quiero molestar al resto de clientes del restaurante. Harumi, ahora vengo.

Salió con la mujer. Harumi quería seguirlos, pero no podía.

Asakura regresó un cuarto de hora después.

—Lo siento.

—No te preocupes. ¿Era tu exnovia? —le preguntó con una sonrisa en tono de broma.

—Muchas terminan creyéndolo —contestó Asakura, sonriendo—. ¿Nos vamos?

—Sí, tengo que irme ya.

—Pediré que te lleven a tu casa.

—No te preocupes.

Harumi estaba decepcionada. Esperaba que Asakura la invitara a su casa.

—No es molestia.

—¿No volvemos en su coche, maestro?

—No, he bebido demasiado vino. He pedido un coche para que te lleve a casa. Yo me quedaré un poco más, hasta que me baje un poco el alcohol.

—De acuerdo.

Harumi pensó que tal vez había quedado con esa mujer.

—¿Te apetece volver a quedar? Mañana estaré en casa. ¿Por qué no vienes a verme?

—¿Estás seguro?

—Sí, claro —le dijo Asakura. Sacó una tarjeta de visita y se la entregó—. Esta es la dirección.

—Vale.

—Estoy reformando la casa, pero encontraré algún sitio donde puedas estar cómoda.

—Estupendo. Nos vemos mañana.

—Te esperaré.

Asakura se despidió con una sonrisa.

Harumi salió del restaurante para esperar el coche. De repente, alguien le tocó el hombro.

—¡Ay! —exclamó la joven, sobresaltada. Era Ishidzu—. ¡Qué susto! ¿Qué haces aquí?

—Os he seguido —le confesó, rascándose la cabeza.

Como no importaba que fuera una persona más en el coche, Harumi regresó a casa con él.

—Siento haberte preocupado.

Pensé que ibais a ir a un hotel o...

—¡¿Qué dices?! Confía en mí —dijo Harumi, riéndose.

—Ese tipo es un mujeriego.

—Eso parece.

—¿Has visto a esa mujer que ha entrado tan cabreada?

—¿Tú la viste?

—El director salió con ella. La mujer había aparcado su coche al otro lado de la calle.

—¿Y qué pasó?

—Antes de que la mujer subiera a su coche, le dio un beso de tomillo —dijo. «Beso de tomillo» sonaba muy antiguo, pero continuó—: Estaba preocupado.

—Bueno, ha sido un trabajo duro.

Entonces, ¿Asakura irá ahora a verla? Es la madre de una de los finalistas, pero parece tener una relación íntima con el director. Qué sospechoso, pensó Harumi.

Aunque todavía no había pasado nada grave, con la excepción del asalto a Mitsuko Sakurai, Harumi presentía que iba a ocurrir algo.

—Oye, Harumi...

—¿Qué pasa?

—Tengo mucha hambre. Dile al chófer que pare cerca de un bar —le dijo Ishidzu con seriedad.

4

La biblioteca se había convertido en un lugar de sosiego para Katayama.

Aquí puedo estar tranquilo, lejos de discusiones y criminales.

Para ser detective, le faltaba vocación.

En aquellos tres días no habían sufrido complicaciones. Noriko y Furuta estaban enemistados y no se hablaban. Cuando ambos estaban en el salón, se sentaban lejos. Ninguno había intentado asesinar al otro.

Lo cierto era que nadie se preocupaba por nadie.

Salvo las horas de comidas y los descansos de sobremesa, los finalistas se pasaban el día encerrados en sus dormitorios. Nadie sabía qué hacían allí, aunque le resultaba difícil imaginárselos leyendo cómics y suponía que estaban practicando.

Los dormitorios estaban insonorizados y habían cambiado las puertas originales por unas más gruesas y pesadas, como las de los cines y auditorios. No se oía nada de lo que ocurría en el interior.

Katayama, que no sabía nada de música, no entendía por qué eran tan exagerados. Creía que debían disfrutar de la música, relajarse y tomarse el concurso con calma. Sin embargo, reconocía que la suya era la opinión de alguien ajeno a aquel mundillo. Para ellos, que habían practicado horas y horas desde muy pequeños, el concurso era un asunto de vital importancia.

Bueno... Llevo tres días aquí. Espero que no suceda nada en toda la semana, pensó.

Era la hora del descanso, después de la cena. Estaba tan relajado, con el estómago lleno, que le entró sueño.

De repente se abrió la puerta.

—Hola, detective —dijo Kazumi con una sonrisa—. ¿Molesto?

—No, y esto no es mío —contestó él con tranquilidad. Ella no lo ponía nervioso porque no tenía la sensación de estar en presencia femenina: seguía teniendo cara de niña buena—. ¿Y los demás?

—Están tocando el piano y bromeando en el salón.

—¿Por qué no estás con ellos?

—Prefiero estar sola.

—Ah...

Katayama no sabía si la muchacha prefería quedarse a solas en la biblioteca. Las mujeres no solían hablar claro y debido a eso siempre andaba metiendo la pata.

Mientras pensaba en cuánta culpa tenían las mujeres de sus males, algo suave le rozó la mano. Creyó que era una de las patas de *Holmes*, suave y caliente.

¿Cuándo has entrado? Al menos podrías maullar a modo de saludo, pensó.

Levantó la mirada y se encontró con la cara de Kazumi a apenas tres centímetros de la suya. Bizqueó un poco.

Kazumi lo abrazó de repente. Katayama entendió por fin qué estaba pasando y se alejó de la joven rápidamente.

—¡Pa... Para! ¿Qué haces?

Retrocedió hasta que el culo se le salió del sofá y se cayó al suelo.

—Detective...

Kazumi se subió a horcajadas sobre él. Pesaba. Aunque no era alta, estaba rellenita. Katayama se atragantó.

—Detente, por favor. Esto no está bien —susurró. No quería que los demás se enteraran.

—Por favor, déjame llamar por teléfono.

—¿Qué?

—Por favor, déjame la llave de tu cuarto. Solo una hora.

—El te... te... te... —No se refería al té. Al final consiguió decir—: ¿El teléfono? No. Está prohibido usar el teléfono.

—Ya lo sé, por eso te lo estoy pidiendo. Estoy volviéndome loca. Por favor, déjame llamar.

Katayama creía que ya estaba loca.

—Mira, si me dejas llamar por teléfono, iré a tu dormitorio una noche.

—¿Qué dices?

Al escuchar decir esas cosas con una cara tan inocente, Katayama se quedó paralizado.

—¡Por favor! —exclamó la joven, agarrándolo del cuello.

—Ya basta...

—Por favor. No quiero hacerte daño, pero tengo mucha fuerza en los dedos.

Katayama lo sabía. Aunque eran regordetes, las articulaciones se marcaban en sus dedos. Todos tenían unas manos parecidas: nudosas manos de violinista.

—¡Déjame!

—¿Qué prefieres: morir o dejarme usar el teléfono?

En principio, estaba claro. Hasta Graham Bell habría considerado que el teléfono era menos importante que una vida.

—Crees que no sería capaz —dijo Kazumi, que seguía sentada encima de Katayama—. Diré que intentaste violarme, que me defendí y que te maté durante el forcejeo. Todos me creerán.

Dicho esto, apretó los dedos. Katayama intentó sujetarla, pero sus manos no se movieron ni un milímetro.

¡Holmes, granuja! ¿Dónde diablos te metes?

No es que fuera el Llanero Solitario acompañado por la obertura de *Guillermo Tell*, pero se abrió la puerta y una voz anunció:

—Lo siento. No quería molestar.

Era Noriko.

Kazumi soltó a Katayama de inmediato y se levantó. El detective se quedó tan estupefacto como un escalador perdido en una montaña nevada que de repente ha aparecido en una avenida de Shinjuku atestada de gente.

—Qué maleducada eres. ¿Cómo abres la puerta sin llamar? —le preguntó Kazumi.

—Sabes que este es un espacio público. Si os apetece hacer esas cosas, ¿por qué no os vais a vuestro dormitorio?

—Solo estábamos charlando —contestó Kazumi, dándole una patada a Katayama.

—Es una postura curiosa para charlar.

—¿Y a ti qué te importa?

Cruzaron sus miradas y saltaron chispas.

—¡Qué falsa eres! —exclamó Noriko.

—También me han llegado muchos rumores sobre ti y los hombres.

—Ya, pero yo no finjo ser una señorita.

La discusión posterior superó las expectativas de Katayama. Las voces subieron de volumen cada vez más y llegaron a oírse en el salón. Empezó a llegar más gente.

—Tranquila, Kazumi —intentó calmarla Mari—. Vámonos, ¿vale?

—¡Déjame!

Intentando apaciguarla, estaban consiguiendo el efecto contrario. Kazumi se zafó de la mano de Mari y se abalanzó sobre Noriko.

Cayeron al suelo juntas.

—¡Ayuda! —gritó Mari.

Katayama ya se había recuperado de su intento de estrangulamiento, pero no quería meterse en aquella pelea.

¿Qué pasa, por qué no me ayuda nadie a separarlas? Cualquiera diría que están disfrutando del espectáculo, pensó Mari. En ese momento, se dio cuenta de que faltaba Machiko.

—¡Estás loca!

—¡Te voy a matar!

Las dos muchachas seguían peleándose. Mari corrió hacia Katayama y lo agarró del brazo.

—¡Párelas, por favor! Si le hace daño en la mano...

Estas palabras hicieron que se decidiera. Kazumi estaba a punto de morderle la mano a Noriko.

—¡Ah, era eso!

El detective lo entendió por fin. La reacción de Kazumi le había parecido demasiado exagerada, pero seguramente había intentado provocarla para morderle la mano durante la pelea.

Aunque no le gustaba reconocerlo, él era un profesional responsable. Estaba allí para proteger a los jóvenes. Tenía una obligación.

—¡Parad! —gritó. Agarró a Noriko del hombro, que estaba encima de Kazumi. En ese momento, su blusa se rasgó, mostrando su piel, y el detective palideció.

—¿Qué haces?

Noriko movió los brazos con fuerza. Le golpeó la barbilla con el puño y Katayama voló hacia atrás.

Se dio con la cabeza en la esquina de la estantería y sus ojos se llenaron de fuegos artificiales. Unas luces brillaban dentro de la oscuridad.

—¿Estás bien? —Abrió los ojos y vio a *Holmes*—. ¡Menos mal! Has despertado. Katayama se preguntó desde cuándo *Holmes* era capaz de hablar. De repente, Mari Sakurai apareció ante sus ojos.

—Vaya... No era *Holmes*.

—¿Qué?

—Nada, nada.

El detective se incorporó y gruñó por el dolor de cabeza.

—Descansa un poco más.

—No pasa nada... ¿Dónde estoy?

Se encontraba en la biblioteca. Todavía no se había ido al cielo.

Junto a él estaban Mari Sakurai y *Holmes*.

—Los demás se han marchado a sus habitaciones —le dijo Mari.

—¿Se acabó la pelea?

—Sí. Gracias a ti.

Katayama se quedó pensando.

—Me he quedado inconsciente, difícilmente podría haberla detenido yo.

Mari se rio.

—No, no es eso. Noriko se asustó al verte inconsciente y dejó de pelear. Creyó que habías muerto.

—Al menos, el golpe en la cabeza ha servido de algo —dijo el detective con una sonrisa forzada.

—No entiendo por qué se estaban peleando así —dijo Mari.

—Es que Kazumi había intentado estrangularme.

Mari se quedó sin palabras. Katayama le explicó lo que había pasado.

—Ya imaginaba que no era tan inocente como parecía. Para llegar hasta aquí hay que tener muchísimo carácter.

—¿Tanto como para estrangular a una persona?

—¿Vas a arrestarla?

—No. Podría terminar detenido yo por violencia de género.

—Está nerviosa. Para una chica joven es muy duro estar incomunicada.

¿Tanto?, pensó Katayama. ¿No será que finge que es duro? Si le hubiera mordido la mano a Noriko, esta no habría podido participar en la final.

—Oye, *Holmes*, ¿tú no me dices nada? —se quejó.

—¡Qué gracioso! —exclamó Mari con una sonrisa—. ¿Le hablas a la gata como si fuera una persona?

—Es más arrogante que si fuera una persona.

Katayama se levantó y, cuando iba a echar a andar, perdió el equilibrio y se agarró a la estantería.

—Cuidado —dijo Mari, levantándose. *Holmes* se erizó y maulló.

—¿Qué te pasa?

La gata estaba rara. El suelo se movió de repente.

—¡Un terremoto!

—¡Métete debajo de la mesa!

Justo cuando lo dijo, Katayama se dio cuenta de que no había ninguna mesa en la biblioteca. El temblor era cada vez más fuerte. Además, se encontraba en muy mal lugar, agarrado a una estantería desde la que caían libros que le golpeaban la cabeza.

—¡Ay!

Una enciclopedia lo golpeó y se desplomó.

Si se me cae encima la estantería, mi vida habrá acabado, pensó. Cerró los ojos.

Pero el terremoto remitió poco a poco.

—Jopé, creí que íbamos a morir.

Mari, que se había tumbado en el suelo, se levantó.

—Parece que ya ha pasado. ¡Qué fuerte ha sido!

El detective recogió los libros del suelo mientras se tocaba la cabeza con la otra mano. En ese momento, una última vibración provocó que un último libro le golpeara la cabeza.

—¡Ay! —gritó. Mari se echó a reír—. No te rías —se quejó, levantándose con las manos en la cabeza.

—Lo siento, pero me ha hecho mucha gracia —dijo Mari, riéndose. Enseguida le contagió la risa a Katayama.

—Menos mal que estamos bien. Ha debido ser de cuatro o cinco grados.

—Los demás deben haberse asustado.

—Sí. Tengo que asegurarme de que todos están bien.

Katayama se dirigió a la puerta. *Holmes* saltó ante él como si no quisiera que continuara y maulló.

—¿Qué? Apártate. Oye, ¿qué te pasa?

Holmes se acercó a la estantería. Levantó la cabeza y volvió a maullar.

—Sí, esa estantería es una porquería —dijo Katayama, mirando los estantes casi vacíos—. Qué raro...

—¿Qué pasa? —le preguntó Mari.

—Mira la balda superior.

—¿La de arriba?

—¿Ves esos cinco libros que no se han caído?

—Sí. Serán muy pesados.

—¿Tú crees? Ni siquiera se han volcado. Es como si estuvieran pegados.

El detective acercó la butaca a la estantería y se subió encima. Como se le hundían los pies, apoyó uno sobre una balda y se estiró para tocar los lomos de los libros.

—¿Qué es esto?

Los lomos de los cinco libros desaparecieron de golpe.

—Son falsos. ¡No son libros!

—Pero ¿qué...?

Katayama quitó la cubierta que simulaba ser los libros y bajó de la estantería con un reproductor de casetes que dejó sobre la butaca.

—Es un reproductor. Pero...

—No creo que sea un simple reproductor. Mira, tiene FM.

—Pero ¿qué hacía ahí?

Katayama se quedó pensativo.

—¿Habrás grabado algo? Escuchémoslo.

Rebobinó la cinta y presionó el botón. Era el sonido de un violín.

—¿Qué es?

—Esto es... —empezó Mari, sorprendida—. Es justo la obra que estamos practicando. Creo que es...

La música se detuvo y se oyó una voz: «Aquí, *in tempo*».

—Es la voz de Ōkubo. Me había parecido su estilo —dijo Mari.

—Deben haber puesto un micrófono en su habitación. Y alguien ha estado oyéndolo desde aquí.

—¡Dios mío! Pero ¿quién haría algo así? —dijo Mari, sorprendida.

—Me extrañaría que fuera uno de los finalistas, ya que ninguno ha tenido tiempo para hacerlo. No es fácil instalar un micrófono. Supongo que lo colocaron antes de nuestra llegada.

Mari se sentó en el sofá.

—¡No me lo puedo creer! Estamos practicando muchísimo.

—Bueno, de momento lo dejaremos donde estaba —dijo Katayama—. Alguien vendrá a por la cinta, y entonces descubriremos de quién se trata.

El detective se subió de nuevo a la estantería, dejó el reproductor en su lugar y colocó la cubierta falsa.

—Quedará raro si no colocamos el resto de libros. ¿Me ayudas?

—De acuerdo. ¿En qué orden?

—No creo que eso importe, bastará con que los coloquemos. *Holmes*, ayúdanos tú también.

Holmes se dio media vuelta con cara de desinterés.

—¿Estás bien?

—Sí, pero me asusté un montón.

Se dirigieron al salón y allí encontraron a todos los demás, que se habían asustado por el terremoto y habían dejado de practicar.

—¿Algún herido? —preguntó Katayama.

—En principio no —contestó Furuta, mirando a su alrededor.

—Machiko no está —dijo Mari.

—Es verdad. Es la única que no ha salido de su habitación —dijo Furuta—. ¿Estará en la cocina?

—¿Para qué habría ido allí? —preguntó Noriko en tono de broma—. No debe ser agradable que te caiga encima una lluvia de cuchillos.

—Me alegro de que estéis todos bien —dijo Tomoko Ichimura, entrando en el salón.

—¿Está todo bien en la cocina? —le preguntó Katayama.

—Sí. Me asusté porque las ollas y esas cosas se cayeron, pero ya está todo recogido. —Miró la mesa del salón y preguntó con expresión preocupada—: ¿Alguien se ha llevado un cuchillo?

—¿Te falta alguno? —le preguntó Katayama.

—Bueno, un cuchillo para cortar fruta... No lo encuentro por ningún lado. Pensé que alguien lo habría utilizado para pelar una pera o una manzana.

—Pero ¿estaba antes del terremoto?

—Sí, volví a mi dormitorio después de revisar todo el menaje.

—¿Y estabas allí durante el terremoto?

—Sí. Bueno, no, es que... —dijo, ruborizándose—. Estaba dándome un baño. No sabía qué hacer.

—Mejor que a mí, que me ha pillado en el servicio... —la interrumpió Noriko—. No se me ocurre un momento peor.

Todos se rieron, excepto Katayama.

—Iré a la habitación de la señorita Ueda. *Holmes*, ven conmigo.

Salieron del salón.

—No puede haberle pasado nada... —dijo Mari, siguiéndolos.

—Espero que no.

Katayama subió las escaleras corriendo y se detuvo delante de la habitación de Machiko.

—¡Señorita Ueda!

—¡Machiko!

Katayama golpeó la puerta. Mari la miraba fijamente.

La puerta se abrió y apareció Machiko.

—¿Qué pasa?

—¡Machiko! —exclamó Mari—. ¿Estás bien?

—¿No me ves? ¿Ha pasado algo?

—Nada especial —dijo Katayama con una sonrisa, más tranquilo—. Temíamos que hubieras resultado herida en el terremoto.

—¿El terremoto? —Machiko los miró con extrañeza—. ¿Cuándo ha sido?

—¿No lo has notado? —le preguntó Mari—. ¿Qué estabas haciendo?

—Practicando. Bueno, he notado un pequeño vaivén, pero como me muevo mucho al tocar...

Sin embargo, Katayama no podía dejar de pensar.

¿Dónde está el cuchillo? ¿Quién preparó la cinta de radiocasete?

5

Una llamada despertó a Harumi.

Miró el reloj. Eran las ocho de la mañana.

¡Ah, sí! Anoche hubo un terremoto... Tengo que descolgar el teléfono.

Pero antes de que se levantase, alguien descolgó el teléfono.

—¿Diga? —oyó.

Anda, es verdad, Ishidzu durmió aquí anoche. ¿Cómo se le ocurre contestar al teléfono? Si es mi hermano, se la va a cargar, pensó Harumi.

—Ho... Hola. ¡Buenos días! —exclamó Ishidzu.

—He acertado —se dijo Harumi, y se levantó rápidamente—. Dame el teléfono.

—He respondido sin pensar.

—Ya, no te preocupes.

Katayama estaba gritando. No entendía lo que decía, solo cosas sueltas como «Eres un cabrón» o «Te voy a matar». Harumi esperó con el teléfono en la mano hasta que su hermano se tranquilizó.

—Buenos días, hermano.

—¿Harumi? Oye, ¿qué...?

—Espera un momento. ¿Notaste el terremoto de anoche?

—Claro, ¿cómo no iba a notarlo?

—Yo qué sé.

—No me vaciles.

—Llegué a casa y lo encontré todo hecho un desastre. Pedí a Ishidzu que me ayudara a recoger, pero terminamos de madrugada y le dije que se quedara a dormir.

—Ya. ¿Ha pasado algo entre vosotros?

—¿Quieres un justificante médico?

—Aquí hubo follón.

—¿Qué pasó? ¿Han matado a alguien?

—¿Y te alegrarías? No, nada de eso, pero necesito que compruebes una cosa. ¿Puedes llamar a mi jefe?

—¿Por qué no lo haces tú?

—Tengo que vigilar a los chicos.

—Bueno, parece interesante. ¿Qué quieres que busque?

—Quiero información sobre la empresa de construcción que hizo la reforma de este edificio. He encontrado un micrófono escondido. Debieron colocarlo durante la reforma, un obrero o alguien que vino de visita.

—De acuerdo —dijo Harumi. Se había despejado y estaba tomando notas—. ¿Hay micrófonos en todas las habitaciones?

—Todavía no lo sé, y antes de dar la voz de alarma me gustaría atrapar al responsable. Además, ha desaparecido un cuchillo.

—¿Un cuchillo?

—Sí, pero de momento no ha pasado nada. Puede que simplemente se haya perdido. Por ahora no puedo registrar el edificio.

—Ya. ¿Están todos bien?

—Sí, todos menos yo.

—¿Te ha pasado algo?

—Intentaron estrangularme, me golpearon la cabeza y me quedé inconsciente. Solo eso.

—¡Ah, vale! —contestó Harumi como si nada—. Estás vivo, así que no puede haber sido muy grave. Por cierto, ¿hay ahí una tal Tsuji?

—Sí, Noriko Tsuji. ¿Qué pasa con ella?

—Pues ayer...

Harumi le contó lo de Asakura y la supuesta madre de Noriko Tsuji.

—Los padres de los finalistas son capaces de eso y de mucho más —dijo Katayama—. ¿Irás hoy a casa de Asakura?

—Sí. El terremoto no fue tan fuerte, no creo que haya peligro.

—Ten cuidado.

—No te preocupes. Tampoco es que vaya a ir a la casa de un mafioso —contestó la joven con calma.

—¡Bienvenida!

Asakura recibió a Harumi con una sonrisa.

—Gracias por invitarme.

—Ah, gracias a ti por venir. Después del terremoto de ayer, temí que hubieras cambiado de opinión.

Asakura estaba regio incluso con un jersey, tan atractivo como cuando subía a un escenario.

—Por favor, entra.

—Muchas gracias.

Su mansión blanca era de estilo europeo y a Harumi le extrañó que necesitara una reforma. Entraron en un espacioso salón. Al otro lado de la puerta acristalada se veían un porche y el jardín.

—¿Qué quieres tomar? ¿Algún licor?

—Té con un poco de *whisky*, por favor.

—Muy bien.

Asakura llamó a la asistenta y le pidió que preparara té. Después, se sentó en el sofá.

—Siento lo de anoche.

—No te preocupes. ¿Era la madre de Noriko Tsuji, la finalista?

—Sí, es su madre. Supongo que te resulta inusual, pero es algo que suele ocurrir. Y yo no rechazo a ninguna mujer que quiera venir conmigo.

Como había sido tan sincero, Harumi no quiso ofenderlo con su opinión.

Él era un artista y tampoco es que tuviera aventuras con crías de veinte años: eran adultas que ya sabían de qué iba la vida. Asakura era un hombre atractivo y los rumores sobre su vida amorosa no hacían más que incrementar su encanto.

—Estos días son muy duros para los concursantes —dijo Harumi.

—Ya. Es el peor momento para ellos, pero los ayudará a estar tranquilos, a ganar confianza en sí mismos y a no preocuparse por los demás —afirmó Asakura. Harumi asintió—. El día de la final, todos habrán tenido la oportunidad de tocar ante un público. Además, la práctica les hará ganar confianza en su técnica. Las peores batallas las lucharán entre ellos. Tienen que trabajar en la interpretación de la nueva pieza. Algunos ya deben saber cómo tocarla, pero me temo que más de la mitad todavía no lo habrán conseguido. Se agobiarán al ver la seguridad de los demás. Será muy duro...

Les llevaron el té.

—¿Has hablado con tu hermano?

—Me ha llamado hoy. De momento, parece que todo va bien.

—Estupendo. Espero que siga así toda la semana.

El director parecía decirlo de corazón.

—Por cierto, ¿qué parte de la casa estás reformando? —le preguntó Harumi.

—Una habitación de la planta de arriba. —Asakura señaló hacia arriba con el dedo índice—. Es una sala de música donde tengo un piano y algunos aparatos de audio, aunque ahora todo eso está en otro sitio.

—¿Vas a ampliarla?

—No, al contrario. Es decir, voy a insonorizarla.

—Entiendo.

—Aunque ya había engrosado el suelo, las ventanas no estaban insonorizadas y los vecinos se quejaban del sonido del piano.

—Ya imagino.

—Es increíble que haya gente que considere que Beethoven es ruido —dijo, negando con la cabeza.

—¿Y ya ha terminado la obra?

—No, todavía están en ello. ¿Quieres verlo?

—Sí, me gustaría. Nunca he visto nada parecido.

—Quedará muy bien cuando terminen.

Harumi siguió a Asakura por las escaleras. La sala de música no le interesaba, pero tenía la pequeña esperanza de encontrar la última partitura.

Una partitura tan importante estaría guardada, pero Asakura quizá había pensado que llamaría menos la atención junto a otras partituras. A fin de cuentas, nadie sabía nada sobre ella.

Si la guardara como si fuera un tesoro, resultaría extraño y llamaría la atención.

—Es aquí. Espera un momento, voy a recoger un poco.

Asakura abrió la pesada puerta y entró.

Harumi miró las fotografías que había colgadas en la pared.

En una de ellas, Asakura rodeaba los hombros de Bernstein, el director americano, y Stern, el violinista. Parecía haber sido tomada en un recital. Tenía una leyenda en inglés.

Mientras la leía, oyó cerrarse algo.

¿Será la partitura? ¿La habrá guardado en algún sitio?, pensó.

Asakura abrió la puerta.

—Te he hecho esperar. Entra.

La habitación era más grande que el salón. Al entrar, Harumi notó un fuerte olor a disolvente y frunció el ceño.

—¿Te molesta el olor? —le preguntó con una sonrisa—. Es del adhesivo. Hoy en día, para insonorizar un espacio basta con pegar un material aislante a las paredes.

La placa ondulada de la pared parecía resistente. En el techo había unas vigas irregulares.

—Las vigas deben ser irregulares para que el sonido rebote.

En la habitación no había un solo estante. *¿Qué ha hecho el ruido de antes?*, pensó Harumi.

En el espacio que debía ocupar la pared exterior había un andamio de dos metros. Desde allí se veía el jardín.

—Estoy pensando en no poner ventana en ese lado, por eso hemos quitado la pared entera —dijo Asakura—. Así será más fácil insonorizarla.

—Hay buenas vistas.

—Sí, muy buenas.

La valla del jardín llegaba más o menos a la altura del suelo de la segunda planta.

—¿Vas a quitar la ventana a pesar de estas vistas tan bonitas al jardín? —le preguntó Harumi.

—¿Ves aquella casa?

—Sí.

—Su propietario odia la música clásica.

—¿De verdad?

—Sí. Siempre que escucho a Mozart viene a quejarse del ruido. ¡Que es Mozart, no Berlioz! Estoy seguro de que ese hombre no tiene sensibilidad alguna.

—¿Por eso quieres quitar la ventana?

—Sí, claro. Así no tendré que volver a verlo —dijo el director con una sonrisa—. Bueno, ¿bajamos? Cuando paso mucho tiempo aquí, me duele la cabeza.

—De acuerdo.

Harumi salió de la habitación con él.

En el salón, Asakura le habló de directores famosos, le contó los trucos para dirigir una orquesta, detalles sobre la batuta...

Harumi no sabía demasiado de música clásica, pero Asakura se explicaba tan bien que disfrutó de la conversación.

En cierto momento, dejó de hablar y sonó el teléfono.

—Disculpa —le dijo, levantándose—. ¿Diga? Sí, soy Asakura. Ah, señor Kurihara.

Harumi supuso que Kurihara había llamado para contarle lo del micrófono.

—¿Qué dice? ¿Un micrófono? —exclamó Asakura, ruborizándose.

—De acuerdo. Qué sinvergüenzas. Le daré los detalles sobre la constructora desde la oficina. Descubriré quién ha sido. Sí, claro... En cuanto lo sepa, lo denunciaré.

Al ver su reacción, Harumi se tranquilizó: fue muy natural. Se levantó y miró el jardín. Y entonces se quedó paralizada.

—Sí, muchas gracias. Hablaremos entonces. —Asakura colgó el teléfono y dijo, con la voz temblorosa por el enfado—: ¿Cómo es posible? Esto es imperdonable.

Esos chicos han llegado hasta aquí realizando un gran esfuerzo y ahora, por culpa de una persona...

—Maestro...

—Ah, perdóname. Es que estoy muy indignado. Ha...

—Hay una persona allí tirada.

—Una persona... ¿Cómo?

—Sí, hay alguien allí —dijo Harumi, señalando el jardín. Había un hombre tumbado en el césped. Llevaba camisa y corbata, zapatos y pantalones. Solo le faltaba la chaqueta.

—¡Pero si es Suda...! —exclamó Asakura, sorprendido—. Es mi administrador. Pero ¿por qué...?

Asakura abrió la puerta francesa y salió al jardín. Harumi lo siguió.

El director se agachó junto al hombre. Levantó la mirada.

—Está muerto —dijo con voz átona, a pesar de ser músico.

—Bueno, hay que llamar a la policía. Al no —dijo Harumi tranquilamente, como era natural ya que era hermana de un policía. En cambio, Asakura estaba completamente petrificado.

Harumi tenía experiencia con cadáveres, pero Asakura no. Su reacción era lógica.

—Maestro...

La segunda vez que Harumi lo llamó, Asakura volvió en sí mismo.

—Ah, lo siento. Esto es horrible... Por favor, ¿podrías llamar tú?

—De acuerdo.

La muchacha levantó el teléfono del salón.

—Se llama Kurihara, ¿verdad? El jefe... —dijo Asakura, como si acabara de ocurrírsele.

—Sí.

—Quiero que lo llames a él. Bueno, lo llamaré yo.

—¿Quieres llamar tú?

Asakura agarró el teléfono. Harumi desvió la mirada hacia el hombre muerto.

Estoy segura de que antes no estaba ahí. Pero ¿cómo ha llegado hasta ese lugar?, pensó. Es imposible que lo hayan trasladado por encima de la valla. ¿Habrá algún punto por donde se pueda pasar? Bueno, la policía lo comprobará...

—Muchas gracias. Esperaré aquí —dijo Asakura antes de colgar—. Siento que te veas involucrada en algo tan horrible.

—No te preocupes. Estoy acostumbrada —le dijo. Notó la mirada de extrañeza de Asakura y añadió—: Bueno, es que mi hermano suele hablarme de su trabajo, así que...

—Comprendo —dijo el director, asintiendo con la cabeza.

—Ese señor... ¿Se llama Suda?

—Sí. Es el administrador de la orquesta y estaba organizando el concurso.

—¿Y por qué está aquí?

—No lo sé. Estoy muy sorprendido.

—¿Cómo se accede al jardín?

—Solo a través de esta puerta —dijo, negando con la cabeza.

—Pero quizá pudo entrar por el lateral de la casa o...

—No. Para salir al jardín hay que atravesar esta puerta.

—Pero no me cuadra. Si hubiera estado ahí antes, nos habríamos dado cuenta.

—Ya. Es rarísimo. Como si hubiera caído del cielo.

—Sí...

Harumi pensó: *¿Habrá caído desde la planta de arriba? La sala de música no tiene pared. Pero sería extrañísimo que el tal Suda hubiera estado escondido en una sala vacía.*

Además, si se hubiera caído desde el andamio habría aterrizado más allá. El cadáver estaba junto a la puerta, muy cerca de la terraza.

La valla era muy alta, por lo que habría sido difícil tirarlo desde el otro lado. Además, era mediodía y alguien lo habría visto.

—¡Ah, sí! —exclamó Harumi. Se le había ocurrido una idea—. Necesito a *Holmes*. ¿Puedo usar el teléfono?

—Claro. Yo iré a contárselo a la asistenta; si lo descubriera sin preaviso, podría desmayarse.

Asakura ya se había recuperado lo suficiente para bromear.

El director salió del salón y Harumi marcó rápidamente el número de teléfono.

En ese momento, la aguja del reloj dio marcha atrás y volvieron a ser las siete de la mañana.

En la mesa del desayuno, Katayama no paraba de bostezar.

—Detective, ¿tienes sueño? —le preguntó Machiko con una sonrisa burlona.

—Será que se ha pasado toda la noche charlando con alguien...

—¿A quién te refieres? ¿A Kazumi? —le preguntó Noriko con ironía mientras comía un trozo de pan.

—¿A ti quién te ha dado vela en este entierro? —replicó Kazumi de mal humor.

—¡Oye!

—¡Parad! —gritó Katayama—. Por favor, no me apetece que volváis a dejarme inconsciente.

Noriko cerró la boca. Parecía incómoda.

Katayama se había pasado toda la noche vigilando el despacho por si alguien aparecía para recuperar la cinta. Al final, no había servido para nada.

Como en la biblioteca no había ningún sitio donde esconderse, había estado agachado detrás de un sofá. Le dolía la cadera y se le habían dormido los brazos.

El comedor estaba en silencio. Los jóvenes habían charlado y bromeado entre ellos los tres primeros días, pero aquel cuarto día el ambiente estaba más tenso.

Yasuto Ōkubo, que siempre estaba nervioso, parecía no haber dormido esa noche. Estaba pálido y apenas comía.

—Ōkubo, ¿no tienes hambre? —le preguntó Mari. Furuta, Maruyama y ella eran los únicos que estaban como siempre.

—No tengo apetito —le contestó Ōkubo con una sonrisa triste.

—No puede ser. Todavía quedan tres días. Si no comes, no llegarás a la final.

—Eso es —dijo Maruyama metiéndose en la boca una loncha de jamón—. «Un ejército marcha sobre su estómago», ¿verdad?

—Ya que tenemos que estar aquí, ¿qué os parece si preparamos un recital para esta noche? —propuso Mari—. Creo que deberíamos relajarnos un poco si no queremos acabar con una úlcera de estómago.

—*Miau* —se oyó. *Holmes* había terminado de desayunar y se estaba lamiendo las patas delanteras. Su maullido provocó la risa de todos. Hasta Ōkubo sonrió.

—¿Lo veis? *Holmes* está de acuerdo conmigo.

—¡Qué gatita tan lista! —exclamó Machiko, aunque en realidad no la conocía y no podía imaginar lo especial que era aquella gata.

De este modo, gracias a *Holmes*, la propuesta de Mari fue aceptada.

—¿Qué vamos a hacer? Si solo tocamos el violín, quedará muy soso.

—Yo tocaré el piano —dijo Kazumi.

—¿Hay algún instrumento más en la residencia? —preguntó Mari.

—Si le pisamos la cola a la gata, tendremos otro sonido —contestó Noriko.

Holmes le enseñó los dientes en un bufido.

—No te enfades, ha sido una broma —dijo Noriko—. ¡Qué guay que la gata entienda lo que decimos!

—Veamos —continuó Mari—. Si tocamos todos, no tendremos público, así que haremos parejas.

—¿Quién con quién? —preguntó Machiko.

—Lo decidimos por sorteo. Así no habrá quejas por el resultado.

—Pero somos siete, alguien se quedará sin pareja.

—¿Qué? Somos ocho —dijo Noriko, mirando a Katayama.

—¿Yo? No, no... —dijo el policía, negando con la cabeza—. Yo no sé tocar ni la armónica.

—Algo habrá que puedas hacer. ¿No sabes silbar?

—No.

—O cantar.

—Puf, canto fatal.

—No te deprimas, en el mundo hay mucha gente sin talento —dijo Machiko con seriedad.

—Da igual. Hagamos el sorteo —dijo Mari con entusiasmo.

—Las parejas deberían ser mixtas —apuntó Machiko—. Así será más divertido.

Mari rompió una servilleta de papel en ocho partes y dibujó una figura musical en cada dos de ellas.

—Por favor, tomad uno. Katayama, tú también.

Como no quería estropear el buen ambiente que por fin se había creado, el detective sacó uno.

—Me ha salido esto —dijo, mostrando una blanca—. Está hueca por dentro, como mi cartera.

A continuación, los demás pescaron su papelito.

—¿A quién le ha salido la negra? —preguntó Mari.

—A mí —contestó Machiko.

—Anda, ¡qué bien! A mí también —dijo Maruyama.

—¿En serio? Me vas a eclipsar.

—Descuida. Físicamente soy grande, pero delicado —dijo Maruyama.

—A mí me ha tocado una corchea —dijo Kazumi. Al escucharla, Katayama se quedó tranquilo. *Si metiera la pata, me estrangularía de nuevo.*

—Entonces vas conmigo —dijo Ōkubo.

—Será un placer. Eres mi favorito —dijo Kazumi.

—Por favor, que no estamos emparejándonos para salir —replicó Mari—. Bueno, ¿quién tiene las semicorcheas?

—Yo —contestaron al unísono Furuta y Noriko. Se miraron fijamente. Vaya casualidad...

—Entonces, yo iré con Katayama —dijo Mari, ruborizándose—. No sé si podré tocar bien. Me van a temblar las manos...

—¡Qué suerte, chica! —exclamó Machiko, riéndose.

Tanto Furuta como Noriko iban a decir algo, pero se quedaron callados.

—Después de la comida ensayaremos en pareja y celebraremos el recital después de la cena. ¿Os parece bien?

Nadie se mostró en contra de la propuesta de Mari.

—¡Ah, el desayuno estaba delicioso! Me apetece otro café —dijo Mari, levantándose para servirse de nuevo.

—Detective —dijo Okubo—, pásame la ensalada, por favor.

6

Después del desayuno, cada uno se fue a su cuarto. Sin pretenderlo, Katayama y Mari se quedaron solos.

—Qué vergüenza —dijo Mari.

—No te estropearé la actuación. Me quedaré en segundo plano, lo prometo.

Katayama iba a decir algo más, pero Mari lo interrumpió.

—No es eso. Me da vergüenza haberme mostrado tan motivada, pero no se me ocurría otra cosa.

—Ha sido una idea estupenda. Gracias a ti, todos se han relajado. No ha sido fácil proponer algo así. Buen trabajo.

Holmes maulló como si ella también quisiera felicitarla.

—¿Tú también estás de acuerdo con él? Me alegro mucho —dijo Mari con una sonrisa. Parecía que la opinión de la gata era importante para ella—. ¿Has descubierto algo? —preguntó al detective con seriedad. Se refería al reproductor.

—No. Anoche me quedé vigilando, pero no apareció nadie.

—Por eso tienes cara de sueño. ¡Qué duro es tu trabajo!

—Normalmente trabajamos por turnos —dijo Katayama, mirando a *Holmes*. La gata se marchó del comedor sin inmutarse, como dando a entender que una intelectual como ella no se rebajaría a hacer un trabajo así.

—Me gustaría relevarte, pero tengo que practicar.

—No te preocupes. Es mi trabajo —dijo Katayama.

—Lo sé, pero estoy preocupada.

—Lo entiendo. Debe ser difícil concentrarse sabiendo que alguien puede estar escuchando.

—Sí, pero no solo es eso —dijo Mari—. Si no encontramos al responsable, sospecharán de mí, ¿verdad?

Katayama se quedó pensativo. Tenía razón. La única persona que conocía la existencia de la cinta era ella.

—No se me había ocurrido —dijo Katayama.

—Así nunca será un buen detective —dijo la joven con una sonrisa.

—Por eso no lo soy.

Cuando regresó a su habitación, Katayama llamó a su hermana Harumi. Eran las ocho. *Ishidzu* contestó al teléfono y discutieron.

Después de pedirle a Harumi que le contara a *Kurihara* lo de los micrófonos ocultos, Katayama volvió a la biblioteca.

Si alguien fuera a recuperar la cinta, no lo haría a medianoche pues resultaría más sospechoso; lo haría por la mañana, sobre las once, mientras todos practicaban.

Aquella había sido su conclusión.

Abrió la puerta de la biblioteca. Como no tenía ventanas, estaba muy oscura. Encendió la luz pero no vio nada diferente. La apagó y se agachó detrás del sofá.

¿Quién vendrá? Si es que viene alguien, pensó Katayama con un suspiro.

Falta de sueño, oscuridad, silencio... Se daban todas las circunstancias para que fuera fácil quedarse dormido. Una persona con mayor voluntad habría vencido a la tentación, pero la voluntad de Katayama era de plastilina y se transformaba según las circunstancias. Cuando notó que los párpados le pesaban, pensó: *Si duermo un poco, luego estaré despejado y más atento. Hay poquísimas posibilidades de que entre alguien mientras descanso.*

Convencido por este razonamiento, se quedó dormido.

Algo lo despertó: un pequeño ruido, su conciencia profesional o simplemente la casualidad. Estaba a punto de levantarse, pensando que se había quedado dormido, cuando se dio cuenta de que había alguien delante de la estantería. Oyó que apartaba los libros.

¿Quién será? No había la luz, pero la puerta estaba entreabierta y entraba un poco de claridad.

Oyó cómo se abría la tapa del reproductor. Parecía que estaban cambiando la cinta.

Voy a ver. Si está de cara a la estantería, estará dándome la espalda.

Katayama se preparó detrás del sofá y se asomó para mirar... justo cuando sonó su busca.

¡Cállate, cabrón!

Lo detuvo rápidamente. Estaba a punto de ponerse en pie cuando algo duro le golpeó la cabeza y se derrumbó en el suelo.

No debió pasar mucho tiempo inconsciente, pues cuando se recuperó, el busca seguía sonando. Sin embargo, el delincuente había tenido tiempo suficiente para huir.

El detective se levantó tocándose la cabeza.

El reproductor estaba en el suelo, sin cinta.

Lo habían dejado inconsciente con una enciclopedia.

—Si al menos me hubiesen golpeado con un álbum de fotografía erótica... —murmuró.

Subió a su habitación, marcó el número del busca y se dispuso a oír los gritos de Harumi.

—¿Por qué estabas escaqueándote?

—No estaba escaqueándome.

—Entonces, ¿por qué has tardado tanto en llamarme?

—Se me ha escapado el delincuente por tu culpa —se defendió Katayama.

—La próxima vez, desactiva el busca —replicó Harumi como si nada—. Si es que no piensas...

—Bueno, ¿qué querías? —le preguntó Katayama, enfadado.

—Ha habido un asesinato.

—¿Sí?

—Ha aparecido un cadáver en casa del director Asakura.

—¿En serio?

—¿Por qué iba a mentir?

—¿Quién es la víctima?

—Un tal Suda. Era el administrador de la orquesta.

—¿De qué orquesta?

—¿De qué orquesta va a ser? De la del maestro Asakura, por supuesto, la Nueva Orquesta Filarmónica de Tokio. Además, él estaba organizando el certamen.

—Uhm... Y lo han matado.

—Todavía no se sabe con seguridad si fue asesinado.

—¿Qué? Pero si has dicho...

—Bueno, es lo que parecía. Pero, escucha, el cadáver apareció de repente.

—¿Cómo?

Además, le faltaba la chaqueta.

—¿Estaba desnudo?

—No, para nada. Llevaba camisa y corbata. Bueno, da igual. Pero es muy extraño.

—Ya veo. Pero yo no puedo moverme de aquí.

—Ah, es que no te necesito a ti sino a *Holmes*. Déjamela. Katayama se quedó sin palabras.

—A *Holmes* se le dan bien estas cosas —continuó Harumi—. Estoy esperando al señor Kurihara. Cuando llegue, le pediré que envíe a alguien a por ella.

—¿Desde cuándo eres asesora de la policía?

Katayama intentó sonar todo lo irónico que podía.

Asakura regresó al salón y Harumi colgó el teléfono.

—La policía viene de camino —dijo el director—. No sé mucho de estas cosas, pero ¿crees que me dejarán salir?

—Supongo que sí. Mientras digas a dónde vas, no creo que haya problema.

—Ah, menos mal —dijo, más tranquilo—. Siempre estoy de un sitio a otro y, si tuviera que quedarme encerrado, no sabría qué hacer.

—¿Esperamos fuera?

—Sí, aunque es fácil encontrar la casa.

Harumi estaba de acuerdo. Era una mansión enorme.

—Será mejor que alguien se quede junto al cadáver. Yo esperaré fuera.

—Muchas gracias.

Harumi salió de la casa y se detuvo en la calle.

Están tardando mucho. Deberían haber llegado ya..., pensó. *¿Por qué razón lo habrán asesinado? Puede que esté relacionado con el asunto de la biblioteca.*

—Eso es —se dijo, y a continuación empezó a pensar: *Antes, por teléfono, Asakura le ha dicho a Kurihara que le daría los detalles sobre la constructora desde su oficina. Eso quiere decir que Suda se había ocupado de organizar la reforma. Por supuesto, esto le habría permitido entrar y salir durante las obras. Por tanto, tuvo tiempo suficiente para esconder el micrófono. En cuanto a la razón...*

Era improbable que Suda tuviera motivaciones propias. Debía habérselo pedido alguno de los finalistas, o los padres de estos.

Intentaba no adelantar acontecimientos, pero ¿por qué lo habían asesinado? ¿Y por qué había aparecido de repente en el jardín de Asakura? ¿Por qué le faltaba la

chaqueta? De pronto, Harumi notó un olor.

—Huele a quemado.

Se giró hacia la casa y gritó.

Salía humo de la segunda planta, de la sala de música. No se veía fuego.

—¡Dios mío!

La muchacha entró en la casa corriendo. Asakura empezaba a subir las escaleras en ese momento.

—¡Maestro!

—Me he dado cuenta ahora mismo. Dame ese extintor.

—Sí.

El extintor estaba junto a la puerta. Harumi se lo entregó y Asakura subió corriendo.

—¡Ten mucho cuidado!

—No te preocupes, este edificio es ignífugo. Se está quemando esa habitación debido al adhesivo.

Mientras Harumi lo miraba con angustia, oyó la sirena de un coche de policía.

—Menos mal que consiguieron apagar el fuego antes de que se extendiera —dijo Kurihara.

—Es la primera vez que me pasa algo así —afirmó Asakura mientras observaba al forense cómo examinaba el cadáver.

—Nadie necesita muchas experiencias de este tipo —bromeó Kurihara. Los asesinatos eran su especialidad, así que no se sentía cohibido en presencia del renombrado director.

Además, Kurihara se animaba cada vez que había un asesinato.

—Me han dicho que el señor Suda era su administrador.

—Exactamente. También se encargaba de la organización del certamen.

—Entiendo. Entonces, ¿el asesinato podría estar relacionado con el concurso?

—No quiero pensar que sí, pero podría ser —contestó Asakura con el ceño fruncido.

—No se preocupe. Si hay alguna relación, la descubriremos.

—Se lo agradezco. Es muy importante para mi organización.

—Lo comprendo perfectamente —asintió Kurihara—. ¿Quién vive en esta casa?

—Actualmente, mi asistente y yo. Estoy separado de mi esposa y mis hijos no viven conmigo.

—Entiendo. Entonces, ¿qué hacía aquí el señor Suda?

—No lo sé. Yo no lo había llamado.

—Bien. Tengo que hacer unas preguntas a su asistente.

La asistente era una mujer discreta de treinta y tantos años. Kurihara se reunió con ella en la sala de estar.

—¿Es usted Katsuyo Hirokawa? —le preguntó Kurihara.

—Sí... —contestó en voz muy baja.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando aquí?

—Creo que... Tres años, más o menos.

—¿Se siente cómoda en esta casa?

—Sí, está bien —contestó, como si no fuera con ella.

—Por favor, sea sincera. Su jefe no está aquí.

—Sí...

—¿Vino ayer de visita un hombre llamado Suda?

—Pues...

Katsuyo Hirokawa parecía reacia a hablar.

—Hable claro. No nos oculte nada, por favor.

—¿Me promete que no dirá nada al señor Asakura?

—Sí, se lo prometo.

—De acuerdo. Sí, vino anoche.

—¿Aquí?

—Sí.

—¿A ver al director?

—No. A verme a mí.

Kurihara se quedó sorprendido.

—Ah, de acuerdo. Entiendo.

—Lo siento.

—Su relación no es de mi incumbencia. ¿A qué hora vino?

—Alrededor de las diez. Me dijo que el señor Asakura estaba con una señorita y que no volvería a casa en toda la noche.

—De acuerdo. ¿Siempre es así?

—Sí. Al señor le gustan mucho las mujeres... —Tosió secamente y continuó—: Nosotros, Suda y yo... nos dimos un baño y nos fuimos al dormitorio.

—Su habitación está en la planta baja, ¿verdad?

—Sí, pero anoche estuvimos arriba.

—¿Arriba?

—Sí. En el dormitorio del señor.

—¿Por qué?

—Mi habitación es muy pequeña y la cama está...

—Ah, entiendo. —Kurihara asintió con la cabeza y continuó preguntando—: ¿Durmieron en la cama del señor Asakura?

—Sí, porque pensábamos levantarnos temprano.

—¿Y qué ocurrió después?

—Nos despertó el ruido del coche del señor. Eran casi las doce. Nos asustamos.

—¿Había regresado antes de lo esperado?

—Sí. Hice la cama rápidamente y le dije a Suda que se escondiera en algún lado.

—¿Qué más?

Katsuyo Hirokawa parecía a punto de echarse a llorar.

—Nada más. No volví a verle, y ahora está muerto...

—Ya. ¿El director volvió solo?

—No, con una mujer.

—¿La conocía?

—No, pero no creo que fuera la señorita que había mencionado Suda. Era de mediana edad.

¡Qué tío!, pensó Kurihara. Yo también debería haber sido director de orquesta.

—¿Qué hicieron?

—Tomaron unas copas y subieron a la planta de arriba.

—¿Y el señor Suda?

—No lo vi más. Pensé que se había marchado.

—¿Y sus zapatos?

—Los subí por si acaso.

—Pero para que hubiese podido salir, la puerta debería haber estado abierta.

—Yo la dejé sin cerrar.

—¿Todo el tiempo?

—Sí, porque tenía que irse sin que lo supiera el señor. Dormimos sin haber cerrado con llave.

—Hubo un terremoto.

—Sí, me asusté mucho. Me levanté sobresaltada y temblando.

—¿El señor Asakura bajó?

—No. Subí yo después de que el terremoto remitiera. Iba a llamar a su puerta pero...

—¿Qué pasó?

—Nada, me di cuenta de que estaban bien. Oí a la mujer... —Ah, bueno. Y regresó a su habitación, ¿verdad?

—Así es.

—¿Algo más?

—No volví a levantarme hasta esta mañana.

—¿A qué hora más o menos?

—Suelo levantarme a las siete. Esta mañana también.

—¿Y el señor? ¿A qué hora se despierta?

—Alrededor de las diez. Depende del día, pero normalmente...

—¿Y la mujer?

—Ya no estaba.

—¿No la oyó marcharse?

—No.

—Bien. Por cierto, ¿sabe dónde está la chaqueta de su novio? —¿De Suda?

—Sí. Cuando lo encontraron no la llevaba puesta. ¿Recuerda dónde la dejó?

Katsuyo Hirokawa pensó un momento.

—No puede ser —dijo, negando con la cabeza—. Yo salí del dormitorio antes que él, pero entonces ya la llevaba puesta.

—¿Está segura?

—Sí.

Entonces, ¿dónde estará la chaqueta?, pensó Kurihara con un suspiro.

—Siento mucho su pérdida. Puede que vuelva a necesitar su ayuda más adelante.

—Sí...

Katsuyo Hirokawa se levantó para marcharse.

—Ah, por cierto —dijo Kurihara, recordando algo—. ¿Le contó si había recibido o esperaba recibir algún dinero?

—¿Suda? —le preguntó Katsuyo Hirokawa con sorpresa—. No, al contrario. Siempre andaba corto de dinero. De vez en cuando, tenía que dejarle yo algo.

—Entonces, usted no obtenía ningún beneficio económico de esa relación, ¿verdad? No se ofenda, por favor.

—No. Suda gastaba todo su dinero en mantener a su mujer y a su hijo. Yo vivo sola y no soy derrochadora.

—De acuerdo. Muchas gracias —dijo Kurihara.

Para haber perdido a su amante, parece estar muy tranquila, pensó Kurihara cuando se quedó solo.

El detective Nemoto apareció en la puerta.

—Jefe, parece que Minamida ya ha terminado.

Minamida, el forense, estaba fumando en el sofá del salón.

—¿Qué tal? —lo saludó Kurihara.

—¡Qué mansión tan lujosa! No sabía que los directores de orquesta ganaban tanto. Dan ganas de meterse en la música.

—¡Qué raro que hayamos pensado lo mismo!

—Tonterías, seguro que tú estabas pensando en las nenas a las que ibas a traerte aquí.

—¿Y tú no?

—¿Yo? No, yo tendría un montón de casitas diminutas, una para cada mujer.

—Bueno, ya está bien. ¿Qué has descubierto?

—Siento decepcionarte, pero el tipo sufrió un ataque al corazón.

—¿Qué?

—Antes de la autopsia no puedo decirte más, pero al parecer tenía problemas cardíacos.

—Entonces no fue un asesinato.

—No te pongas triste.

—Ya. Es mejor que no haya sido asesinado, claro...

—Bueno, hablando con propiedad —dijo Minamida con una sonrisa torcida—, si alguien te asusta tanto como para provocarte un infarto, es un asesinato, ¿no?

—¿A qué hora murió?

—Hay que esperar a la autopsia, pero no parece muy reciente. Seguramente fue durante la noche.

—Entiendo. ¿Y cómo es posible que el cadáver haya aparecido de repente en el jardín?

—No tengo ni idea. Te veré mañana. —Minamida apretó el cigarrillo para apagarlo—. Por cierto, veo que tienes un nuevo ayudante.

—¿Un ayudante?

—Ahí está, examinando el césped. Puede que encuentre algo.

En el jardín había una criatura marrón y negra.

—Lo siento —dijo Harumi—. Pedí permiso al detective Nemoto para que me dejase traer a *Holmes*.

—No pasa nada. Bueno, ¿será posible que una gatita trabaje mejor que Katayama?

A Katayama debieron pitarle los oídos en ese momento.

—Jefe —dijo Nemoto—, ya he examinado la planta arriba.

—¿Y qué?

—Lo que ardió fue la tabla que hacía de base del andamio.

—¿Una tabla? Ah, la que está al lado del cadáver.

—Sí. Como estaba apoyada sobre la estructura de hierro, es normal que se cayera al quemarse la parte central.

—Y el cadáver estaba justo debajo de la tabla.

—Sí. Pero es raro. Si hubiera caído desde arriba, debería haber aterrizado un poco más allá.

—¿Es posible que el cadáver estuviera sobre la tabla, y que cayeran juntos?

—No —contestó Harumi—. El fuego se inició después de que encontráramos el cadáver, cuando yo salí a esperar a la policía.

—Cierto. Además, el cuerpo no tiene quemaduras.

—Antes de encontrar el cadáver me fijé en ese andamio. No había ningún muerto en él —dijo Harumi.

—De acuerdo. De todos modos, ya que no se trata de un asesinato, los dos sucesos no estarán relacionados.

Nemoto se sorprendió.

—¿No fue un asesinato? —le preguntó.

—Según Minamida fue un ataque al corazón.

—Entonces...

—Las circunstancias son extrañas, pero si no se trata de un asesinato no tiene sentido seguir investigando.

Kurihara parecía desilusionado.

Entonces, uno de los policías se acercó a él con una tela quemada.

—Nemoto, esto...

—¿Qué es?

—¿No es la dichosa chaqueta?

—Ah, puede ser. Parece una manga. Tiene un botón. Entonces, la chaqueta estaba en el andamio.

Harumi intentó evocar el momento en el que miró el andamio. Recordó que había muchas cosas, una lata de adhesivo y varios tablones de madera, pero no se acordaba de haber visto una chaqueta.

No podía decir que no estuviera, pero si la hubiese visto creía que lo recordaría. *Holmes* maulló. Estaba en el césped, un poco más lejos del cadáver.

—¿Has encontrado algo?

Harumi salió al jardín. *Holmes* levantó la cabeza; tenía algo en la boca.

—Es un botón. ¿Será de esa chaqueta? Es del mismo estilo, pero más grande, así que debe ser de la solapa en lugar del puño. Es solo un botón, no es una gran pista...

Holmes volvió a maullar, como si la enfadara que Harumi no la entendiera.

—¡Ah! —exclamó la chica al darse cuenta.

—¿Qué pasa? —le preguntó el detective Nemoto, acercándose.

—Este botón...

—Parece de esa chaqueta.

—Pero ¿no te parece raro? El de la manga estaba medio derretido, tras haberse quemado, pero este está impecable.

Nemoto asintió con la cabeza.

—Es verdad.

—Además, no estaba debajo del andamio sino más allá.

—Si no es un asesinato, no podemos seguir investigando.

Cuando Nemoto se marchó, Harumi se encogió de hombros.

—Oye, *Holmes*, aunque no sea un asesinato, es un caso muy extraño, ¿no te parece?

La gata parecía estar de acuerdo, así que maulló en respuesta.

CUARTO CAPÍTULO

TERCER MOVIMIENTO

Allegro vivace

1

Cuando terminaron de comer, como habían acordado por la mañana, las parejas se reunieron para decidir los detalles del recital de aquella noche.

Furuta y Noriko, que se llevaban fatal, se sentaron juntos mirando cada uno en una dirección.

Al verlos, Mari no pudo contenerse.

—Por favor, solo quedan tres días. Vamos a intentar ser agradables los unos con los otros.

—Mientras este siga aquí, no puedo ser agradable. Me amarga la existencia —dijo Noriko.

—Vaya, qué sorpresa. Yo pensaba que eras una amargada porque estás mal follada —replicó Furuta.

—¿Qué has dicho?

—Basta ya —los interrumpió Katayama—. Mirad, todos están intentando disfrutar del recital de esta noche. Haced también vosotros un pequeño esfuerzo.

—Ya lo sé —contestó Furuta—. Yo, mientras Noriko no haga nada raro, estoy dispuesto a colaborar.

—¿Algo raro? ¿Cómo te atreves a decir...?

—¡Tsuji! —la interrumpió Mari—. Por favor, decidid al menos qué pieza vais a tocar, ¿vale? Hacedlo por mí.

Noriko se encogió de hombros.

—Me da igual.

—A mí tampoco me importa cuál sea.

—Ah, se me ocurre una muy adecuada para ti. ¿Qué te parece *Campanita del lugar*?

—Qué graciosa eres. Como tu mayor virtud es tener un violín caro, ¿por qué no hacemos la versión violín de *El Precio Justo*?

—¡Muy bien!

Afortunadamente, se callaron y se fueron arriba.

En el resto de grupos (el de Machiko y Maruyama y el de Kazumi y Ōkubo) se oían risas.

—Nosotros también debemos ponernos de acuerdo —dijo Mari.

—Está bien. ¿Podemos hablar en tu habitación?

—En mi habitación... Me parece bien —asintió Mari, abrumada.

Los dos subieron las escaleras.

—¿Dónde está la gatita? —le preguntó Mari.

—Se ha marchado por un asunto oficial.

—¡Qué gracia! —exclamó la muchacha, riéndose—. Aquí es. Entra, por favor.

Mari abrió la pesada puerta.

La habitación era espaciosa y había sido redecorada. Era muy agradable.

Había una cama doble, un escritorio y un atril en el centro de la habitación. Por iniciativa de Asakura, sobre el escritorio había un radiocasete con el que podía grabar sus ensayos para escucharlos después.

—Esta habitación es muy bonita —dijo Katayama con admiración.

—¿Verdad que sí? Es un lugar ideal —contestó Mari, sentándose en la cama—. Pero me ha hecho darme cuenta de que soy muy caprichosa. En mi habitación, aunque es mucho más pequeña e incómoda, practicaba más.

—¿Estás avanzando con la pieza nueva?

—No puedes preguntar esas cosas. Voy a tener que denunciarte por violar las reglas.

—No te preocupes. A mí no me interesa el concurso, y además no sé nada de música —replicó Katayama, riéndose.

—¿Por qué querías hablar aquí?

—En realidad quería registrar el dormitorio por si hubiera algún micrófono, ya que se me escapó el culpable.

—Ah, ¿sí?

Katayama le contó cómo se había escapado el responsable.

—Lo bueno es que ya sé que tú no eres la culpable.

—Tienes razón. Yo sabía que tú estarías vigilando, así que habría sido una idiotez entrar a recuperar el reproductor.

—Así es. Además, como el responsable ya sabe que lo he descubierto y no tiene sentido seguir esperando, he pensado en buscar el resto de micrófonos. Pero temo que el descubrimiento os afecte psicológicamente.

—Ya. Estamos bastante nerviosos.

—Por eso quiero empezar por esta habitación. Supongo que estarán todos en el mismo lugar, así que, si encuentro uno, el resto no será difícil.

—Pero ¿cuándo crees que podrás quitarlos? Pasamos casi todo el día en nuestro cuarto.

—A la hora de la cena. Nadie sospechará aunque yo no esté.

—Ah, eres más listo de lo que pensaba.

Katayama se quedó pensando; no sabía si alegrarse o no.

—Bueno, manos a la obra. No debieron tener mucho tiempo para colocarlos. A ver... ¿Dónde estará?

—¡Qué interesante! Yo también quiero ayudar.

—Sí, por favor. En realidad me habría venido muy bien que estuviese ella...

—¿A quién te refieres?

—A mi ayudante.

Aunque se enfadaría conmigo si me oyese decir eso, pensó Katayama.

Registraron minuciosamente la habitación: debajo de la cama, detrás del escritorio, sobre la lámpara, detrás de un marco colgado en la pared...

—¡Mierda! —exclamó Katayama.

—No es fácil de encontrar.

—No creo que lo hayan quitado. No han tenido tiempo para hacerlo.

—En la hora de la comida...

—No creo. Nadie ha faltado tanto tiempo. He estado observándolos a todos. Algunos se ausentaron, pero para ir al baño y cosas así —dijo Katayama, ladeando la cabeza.

—Como ya no están utilizándolos, los micrófonos no son un problema, ¿verdad? No hemos conseguido encontrarlo a pesar de haber buscado tanto, así que no creo que nadie lo encuentre por casualidad.

—Tienes razón. —Para él era así de fácil tirar la toalla—. Bueno, me marchó ya. No quiero molestarte más.

—Pero ¿no vamos a hablar del recital de esta noche?

—Ah, es verdad. Yo no entiendo de música. Decídelo tú todo.

—¡No te escaquees!

Mari se sentó en la cama, bajó la cabeza y se puso a llorar.

Katayama se quedó sin palabras.

Hasta hace un momento ha estado riéndose..., pensó. *Por esto me cuesta tanto entender a las mujeres. Deberían llorar solo cuando hay algún motivo y después de que se les note en la cara que tienen ganas de llorar, para que me dé tiempo a marcharme antes de que empiecen.*

—Oye, llorar no es bueno para la salud —le dijo, pensando en su propio corazón. No sabía cómo consolarla—. Tranquila... Cálmate. Vas a perder líquido y sales.

Soy penoso. ¿Por qué no puedo decir algo más considerado?

Reconocía que se sentía incómodo con las mujeres. De no sufrir acrofobia, preferiría tirarse por la ventana a estar en una habitación cerrada con una chica llorando.

Mari seguía llorando. Katayama también tenía ganas de llorar.

Y de repente, Mari levantó la cabeza y sonrió.

Katayama se quedó sin palabras.

—¿Qué te parece? Soy buena actriz, ¿verdad?

—Madre mía, qué susto me has dado. Estaba pensando en pedir una ambulancia.

—Pero no le digas a nadie que se me da bien fingir que lloro. Nadie lo sabe.

—Ah, entiendo.

Katayama también sonrió.

—De pequeña lo hacía a menudo —le contó—. Los ensayos eran muy duros para mí, tenía que practicar durante horas y horas. Y cuando estaba cansada, fingía que lloraba. Mi madre nunca me consentía, pero por lo menos me dejaba descansar.

Katayama se sentó y le preguntó:

—¿Tan dura era tu madre?

—Sí. Es la típica madre que obliga a su hija a cumplir el sueño que ella no consiguió realizar. Pero ¿qué hay de los sueños de la hija? Cuando era muy pequeña, yo soñaba con ser azafata de vuelo o enfermera. Pero desde muy pronto no hubo nada para mí salvo violín, solo violín.

—Ya. Pero tú has llegado hasta aquí porque tienes un don.

—Eso creo. Pero pienso que cada uno tiene un límite y que por mucho que ensayes es imposible superarlo. Es como tener una caja: puedes desarrollarte hasta donde te permite su capacidad, pero no más allá. Si la fuerzas, la caja empieza a deformarse.

—¿Crees que has llegado a tu límite?

—No lo sé. Hasta ahora nunca lo había pensado, se me ha ocurrido estando aquí —dijo con una sonrisa—. He venido para competir y no hago más que pensar en mis límites.

—Ya. Pero eso es porque normalmente nunca estamos solos.

—Así es. Hasta ahora, en mis ensayos siempre había estado acompañada por mis profesores o por mi madre. Aunque practicaba sola, era consciente de la mirada de mi madre. Ahora han desaparecido sus ojos por primera vez en mi vida. Solo estamos mi violín y yo.

Mari se levantó y agarró el violín. Lo sujetó con la barbilla, movió el arco ligeramente y giró las clavijas de afinación. El violín parecía formar parte de su cuerpo.

—¿Quieres que toque algo?

—¿Te apetece?

—Sí, claro. No pasa nada por tocar una obra que no sea la de la final. Con suerte, encontraremos la pieza para el recital de esta noche.

—Muchas gracias. Pues quiero que toques... No sé, algo fácil.

Incluso Katayama tenía sensibilidad para saber que una melodía era hermosa, aunque no la conociera.

Unos acordes melancólicos llenaron la habitación.

No parecía que las cuerdas emitieran el sonido; era como si el violín entero, o más bien la propia Mari, produjera unas ondas musicales que resonaban y vibraban en la habitación. Sus dedos largos y blancos se movieron sobre el diapasón y el arco subió y bajó en movimientos naturales como si estuviera respirando.

Katayama la escuchó atentamente. La melodía envolvió su cuerpo, como si lo poseyera.

Y, poco a poco, la música desapareció con un vibrato. Su reverberación permaneció en la habitación como una espiral invisible...

—¡Qué bonito! —exclamó Katayama, aplaudiendo. Mari bajó la cabeza como si estuviera en un escenario—. ¡Seguro que eres la ganadora!

Mari se echó a reír.

—Todo el mundo toca así —respondió, ruborizada y contenta—. Pero es bonito tocar para alguien. Nunca había sentido nada parecido.

—¿Para alguien?

—Sí, para alguien en concreto, alguien que está escuchándote de verdad.

—Me alegra mucho oír eso —dijo Katayama con una sonrisa. De repente, esta se congeló en su rostro.

Mari dejó el violín y el arco y se acercó al detective.

Katayama tuvo un mal presentimiento y una luz roja parpadeó en su cabeza. Había tenido una experiencia parecida antes.

El paso, la velocidad a la que se acercaba y su mirada... Era extraño, pero siempre había indicios que se repetían. Si lo analizara bien, puede que el estudio le permitiera llegar a alguna conclusión sorprendente.

Normalmente daba un paso atrás, porque de lo contrario, al acercarse uno y quedarse el otro inmóvil, no sería posible evitar la colisión a menos que sus cabezas se cruzaran.

Pero esta vez no fue posible porque estaba sentado en una silla cuyo respaldo le impedía retroceder.

En ese momento se produjo el impacto. Mari se inclinó y lo besó en los labios.

Katayama pensó que iba a desmayarse. Mari lo abrazó. Debía rodearla con los brazos, pero no lo hizo porque la silla se volcó en ese momento y ambos cayeron al suelo. La alfombra de pelo largo evitó que se hicieran daño.

Se levantaron y se miraron fijamente.

—Lo siento —dijo Mari con una sonrisa.

Katayama se sintió aliviado.

—No, no pasa nada... Sé que todos estáis nerviosos.

—No es eso —dijo Mari con seguridad—. Yo no soy como Hase. Me sentí atraída por ti desde el primer día.

Si Harumi hubiera visto esto, cambiaría su opinión sobre mí, pensó él.

—No soy más que un detective de casi treinta años. No distingo una blanca de una redonda. No sé nada de música...

Sus palabras no tenían lógica, pero las relaciones entre hombres y mujeres solían ser así; lo sabía por experiencia propia, ya que lo habían dejado varias chicas.

—No estoy diciendo que quiera casarme contigo.

Mari se sentó en la cama. Katayama se quedó de pie.

—Si se enterara, mi madre me mataría. O te mataría a ti.

—Eres joven todavía y tienes un futuro maravilloso en la música.

—¿Sabes? Creo que es la primera vez que me gusta alguien... —dijo, mirando el suelo—. Hasta ahora no había tenido tiempo de hacer amigos. Para mí, los días estaban llenos de ensayo, ensayo y más ensayo.

—Pero a partir de ahora tendrás más ocasiones.

Mari se quedó un momento en silencio.

—Recibí una clase del maestro Stanwix, el hombre que da nombre al concurso. Es un hombre muy grande, no solo físicamente sino también de corazón. Después de oírme tocar, me dijo: «Tú todavía no conoces el amor. Hasta que no lo conozcas, no conseguirás sonidos auténticos. No conseguirás que el violín solloce, ni que cante».

—Entonces, espero ayudarte —dijo Katayama con una sonrisa.

—Qué buena persona eres. ¿No quieres acostarte conmigo?

Katayama casi saltó por la sorpresa.

—¿Qué? No, es que... Yo... A ver, no digo que no me gusten las mujeres, y eres atractiva, pero... No sé, son cosas diferentes.

—Vaya. Eres más clásico de lo que parecías.

—Sí. Mi hermana siempre me está chinchando con eso...

—¿Harumi? Claro, teniendo una hermana tan guapa como ella, es normal que seas exigente.

—Puede ser —dijo Katayama. Entonces sonó su busca—. Me llaman. Tengo que irme.

—No te preocupes por lo de esta noche.

—De acuerdo, gracias.

Tras salir de la habitación de Mari, Katayama inhaló profundamente.

—¡Hermano!

Era Harumi.

—Hola. ¿Qué pasa?

Harumi le explicó lo que había sucedido.

—Me cabrea que no vayan a investigarlo porque no ha sido un asesinato —se quejó—. Oye, ¿ahí no se han cargado a nadie todavía?

—No digas tonterías.

—¿No ha pasado nada nuevo?

—No, nada. Estamos como siempre.

—¿Como siempre?

—Sí. Seguro que esta vez también me dejarán.

—¿De qué estás hablando?

—Nada, cosas mías. Uhm... Un momento.

Katayama prestó atención. Se oían unos ruidos muy fuertes.

—Creo que ha pasado algo. Luego te llamo, ¿vale?

Colgó el teléfono y corrió al pasillo.

Una tras otra, las cabezas de los finalistas aparecieron en sus puertas.

—¿De dónde salen esos ruidos? —preguntó Kazumi.

—De la habitación de Ōkubo —dijo Mari.

Era la única puerta que estaba cerrada.

Katayama abrió la puerta rápidamente. El interior era un caos: la mesa estaba en el suelo, habían estrellado el radiocasete contra la pared, habían volcado el atril y las partituras estaban esparcidas por toda la habitación.

Para colmo, el violín estaba destrozado.

Ōkubo no estaba allí.

—¡Ōkubo! —gritó el detective. Si no estaba allí, solo podía estar en el cuarto de baño. Abrió la puerta rápidamente.

Ōkubo se dio la vuelta. Estaba despeinado y tenía la mirada vacía y los ojos demasiado abiertos.

—Ōkubo, ¿estás bien? No, no. ¡Para! —gritó Katayama al ver que tenía una cuchilla de afeitar junto a la muñeca izquierda—. Dámela.

Extendió la mano y, en ese momento, el muchacho deslizó la cuchilla por su muñeca. La sangre manó y unas gotas cayeron al suelo.

—¡Idiota! ¿Qué coño estás haciendo?

El policía se lanzó a por la mano en la que tenía la cuchilla. Furuta y Maruyama se acercaron corriendo.

—Hay que detener la hemorragia. ¡Apretadle el brazo! —gritó Katayama mientras intentaba que soltara la cuchilla.

Maruyama, que tenía mucha fuerza, inmovilizó a Ōkubo. Furuta agarró una toalla y se la ató en el antebrazo. De repente, Ōkubo se derrumbó, inconsciente. Katayama, que estaba forcejeando con el chico, perdió el equilibrio y se cayó de cabeza en la bañera llena de agua.

2

La sirena de la ambulancia se alejaba. Katayama, con la ropa mojada, se quedó mirándola hasta que desapareció. Estornudó y decidió entrar.

En el salón estaban todos excepto Machiko Ueda.

Nadie hablaba; todos parecían llevar sobre sus hombros una pesada carga.

—Detective, ¿no tienes frío? —le preguntó Furuta—. Ven, acércate. Voy a encender la estufa.

—Ah, gracias.

Era una estufa eléctrica. No tenía mucha potencia, pero era mejor que nada.

—¿No tienes ropa para cambiarte? —le preguntó Mari con preocupación.

—No te preocupes. Ahora me la traerá mi hermana.

—Ah, vale.

El detective respiró profundamente.

—No ha podido resistir la presión —dijo Furuta.

—Lo siento mucho por él —replicó Maruyama, asintiendo con la cabeza—.

Parecía muy sensible.

—Yo lo conocía de antes —dijo Noriko en un tono bajo que no era habitual en ella—. Lo había visto en algún concurso. Es muy trabajador, pero su familia es pobre y no le permite seguir tocando el violín. Para poder seguir, tenía que ganar el concurso. Creo que esta era su última oportunidad.

—Cuando empiezas a pensar eso, te agobias —afirmó Kazumi—. Te sientes como si estuvieras por detrás de los demás, aunque todos estemos igual...

—Deberías haber sido tú —le dijo Noriko a Furuta.

Furuta no se inmutó.

—Absolutamente. Llevas razón —asintió.

—Pero no lo entiendo —dijo Mari en voz baja—. ¿Tan importante es la música de Beethoven o de Mozart? ¿Para qué sirve la música? ¿Para quién? Morir por la música es una equivocación.

—Estoy de acuerdo —dijo Furuta, asintiendo con la cabeza—. El poder purificador de la música es limitado: hasta los nazis se emocionaban con Beethoven. Los principales beneficiarios de la música son los dueños de las escuelas musicales.

Katayama se sorprendió al escucharlo. No imaginaba que Furuta fuera un nihilista.

—Pero eso es deprimente —dijo Mari—. Entonces, ¿qué estamos haciendo?

—Esto es el mundo real. Solo los que ganan consiguen tocar ante el público —comentó Noriko—. Aunque lo siento mucho por Ōkubo.

De repente, una voz los interrumpió.

—Qué buenos sois todos —dijo Machiko desde la entrada—. Yo solo pienso que ahora somos uno menos.

—Machiko... —dijo Mari con sorpresa—. ¿Lo dices en serio?

—Lo cierto es que sí. Y vosotros también lo pensáis. Os alegráis de que seamos uno menos.

Un silencio llenó el aire.

—Estoy seguro de que vas a ganar tú —dijo Maruyama.

—Gracias, eso pretendo —contestó Machiko.

Entonces apareció Tomoko Ichimura.

—Señor detective, ha llegado su hermana.

Harumi estaba en el vestíbulo, con *Holmes*. Traía un obsequio... aunque era bastante grande.

—¿Qué? ¿Tú también has venido?

—Buenas noches —le dijo Ishidzu con una sonrisa—. Harumi me pidió que la acompañara.

—Sé que fuiste tú quien quiso venir con ella.

—Hermano, ya basta. Cámbiate, vas a resfriarte.

Harumi le dio la bolsa de la ropa.

—De acuerdo. Ah, señora Ichimura, llévelos a la biblioteca y sírvalos algo caliente.

—De acuerdo. Pueden cenar aquí.

—No es necesario... —comenzó Katayama.

—Genial —lo interrumpió Ishidzu—. ¡Tengo muchísima hambre!

Katayama se cambió de ropa y fue a la biblioteca. Mari estaba hablando con Harumi.

—Hermano, si hubieses llegado un poco antes habrías escuchado la historia tan interesante que me ha contado.

—¿Qué historia?

—Al parecer, un donjuán ha intentado ligarse a Mari.

—¿Qué? —Katayama sonrió forzosamente y cambió de tema—. ¿Dónde está Ishidzu?

—Habrá ido al baño.

—¿También ha venido tu novio? —le preguntó Mari.

—Sí, siempre la sigue como un perrito —apuntó Katayama.

—Y mi hermano siempre me vigila como si fuera mi padre —replicó Harumi.

En ese momento, Ishidzu abrió la puerta.

—¡Esta casa es enorme! He tenido que caminar un kilómetro hasta el baño —exageró. Entonces vio a Mari—. Ah, hola...

—Muchas gracias por acompañarme el otro día cuando salí a correr —dijo Mari, inclinando la cabeza.

—No hay de qué. Me alegro de que no le pasara nada a tu madre —comentó.

A Mari le cambió la cara.

—¿Mi madre? ¿Es que ha ocurrido algo?

—Ah, nada, no ha sido nada. Nada grave, al menos.

Estaba empeorándolo.

—Cuéntamelo, por favor. ¿Qué ha pasado?

—Tranquila, Mari —dijo Harumi—. Tu madre se cayó al lago.

—¿Al lago? ¿El lago del parque?

—Así es —dijo Ishidzu—. Estaba dando un paseo y se cayó sin querer.

—Imposible. Mi madre... Eso es imposible.

Katayama decidió que lo mejor para que no se preocupara era contarle la verdad.

—Mira, todo apunta a que la empujó alguien —le dijo—, pero tu madre insiste en que se cayó sola. Por lo visto, no quiere preocuparte. Nos pidió que no te contáramos nada sobre lo ocurrido.

—Lo siento —dijo Ishidzu, tocándose la cabeza—. Se me ha escapado.

—No pasa nada. No te preocupes —dijo Mari en voz baja. Ya se había tranquilizado—. Gracias por contármelo. Yo también tengo que contaros algo. Creo que sé quién la empujó al lago.

—¿Lo sabes?

Ishidzu sacó un cuaderno.

—Seguramente fue mi madre.

Katayama, Harumi e Ishidzu se miraron unos a otros.

—Una mujer que dice ser mi madre biológica, en realidad.

—¿Tu madre biológica? —le preguntó Harumi, sorprendida—. Entonces tu madre...

—Mi madre dice que esa mujer está loca. Apareció hace tres meses, diciendo que yo soy su hija...

—Ahora lo entiendo —dijo Harumi, recordando una cosa—. ¿Era la mujer que apareció en el restaurante aquel día?

—Sí. ¿Tú la viste?

—Recuerdo que me pareció un poco rara.

—Llama a mi madre a menudo y merodea por nuestra casa. Imagino que ella la empujó. Si no, diría quién lo ha hecho. Creo que no lo ha dicho porque no quiere preocuparme.

—Entonces tendremos que asignarle un agente —dijo Katayama—. Ishidzu, ¿te ocupas tú? Llama para pedir que pase un coche patrulla por su casa.

—De acuerdo. ¿Dónde está el teléfono?

—Ah, tienes que subir a mi cuarto. Toma la llave. Bueno, mejor iré contigo.

Katayama subió con Ishidzu para llamar a la comisaría de Meguro y después volvieron a la biblioteca. Harumi ya no estaba y Mari se había sentado en el sofá.

—Harumi ha ido a buscar a la gatita...

—Ah, vale. Iré a buscarla —dijo Ishidzu.

Katayama cerró la puerta.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí, un poco cansada.

—Es comprensible, pero no te preocupes. A partir de ahora, tu madre estará protegida.

—Gracias.

—No es nada. Lo que tienes que hacer es tocar muy bien en la final.

—Ya, pero ahora no me apetece nada —dijo Mari, bajando los ojos—. Después de lo de Ōkubo y lo de mi madre... Esa mujer extraña apareció cuando me inscribí en el concurso. Creo que podría estar relacionado.

—¿Piensas que es una treta para alterarte?

—Pero ¿tanto desea alguien ganar que no le importa hacernos daño a los demás?

—se preguntó la joven—. Estoy muy confundida. Aunque gane, ¿qué pesará más? ¿Lo que gane o lo que habré perdido?

Se le escapó una lágrima, y no era fingida.

Katayama estaba profundamente dormido.

Solía dormir bien por las noches, aunque esa no fuera una característica deseable en un vigilante.

No obstante, tenía un despertador magnífico: Holmes. Ella se despertaba con el ruido más leve, o si sentía algún movimiento cerca.

Katayama confiaba en ella y eso lo ayudaba a dormir a pierna suelta.

Era la cuarta noche, pasada la medianoche, aproximadamente a las dos de la madrugada.

Katayama notó algo frío en la mejilla.

—No me beses... —dijo, medio dormido. Oyó un maullido—. ¿Eres tú, *Holmes*? ¿Ya es por la mañana? —Se desperezó y bostezó; miró el reloj—. Pero si todavía son las dos... ¿Por qué me has despertado?

Holmes miró hacia la puerta y maulló.

—¿Qué pasa? ¿Hay alguien ahí?

Katayama se puso una bata encima del pijama.

—¡Qué frío! Aquí baja la temperatura por la noche.

Abrió la puerta.

El pasillo estaba oscuro y no se veía bien, pero al acostumbrarse a la luz consiguió ver algo en movimiento.

¡Ahí hay alguien! El detective se tensó. La incertidumbre del momento lo despejó por completo.

Negó con la cabeza y oteó la oscuridad... Poco a poco empezó a distinguir la silueta de una persona.

Era bastante gruesa.

¿Hay alguien tan gordo aquí?, pensó.

De repente, su cabeza se dividió en dos.

En realidad eran dos personas, unidas excepto por la cabeza.

Se trataba de una pareja abrazándose. De vez en cuando, sus cabezas se fusionaban, entregados a la ceremonia de unión de sus labios a la que los humanos se dedicaban desde el nacimiento de la humanidad.

Pero ¿quiénes son? Katayama sentía curiosidad, aunque no tanta como habría mostrado su hermana Harumi. Sin embargo, la curiosidad no mejoraba su visión.

Él tiene que ser Furuta o Maruyama, ya que Ōkubo no está. Y ella... Machiko Ueda está obsesionada con el violín, así que debe ser Kazumi Hase o Noriko Tsuji...

O Mari Sakurai. No, no puede ser. No soy su novio, pero no me gustaría que fuese ella. Soy bastante egoísta.

Katayama se sentía inquieto, pero no se atrevía acercarse.

Soy un caballero. Debería cerrar la puerta.

—Oye, *Holmes* —dijo cuando cerró la puerta—. Eres tan curiosa como una mujer. En serio, no vuelvas a despertarme por algo así. ¿Entiendes?

Y volvió a meterse en la cama.

Holmes se encogió de hombros (no lo hizo, pero parecía desearlo) con una expresión que decía: «Haz lo que te dé la gana». Se subió a la cama y se acurrucó a los pies de Katayama. A veces se movía mucho y la tiraba de la cama, pero aquella noche durmió muy bien.

En la oscuridad solo se oía el susurro del viento. La enorme casa parecía haberse quedado dormida.

Y poco después amaneció.

A las cinco de la madrugada descubrieron el crimen.

Katayama se despertó sobresaltado por unos fuertes golpes en la puerta y los maullidos de la gata.

—¡Detective! ¡Abra la puerta, detective!

Era Tomoko Ichimura.

Katayama salió de la cama y se puso la bata antes de abrir la puerta.

—¿Qué pasa?

—¡Oh, Dios mío! En la biblioteca... Una mujer... muerta.

Katayama entendió la situación y corrió al pasillo. *Holmes* lo siguió. Bajaron las escaleras y se dirigieron a la biblioteca. La puerta estaba entreabierta.

El detective entró e hizo una mueca. Dentro hacía un calor húmedo.

—¡Qué calor! ¿Qué coño es esto?

Había una mujer en el suelo.

La víctima tenía alrededor de cincuenta años, quizá un poco menos, y llevaba un abrigo puesto. Era obvio que estaba muerta; no había mucha gente que pudiera seguir viva con un cuchillo clavado justo en el corazón.

Pero lo que sorprendió a Katayama no fue el cadáver, porque ya sabía que lo encontraría, sino la fuente de aquel insoportable calor: cuatro estufas eléctricas.

No aguantó más y salió de la biblioteca.

—¿Qué hacemos? —le preguntó Tomoko Ichimura.

—Quédese aquí, por favor.

—Sí.

—No deje que entre nadie.

—Entendido. ¿Y usted qué...?

—Tengo que llamar a comisaría.

—Ah, sí. Claro.

—*Holmes*, quédate aquí.

Katayama subió corriendo las escaleras.

—¿Ha pasado algo? —le preguntó Furuta, saliendo de su dormitorio en bata—. He oído mucho ruido.

—Sí. Un crimen —dijo Katayama—. Un asesinato.

—¿Un asesinato? —Furuta abrió los ojos de par en par—. ¿A quién han matado?

—Se trata de una desconocida. Por favor, quédate en tu habitación. Luego os informaré de todo.

Katayama entró en su dormitorio y levantó el teléfono.

Puf. Al final se ha producido un asesinato, pensó. Y yo que creí que aquí podría relajarme...

Hizo la llamada y se vistió. Al salir al pasillo, encontró a Furuta y a todos los que este había despertado.

—Detective, ¿a quién han asesinado?

—¿Cómo lo han hecho? ¿Con un cuchillo o una pistola?

—¿Es un hombre o una mujer?

—¿Y el asesino?

Todos hacían preguntas a la vez.

—Todavía no sé nada. Mantened los ojos abiertos hasta que venga la policía.

Mientras bajaba las escaleras, Machiko le preguntó:

—El certamen no se suspenderá, ¿verdad?

¡Ostras! ¡Qué fuerte!, pensó Katayama.

—¿Cómo es la mujer? —le preguntó Mari.

—Tiene unos cincuenta años. Lleva puesto un abrigo.

—¿Puedo verle la cara?

Katayama se lo pensó.

—Está muerta. No será agradable.

—No me importa. Quiero verla.

—De acuerdo, ven a la biblioteca.

—¿Va a venir la policía?

—Sí, enseguida.

El detective abrió la puerta con un pañuelo en la mano. Hizo una mueca por el calor y rodeó el cadáver para apagar las estufas.

—¡Qué calor! Esto es increíble —dijo, negando con la cabeza—. Vamos a dejar la puerta abierta.

Mari entró con temor y miró a la mujer muerta.

—¡Es ella!

—¿La conoces?

—Es esa mujer... La que decía ser mi madre.

—¿Ella?

—Sí. Estoy segura.

—Pero ¿cómo sabía que estabas aquí? ¿Y por qué la asesinaron? ¿Y por qué estaban encendidas todas las estufas?, pensó.

3

—Al final ha pasado... —dijo Kurihara en la escena del crimen. Intentó poner cara de lástima, pero no lo consiguió—. ¿Por qué hay tantas estufas? ¿Estaban rebajadas o qué?

Katayama se lo explicó y Kurihara asintió con la cabeza.

—Intentaban que nos equivocáramos al calcular la hora de la muerte. Está clarísimo.

Katayama había pensado lo mismo.

—Pero entonces, ¿por qué dejaron las estufas?

—Se olvidarían de ellas —razonó Kurihara, seguramente influido por la lectura de novelas de misterio—. Todavía hace calor aquí.

—Sí. Al principio hacía un calor tremendo, como si estuviéramos a mediodía en verano.

—Hay cuatro... ¿Estaban todas aquí?

—No lo sé... ¡Señora Ichimura! —llamó Katayama.

—Sí, estaban guardadas en aquel armario —dijo la cocinera—. En esta época, baja la temperatura por las noches.

—Cuéntenos cómo la encontró, por favor —le pidió Kurihara.

—Sí. Me levanté a las cinco.

—¿Como siempre?

—No. Suelo levantarme a las seis.

—¿Y por qué madrugó hoy?

—Pensaba preparar algo especial para desayunar. Todos los días preparo lo mismo y me apetecía variar.

—De acuerdo. Se levantó a las cinco. ¿Y después?

—A las cinco y media, fui a buscar las tazas y los platos que los chicos suelen dejar en el salón —le contó la mujer. Tosió ligeramente y continuó—: En el salón no había nada, así que volví a la cocina y entonces me pareció ver una luz encendida en la biblioteca. Pensé que alguien la habría dejado encendida, así que abrí la puerta...

Se detuvo.

—De acuerdo —dijo Kurihara, asintiendo con la cabeza—. ¿Las puertas se cierran por la noche?

—Sí, y yo las reviso antes de irme a la cama.

—¿A qué hora?

—Sobre las once de la noche. A veces un poco más tarde, pero siempre antes de las once y media.

—¿Y las comprueba por la mañana?

—No. Por la mañana no lo hago.

—Es lógico. Esto no es una cárcel —bromeó Kurihara, pero delante de un cadáver quedaba fuera de lugar e Ichimura intentó sonreír pero no lo consiguió—. ¿Había visto alguna vez a esta mujer?

—No me suena.

—Muy bien. Eso es todo. Muchas gracias.

—De acuerdo. —Tomoko Ichimura dio un par de pasos, se giró y preguntó—: ¿Puedo servir el desayuno?

—Sí, claro.

—¿Es posible que se anule el concurso debido al asesinato?

—No sé qué decirle. Intentaremos evitarlo.

—Sí, por favor. Los chicos se están esforzando mucho. Sería una lástima que fuera para nada.

Cuando Ichimura se marchó, Kurihara observó el cadáver mientras se acariciaba la barbilla.

—¿Usted qué cree, jefe? —le preguntó Katayama.

—¿Qué?

—¿Afectará al concurso?

—No tengo ni idea —contestó Kurihara, negando con la cabeza—. Si alguno de los finalistas es sospechoso, la situación se complicará.

Tenía razón. Hasta que encontraran al asesino, el concurso tendría que ser aplazado.

Pero parecía imposible poner una nueva fecha para la final y prepararlo todo de nuevo.

—Oye, ¿no ha llegado Minamida todavía? —le preguntó Kurihara. Justo en ese instante entró el forense.

—¿Me llamabas?

—¿Estabas jugando al escondite?

—No te burles. Siempre estoy de trabajo hasta las orejas; ¿crees que puedo salir cuando me apetece? —le contestó Minamida, tan quejumbroso e irónico como siempre.

—Ya basta. Date prisa, por favor.

—Vale, vale —dijo el forense, refunfuñando—. ¿Ese es el cadáver? ¿Solo hay uno?

—No quiero tener más.

—¿No hace demasiado calor aquí?

Katayama le explicó cómo estaba todo cuando descubrió el cadáver y Minamida asintió.

—No entiendo por qué seguían encendidas las estufas.

—Yo creo que el asesino pensaba guardarlas antes de que llegara la señora Ichimura, pero como ella se levantó una hora antes de lo habitual...

—Comprendo. Tuvo que cambiar de plan.

—¿Será difícil calcular la hora de la muerte? —le preguntó Kurihara con preocupación.

—¡Qué va! La temperatura apenas cambia nada. Ahora hay muchas maneras de calcular el momento de la muerte.

Minamida empezó a examinar el cadáver.

Mientras Katayama y Kurihara lo observaban, apareció *Holmes* y se acercó al cadáver.

—¡Oye, tú! Siempre apareces donde hay un cadáver —dijo Minamida con una sonrisa. *Holmes* rodeó el cuerpo, se detuvo de repente y maulló.

—¿Qué pasa?

Minamida se acercó a la gata.

—Uhm... Polvo.

—¿Polvo?

—Sí. Es blanco, pero hay muy poco.

—No me digas... —dijo Kurihara, acercándose.

—Esperas que sea heroína o algo así, ¿verdad? Siempre buscando delitos... Estás muy mal acostumbrado.

—¿Qué otra cosa podría ser? —replicó Kurihara, cruzando los brazos.

—Yo qué sé. Podrían ser polvos de maquillaje, o tal vez caspa. O restos de un medicamento, o de tiza...

—No me tomes el pelo.

—No lo sabremos hasta que lo analicemos. Es muy poca cantidad...

Minamida metió el polvo en un sobrecito.

—¿Puedes decirme ya una hora estimada?

—Relájate. No soy adivino, no tengo una bola de cristal.

—¡No me digas! ¿Seguro que no tienes? —le preguntó Kurihara con seriedad.

—Si la tuviera, ya te la habría tirado a la cara —le contestó.

Mientras tanto, *Holmes* estaba oliendo el lugar que había ocupado el cadáver antes de que Minamida lo moviera. La alfombra era de pelo largo, por lo que el cuerpo había dejado su marca en ella.

—¡Jefe! —exclamó Katayama, parpadeando.

—¿Por qué gritas?

—Mire: el cadáver está ensangrentado, pero en la alfombra no hay ni una sola mancha.

—Ya veo... Eso significa que no fue asesinada aquí.

—Estáis de broma, ¿no? ¿No os habíais dado cuenta hasta ahora? —preguntó Minamida, mirándolos con sorpresa—. Yo estaba seguro de que lo sabíais.

—Es que, si no dejamos el cadáver donde estaba, luego algunos se quejan —contestó Kurihara.

—Teniendo en cuenta el calor de las estufas, seguramente murió alrededor de las dos de la madrugada.

—Desde las dos, tuvieron tiempo de sobra para traerla aquí después de asesinarla, ¿verdad?

—¿No sería posible que hubieran limpiado la sangre después? —preguntó Katayama a Minamida.

—Por muy bien que la limpiaran... Mira esta alfombra. Si la sangre hubiese manchado el pelo, sería imposible que no se notara.

—Ya.

—Es mucho más bonita que la alfombra de mi salón.

Minamida parecía impresionado.

—¿Crees que murió rápidamente?

—Imagino que tardó menos de un minuto en morir. Se quedó inconsciente y... fin.

—Cualquiera diría que estuviste presente.

—Llevo muchos años haciendo este trabajo. Bueno, el resto nos lo dirá la autopsia.

—Muy bien. Buen trabajo.

—Qué raro que me digas eso —comentó Minamida con una sonrisa.

—Pero, si el asesinato fue en otro lugar, ¿por qué la trajeron aquí? —preguntó Katayama—. ¿Intentarían ganar tiempo? Aquí no suele venir nadie hasta después del desayuno.

—Puede ser... Pero no parece que quisieran esconderla —contestó Kurihara, negando con la cabeza—. De todos modos, todavía tenemos que identificarla. Oye, Katayama, ¿y el arma? ¿Lo habías visto antes?

—No.

—¿No decías que había desaparecido un cuchillo?

—Sí, pero se trataba de un cuchillo de fruta. Este no lo es.

—Ya. El caso es complicado. ¿Quién es la hija de esta mujer?

—Mari Sakurai.

—La joven a la que amenazaron. Interesante.

—Pero ella no tiene motivos.

—No estoy diciendo que ella sea la asesina, pero el asesinato podría estar relacionado con ella.

—Entiendo.

Katayama coincidía con él. No podía creer que esa mujer hubiera sido asesinada y la hubieran llevado hasta allí por casualidad.

—Entonces, ¿vamos a hablar con Mari Sakurai?

—Sí, pero más tarde.

—Parece que no quieres que la interrogue —le dijo Kurihara.

—No, no es eso. Para ella... Bueno, y para los otros cinco, este es un momento muy importante. Están muy nerviosos por el asesinato y si creen que sospechamos de ellos se volverán locos.

—Me han dicho que uno de ellos sufrió una crisis.

—Sí, Yasuto Ōkubo. Los otros, de momento, están bien... Pero muy alterados.

—¿Y tú? ¿Nadie te ha atacado todavía?

—¿A mí? No, eh... No, jefe.

—Bueno, bueno. Si te pones tan nervioso, va a costarme creerte.

Katayama recordó algo de repente.

—Por cierto. A las dos de la madrugada...

—¿Qué pasa?

Katayama le contó que había visto una pareja dándose el lote en el pasillo. Kurihara asintió.

—El director Asakura me contó que estas cosas son habituales. Tengo que informarle también a él de lo ocurrido.

—¿Vamos a interrogarlos a todos?

—Primero iremos a ver a la madre de Mari Sakurai para confirmar la identidad de la mujer. Después, empezaremos con las preguntas.

—De acuerdo.

Holmes maulló.

—¿Qué te pasa?

La gata estaba mirando la parte superior de la estantería, pero Katayama no encontró nada inusual en ella.

—¿Qué hay?

Holmes siguió maullando, mirando a Katayama con expresión desesperada. Al final, saltó al estante central y maulló mirando hacia arriba.

—¿Más arriba? ¿Dónde?

Katayama se aupó a las baldas. Junto al lugar donde antes estaba el radiocasete, había unas enciclopedias.

Justo después del terremoto colocó todos los tomos rápidamente, pero después pensó que llamaría la atención que no estuvieran ordenados alfabéticamente y los recolocó. Pero...

—No lo entiendo.

—¿Qué pasa?

—La enciclopedia está desordenada. —Katayama ladeó la cabeza—. ¡Qué raro! Yo la dejé bien colocada, en orden alfabético.

—Alguien habrá volcado la estantería. No debe ser muy estable estando encima de esta alfombra.

—Pero eso es imposible —dijo Katayama, bajando—. La estantería está anclada a la pared. No puede caerse.

—¿Entonces?

—No lo entiendo —contestó con sinceridad. Katayama era así.

Mitsuko Sakurai asintió con la cabeza.

—Sí, es ella.

—Y esta es la persona que la empujó al lago, ¿verdad? —le preguntó Kurihara, quitándole de la mano la polaroid con el rostro de la mujer muerta.

Mitsuko se movió en su asiento.

—No puedo asegurárselo.

—Pero...

—No le vi la cara. Es verdad que salí de casa porque ella me llamó, y lo lógico habría sido que ella me empujara, pero no puedo saberlo con seguridad.

—Entiendo.

—Siento no haberle hablado de ella, pero no quería que el asunto terminara en la prensa. No quería que Mari llegase a enterarse de lo ocurrido.

—Es comprensible.

—Pero ¿por qué la han matado? No lo entiendo.

—Empecemos por el principio. ¿Cómo se llamaba?

—Yo no la conocía —dijo Mitsuko, encogiéndose de hombros—. Es la verdad, no sé nada sobre ella, ni siquiera su nombre. Apareció de repente hace tres meses diciendo que Mari era su hija.

—Siento preguntar, pero...

Kurihara no terminó la frase, pensando que Mitsuko lo entendería.

—Es mentira —dijo con rotundidad—. Mari es hija mía. Puedo enseñarle el certificado de nacimiento, si quiere... —añadió mientras se levantaba.

—No, no hace falta, señora —dijo Kurihara—. ¿Por qué decía eso?

—No tengo ni idea. Tal vez... No sé, puede que Mari se pareciera a su hija fallecida o algo así. Era una mujer extraña. Perdóneme por no lamentar su muerte, pero nos hizo la vida imposible —dijo, enfadada.

—¿Y Mari? ¿Qué pensaba ella?

—Pues... Al principio le resultaba molesta. Después se concentró en el concurso y dejó de prestarle atención.

—Comprendo.

Mitsuko levantó la mirada.

—No sospecharán de ella, ¿verdad?

—No. Es posible que fuera asesinada en otro sitio y que trasladaran el cadáver a la residencia más tarde.

—Menos mal —dijo sin pensar, y añadió con expresión compungida—: ¿Están seguros de que fue asesinada?

—La prioridad ahora es averiguar su identidad —repitió Kurihara—. La noticia saldrá en los periódicos. Habrá reacciones.

—Pero no afectará al concurso, ¿verdad?

Lo que más preocupaba a Mitsuko era ese tema.

—Ahora iré a hablar con el señor Asakura. Por nosotros, pueden seguir adelante con el concurso. Así tendremos localizados a todos los implicados.

—Menos mal. Si no, tanto esfuerzo se irá por el desagüe.

Parecía que en su cabeza solo cabía el concurso.

—Entonces, ¿la mujer fue asesinada en otra parte? —preguntó Asakura después de escuchar a Kurihara.

—No estamos cien por cien seguros, pero parece posible.

—Espero que esto no afecte al concurso. A estas alturas no podemos dar marcha atrás.

—Sí, lo entendemos. Salvo que pasase algo muy grave, no haría falta cancelarlo —dijo Kurihara—. Pero tendremos que hacer algunas preguntas a los finalistas.

—Por supuesto.

—Lo haremos con mucho tacto.

—Por cierto, ¿cómo va lo de Suda?

—Al parecer no fue asesinado, así que no podemos hacer mucho más... —contestó Kurihara con ambigüedad.

—Estamos teniendo problemas sin Suda. El hombre no tenía ni idea de música, pero era muy bueno con las cuentas. En cambio, a mí se me dan muy mal.

—Usted es un artista, así que...

Asakura sonrió.

—Para dedicarse al arte, hace falta dinero.

Los seis se reunieron en el salón. No sabían qué hacer.

—Espero que no nos molesten demasiado —se quejó Machiko.

—Harán su trabajo con mucho cuidado —dijo Katayama, para consolarlos.

Estaban registrando las habitaciones por si la mujer había sido asesinada en el interior de la residencia.

Mientras tanto, nadie podía practicar. Aunque tenían sus violines, se negaban a tocar delante de sus rivales.

—¿Cuánto tardarán? —preguntó Kazumi.

—No creo que tarden demasiado.

—Pero no podemos ensayar mientras...

Parecía fastidiada.

—¿Ya domináis la nueva pieza? —les preguntó Maruyama—. Si os soy sincero, yo no.

—Yo tampoco —contestó Kazumi—. La toco, pero poco más. Estoy preocupada.

—Yo tampoco —añadió Noriko.

—Bueno, ¡qué humildes sois! Sed sinceros —exclamó Machiko—. Ya sabéis más o menos cómo es, pero todavía no habéis conseguido ver el conjunto, su estructura general. Estáis en ese punto, ¿verdad?

—Yo no —dijo Mari.

—Sí, claro. Es imposible que a ti no te salga bien.

—De verdad que no. Soy incapaz de estructurarla. Estoy desesperada.

—Tened cuidado con ella. Se le dan mejor las piezas desconocidas que los clásicos.

—¡Déjalo ya! —gritó, algo raro en Mari. Habían asesinado a una persona relacionada con ella. Era normal que no pudiera concentrarse en los ensayos.

—Por cierto... —dijo Katayama, recordando una cosa—. Os preguntarán si habéis visto algo raro, o cosas así. Por favor, contestad con sinceridad. Es muy importante para la investigación.

—Pero ¿quién iba a estar despierto a las dos de la madrugada? —preguntó Furuta.

—Al parecer sí había alguien.

Katayama les contó que había visto una pareja en el pasillo.

—Pero ¿quiénes eran? —preguntó Machiko con curiosidad.

—No pude verlos bien porque estaba oscuro.

—¡Qué intriga! —exclamó Kazumi—. ¿Quiénes serían? Seguro que uno de ellos era Furuta.

—No soy tan ligón —contestó el muchacho con una sonrisa.

Ya han pasado cinco días, pensó Katayama. El tiempo pasaba volando.

QUINTO CAPÍTULO

FINAL

1

—**E**xisten varios interrogantes —dijo Harumi.
Katayama inspiró profundamente.

—Otra vez. ¿Es que nunca aprendes? Has puesto en riesgo tu vida un montón de veces.

—Qué más da. Estoy viva todavía.

—Mientras yo esté con ella, no estará en peligro —le aseguró Ishidzu.

—Sí, claro. Pero no estás con ella las veinticuatro horas.

—Si me dejara, estaría con ella incluso veinticinco horas. Habían pasado seis días.

La policía seguía en la residencia. Mientras tanto, Katayama volvió a la comisaría para ocuparse de algunos papeleos y por casualidad se encontró con Harumi e Ishidzu.

Ishidzu propuso que comieran juntos. Katayama aceptó esperando que invitara Harumi.

Como no era plan de comer en la cafetería de la comisaría, fueron a un restaurante tranquilo.

—Ayer tomé notas.

Harumi sacó una agenda de su bolso.

—Otra vez...

—¿Qué?

—Nada, nada. Di lo que quieras.

—El primer punto no tiene nada que ver con el asesinato —dijo Harumi antes de empezar a leer—. ¿Por qué había una partitura adicional? ¿Dónde la tiene guardada Asakura? ¿Qué relación tiene con la madre de Noriko Tsuji?

—Eso ya lo sabemos.

—Me refiero a si existe algún interés más en la relación, aparte del sexual. Ese es un punto importante.

—Sí, tienes razón.

Ishidzu podía entusiasmarse con solo escuchar a Harumi dándole la receta de pollo al *curry*.

—A continuación, ¿quién atacó a Mari? Todavía no se tiene ninguna pista, ¿verdad?

—De momento, nada.

—Sobre la muerte de Suda, ¿fue asesinado o no?

—Sufrió un ataque al corazón.

—Ya, pero es posible que lo asustaran para provocarle un infarto. ¿Por qué estaba en casa de Asakura?

—Al parecer había ido a visitar a la asistente.

—Es posible que la asistente haya mentido. De ser cierto, ¿por qué se quedó allí en lugar de marcharse?

—Puede que muriera antes de marcharse.

—Es posible. Una cosa más: ¿cómo apareció de repente en el césped?

—Seguramente cayó desde arriba. No hay otra posibilidad.

—Sí, que saliera de la tierra —dijo Ishidzu.

—Claro, como si fuera cola de caballo... Bueno, supongamos que cayó de arriba: el punto donde lo encontramos no coincide con el lugar donde debería estar. Estaba justo debajo del andamio. Si hubiera caído desde arriba, estaría más alejado.

—Si murió durante la noche, es imposible que se moviera después.

—Además, yo estuve en la planta de arriba y vi el andamio. No había ningún cadáver, y estoy casi segura de que tampoco estaba allí su chaqueta.

—Porque ya estaba en el jardín.

—Imposible. Se ve desde el salón. Si hubiera habido un muerto, lo habría visto.

—Uhm. No lo entiendo.

—Uhm —lo imitó Ishidzu.

—No me copies. Ah, también hubo un incendio.

—Sí. ¿Quién lo provocó? Es cierto que el adhesivo es muy inflamable, pero no tanto como para arder solo, ¿verdad?

—Claro. En caso contrario, habría miles de incendios...

—De modo que alguien prendió fuego queriendo o sin querer: la asistente o Asakura.

—Pero ¿por qué?

—Puede que quisieran quemar algo. La partitura, por ejemplo.

—Ah, algo que no querían que la policía viera. Pero podrían haberla escondido, sobre todo en una casa tan grande.

—Sí. Quizá quisieron quemar la chaqueta.

—También habría sido fácil de esconder.

—Sí, claro, podría haberla guardado en el armario. Pero lo cierto es que la chaqueta se quemó, y el andamio también.

—No está confirmado que el incendio fuera provocado. Como ocurrió en su propiedad, si Asakura no insiste en el tema, no se investigará.

—Tampoco la muerte de Suda.

—No parece un asesinato y no podemos abrir una investigación solo porque resulte misteriosa. Además, no hemos encontrado nada que llamara la atención.

—Asakura tenía mucha confianza en él. Lo único que se me ocurre es que fuera él quien colocara los micrófonos en la residencia.

—Es posible.

—¿Habéis encontrado el resto?

—Ayer registramos todas las habitaciones para averiguar si el asesinato se produjo en alguna parte de la residencia. Les pedí que buscasen también micrófonos ocultos.

—¿Y los encontraron?

—No. No estaban. Puede que los hubieran quitado ya.

—Qué rápido.

—Además, comprobamos si había huellas en el reproductor, pero nada. No encontramos nada. Quien lo instaló, lo hizo con mucho cuidado.

—¿Será alguno de los finalistas?

—En ese caso no habrían podido instalar los micrófonos. Creo que pudo ser Suda.

—Alguien le pagó para que los colocara con la intención de utilizar más tarde las grabaciones para practicar. No es justo.

—Pero, según dijo Asakura, el tercer día nadie podría interpretar bien la nueva composición. Todos tenían el mismo nivel y encontramos el micrófono pronto, así que no habrá afectado a nadie.

—Entiendo. Aunque, si descubrieran quién lo hizo, esa persona sería descalificada del certamen.

—Seguro. ¿Algo más? ¿Ya has terminado?

—¡Qué va! Acabo de empezar —dijo Harumi, enderezándose—. Sobre el asesinato...

—¡Cómo disfrutas!

—Calla. Primero, ¿quién era la víctima?

—Estamos intentando descubrir su identidad a través de su ropa y sus pertenencias personales... Además, publicamos una foto en el periódico. Lo sabremos pronto.

—¿Es realmente la madre biológica de Mari Sakurai?

—No. Ya lo he investigado. Mari es hija de los Sakurai.

—Entonces, ¿por qué mentía la mujer? Aunque puede que ella lo creyera de verdad...

—Parecía estar convencida.

—¿Por qué? Además, apareció cuando Mari fue seleccionada para el concurso.

—Puede que alguien se lo dijera.

—Eso desequilibraría a Mari. Más tarde, esa misma mujer empujó a su madre al lago. Mitsuko Sakurai no le vio la cara, ¿verdad? Cuando la vi en el restaurante no me pareció una mujer violenta.

—Entonces, ¿crees que hay otros implicados? Esto se complica.

—¿Por qué la asesinaron?

—¿Y quién la asesinó?

—Ya, eso también está por aclarar, pero lo más importante es el porqué y el dónde. ¿Ya habéis terminado el registro de la residencia?

—Sí, estamos seguros de que no la mataron allí.

—¿Cómo se llamaba el chico que sufrió la crisis nerviosa? —preguntó Ishidzu.

—Ōkubo.

—Ah, sí. Intentó cortarse las venas, ¿no?

—Sí, en el baño. Pero su sangre no es del mismo grupo que la de la mujer.

—Ah, vale.

—Pero, Ishidzu, esa idea era buena. Si la hubieran matado allí, los restos de sangre habrían pasado desapercibidos.

—Eso había pensado —dijo Ishidzu con tristeza—. Pero con los medios científicos que tenemos ahora, es difícil engañar a la policía.

—Y eso lo dice un detective. Bueno, entonces, ¿por qué y dónde fue asesinada la mujer? ¿Y por qué trasladaron el cuerpo a la residencia?

—Puede que quieran que sospechemos de Mari Sakurai.

—Es posible. Aunque no la detengan, siendo sospechosa tendría que enfrentarse a una gran presión psicológica.

—¿Y asesinaron a una persona solo para eso?

—Ya ha ocurrido antes. Y por tonterías mucho mayores.

—¡Qué horror! —exclamó Ishidzu—. Qué falta de respeto por la vida humana.

—Si la mataron en otro lugar, debieron introducir el cadáver por algún sitio. ¿Lo sabéis ya?

—Sí. Cortaron el vidrio de una de las ventanas del salón. Fue un buen trabajo. A primera vista casi no se veía.

—Pero sería difícil meter un cadáver por la ventana... —dijo Ishidzu.

—No. Entraron y a continuación abrieron la puerta para introducir el cadáver.

—Es verdad.

—¿Y las estufas? —preguntó Harumi.

—¿Las cuatro estufas? ¡Qué calor tan horroroso había!

—Eso da igual. Mi pregunta es cómo sabía el asesino que había estufas en la casa y dónde estaban.

—Ya. Entonces debió ayudarlo alguien de dentro.

—Hay más personas implicadas.

—¿Quién?

—Suda.

—Podría ser. Él les habría guiado.

—¿Y por qué calentaron el cadáver con las cuatro estufas?

—Para cambiar la hora estimada de...

—Eso ya lo sabemos, pero no hay ningún motivo lógico para ello. ¿No hay otra posibilidad?

—Oye, que esto no es una novela ni el guion de una peli.

—Vale, entonces lo dejamos así. Y la cocinera...

—Tomoko Ichimura.

—Sí, ella. Se levantó antes de lo acostumbrado y el asesino no pudo guardar las estufas. Pero pensad: tiene que haber una razón que justifique que quisieran cambiar la hora de la muerte.

—Para crear una coartada.

—Exacto. En ese caso, el asesino debe tener un testigo que confirmará dónde y qué estaba haciendo a esa hora.

—Sí. Supongamos que la mujer murió a las dos de la madrugada y que el asesino quiere hacer creer que murió a las doce o la una porque a esa hora tiene coartada.

—Es decir, que imaginaba que sospecharían de él cuando identificaran a la mujer.

—¡Qué bueno! Por tratar de manipularnos, se ha quitado la máscara. Cuando identifiquen a la mujer, la sospecha caerá sobre él e intentará usar su coartada.

—No lo tengo claro. Creo que se habrá dado cuenta de que olvidó guardar las estufas.

—Ah, sí. ¡Mierda!

—Además... Oh, el misterio de la enciclopedia.

—Sí. No entiendo por qué estaba desordenada.

—Puede que no tenga nada que ver con el caso, pero es mejor tomar nota.

—Los finalistas no usan la enciclopedia.

—Y, de haberla necesitado, habrían sacado un tomo que guardarían antes de consultar el siguiente, ¿no? No habrían cambiado el orden.

—Entonces, los sacaron todos. ¿Para qué?

—¿Y el resto de libros? ¿Estaban en su lugar?

—No tengo ni idea. Durante el terremoto se cayeron todos y los guardé al azar. Si hubieran cambiado de lugar, no me habría dado cuenta.

—Ya. Bueno, ¿para qué sirven los libros?

—Sirven como almohadas —contestó Ishidzu rápidamente.

—¿Una enciclopedia? Yo no podría dormir bien con eso. Son demasiado duras. Si la aprovechara, sería por su peso.

—Por su peso... —Harumi asintió con la cabeza—. Puede ser.

Los tres se callaron un rato. Katayama inhaló profundamente y dijo:

—Tengo que volver. Mañana es el último día. Espero que esto acabe sin más contratiempos.

—¿No tienes más preguntas? —dijo Harumi, mirando su agenda.

—Creo que ya tenemos suficientes —contestó Katayama con una sonrisa forzada—. Por cierto, ¿qué hacías en comisaría?

—Por el caso Suda. No hay otro.

—¿Y tú, Ishidzu?

—Por el caso Suda. No hay otro.

—¡Qué capullo! —exclamó Katayama, riéndose—. Me marchó. Puede que ya tengamos el resultado de la autopsia.

—Yo también voy —dijo Harumi. Y, como Katayama imaginaba, Ishidzu añadió:

—Y yo.

—Haced lo que queráis —dijo Katayama.

—¿No hay nada interesante? —preguntó Kurihara. Minamida se encogió de hombros.

—El asesino no ha tenido la cortesía de dejarnos una bala.

—Joder, ¡qué gracia! Ni una huella en el cuchillo. ¿Y el cadáver no tiene nada extraño?

—Nada. Ni un tatuaje misterioso, ni ojos en la espalda.

No sabía si Minamida lo decía en serio o bromeando.

—Por cierto, ¿se sabe ya qué era el polvo que había junto al cadáver? —le preguntó Katayama.

—De momento, no —dijo Minamida, negando con la cabeza—. Había muy poco, pero no es heroína ni ningún otro tipo de droga. No era un producto químico.

—¿Entonces?

—Cuando lo sepa, te lo diré.

Minamida se marchó bostezando.

—Qué te iba a decir... —empezó Kurihara—. ¿Está aquí tu hermana?

—Sí. Está en el pasillo.

—Menos mal. Esta mañana me ha llamado Asakura.

Katayama se puso serio. Sabía que Asakura era un mujeriego.

—¿Qué dice?

—Que quiere hablar con ella. Quiere que vaya a verlo.

—¿Harumi?

—Sí. Pero no a su casa, sino a la sede de la Nueva Orquesta Filarmónica de Tokio.

—De acuerdo. Se lo diré.

—¿Vas a volver a la residencia?

—Creo que sí.

—Solo queda un día. No creo que pase nada más.

Katayama no estaba tan seguro.

—Estaré alerta.

—Sí, por favor. Ah, ¿por qué no vas con tu hermana a ver a Asakura y le explicas cómo estamos?

—De acuerdo.

—Más o menos, ¿vale?

Katayama salió al pasillo y se lo contó a Harumi.

—Vale. ¿Nos vamos ya?

—Asakura es un ligón —dijo Ishidzu con el ceño fruncido.

—No te preocupes, estaré bien. Ishidzu, ¿por qué no regresas a la biblioteca?

—Sí... —dijo Ishidzu de mala gana—. Ten cuidado, por favor.

—Ya lo sé.

—Mantén una distancia de al menos cien metros.

—Entonces, ¿cómo vamos a hablar? —replicó Harumi con una sonrisa.

Empujaron una puerta en la que decía «Nueva Orquesta Filarmónica de Tokio» y encontraron a Kazuyo Michihara, la secretaria, bostezando.

—Ay, perdón —dijo como si nada—. ¿Qué queréis?

—Hemos venido a ver al señor Asakura.

Justo en ese momento, el director abrió la puerta del fondo.

—Ah, habéis venido los dos. Pasad, por favor —dijo con una sonrisa.

Sobre la mesa había un montón de papeles.

—Estoy a punto de rendirme. No sirvo para estas cosas —dijo con un gesto de derrota—. Esto es mucho más difícil que dirigir una orquesta.

Katayama le explicó el estado de la investigación. En realidad, no había mucho que contar. Como Harumi había dicho antes, había muchos enigmas pero ninguno resuelto.

—Así que... Bueno, a lo largo de hoy puede que tengamos novedades.

—Muchas gracias. Solo queda un día. Por favor, cuida de los chicos.

—De acuerdo.

—Por cierto...

Justo cuando Asakura iba a decir algo, entró Kazuyo Michihara. Les sirvió té y se marchó.

—Me gustaría pedirle un favor a tu hermana.

—Si puedo ayudarte...

Asakura sacó un bolso grande de un cajón del que extrajo un libro muy grueso.

—Por favor, guárdame esto.

—Pero si es...

Harumi pasó las páginas. Era una partitura.

—Esta es la partitura de la nueva composición del certamen —dijo Asakura.

—Pero solo había siete copias...

—¿Esta es la de Ōkubo? —le preguntó Harumi.

—No. La suya ya la hemos eliminado. Esta va aparte.

—Entonces, ¿había ocho?

—A eso voy. Yo quería y encargué siete. El pedido se hizo de modo confidencial, pero al parecer alguien llamó más tarde para pedir una copia más.

—¿Quién fue?

—No tengo ni idea. Dicen que dio mi nombre y que era la voz de un hombre.

—Entonces...

—Puede que fuera Suda, porque él conocía la imprenta. Pero, sea como sea, hay que evitar que alguien la robe.

—¿Y por qué no la destruye?

—Ya lo había pensado. Cuando hice el encargo no imaginé que pasarían tantas cosas. Se ha cometido un asesinato y, aunque solo queda un día, es imposible prever lo que va a pasar. He pensado que es mejor guardar esta copia por si alguna otra desaparece o se estropea.

—Entiendo. Como repuesto.

—Exacto. Pero, si la guardo en mi casa, temo que intenten robarla. No suele haber nadie durante las noches, pues salgo con frecuencia. Por eso se me ocurrió pedirte ayuda.

—Será un placer ayudarte —dijo Harumi.

—Te lo agradezco mucho. En fin, tengo que marcharme a Narita para buscar a Stanwix.

—¿Llegará hoy? Qué ilusión, ¿verdad?

—Si os apetece, os daré invitaciones para la final.

—¡Claro que sí!

Salieron del despacho con Asakura.

Una joven estaba discutiendo con Kazuyo Michihara.

—Como ya le he dicho, no puedo hacer nada —dijo Kazuyo con cara de fastidio.

—¿Qué pasa, Michihara? —le preguntó Asakura.

—Señor, esta joven...

—Me llamo Yuriko Hamao —se presentó, mirando a Asakura. Por su forma de vestir aparentaba unos dieciocho años.

—¿Qué quieres?

—Estoy buscando a mi madre.

—Esto no es una comisaría —contestó Asakura, molesto—. Aunque da la casualidad de que ahora mismo hay un detective con nosotros.

—No se trata de eso —dijo la muchacha con seriedad—. Mi madre vino aquí para solicitar el puesto de cocinera.

—Ah. Pero la cocinera que tenemos se llama Ichimura...

—Ella me dijo que iba a venir aquí.

—Es cierto —dijo Kazuyo Michihara—, su madre estuvo aquí.

—¿Y?

—El señor Suda decidió contratarla, pero nos llamó al día siguiente diciendo que no trabajaría con nosotros.

—¿De verdad? —preguntó Yuriko Hamao.

—Sí. Por esa razón contratamos a la señora Ichimura, que vino después.

—¡Qué raro! Tenía mucha ilusión por trabajar aquí.

—Siento interrumpir —dijo Katayama, dando un paso adelante—. Soy de la policía. ¿Tu madre ha desaparecido?

—Así es. —La muchacha asintió con la cabeza—. Mi universidad está lejos, así que estoy en una residencia. Mi madre vive sola, pues mi padre falleció. Me contó muy contenta que iba a presentar la solicitud porque tenía mucho tiempo libre y además le gusta la música.

—Comprendo.

—Ayer llegué a casa y mi madre no estaba. Pensé que estaría en la residencia del concurso, pero me extrañó que no me hubiera llamado. Como vive sola, cuando se va unos días siempre me avisa.

—Tal vez se haya ido de viaje...

—Al entrar supe que no se trataba de eso. Había dejado todo como si fuera a volver el mismo día. Había tazas sucias en el fregadero y no se había llevado la maleta. Luego pregunté a sus vecinos y me dijeron que llevaban una semana sin verla. Así que empecé a preocuparme...

—Y por eso has venido aquí.

—Claro.

—Pero ella rechazó el puesto. Puede que haya tenido algún accidente...

—Hermano —dijo Harumi—, ¿por qué no te informas?

—Sí, claro. Espera un momento.

—Gracias —dijo Yuriko Hamao, inclinando la cabeza.

Katayama pidió el teléfono y Asakura se marchó.

—¿Cómo se llama tu madre?

—Kyōko Hamao.

—¿Físicamente cómo es? ¿Sabes qué ropa llevaba?

—Tal vez llevara un traje gris. Cuando tiene que ponerse un poco más formal de lo habitual suele llevar ese traje. Además, no lo he visto en su armario.

—¿Tiene alguna marca? La cicatriz de una operación, o una quemadura.

—No —contestó la chica, y empezó a llorar. Harumi le rodeó los hombros con el brazo para consolarla.

—No te preocupes. Puede que esté en el hospital y que por eso no haya podido llamarte.

—Lo siento.

La chica siguió llorando.

Harumi miró fijamente a su hermano para que tuviera más tacto al preguntar.

Katayama tosió ligeramente.

—¿A qué se dedica tu madre? ¿En qué trabajaba?

—Hasta hace poco fue cocinera en casa de un político. Cocina muy bien, por eso se animó a traer aquí su currículum.

—Entiendo.

El detective recordó entonces que alguien había dicho «Es cocinera» hacía poco.

¿De qué me suena esa frase? ¿Quién la dijo, y dónde?

—Hermano, estás en las nubes —dijo Harumi—. ¡Llama ya!

—Ah, sí. Ahora mismo.

Katayama levantó el teléfono tan rápidamente que el auricular se le resbaló de la mano y cayó al suelo con estrépito, pero no se rompió.

—El que rompe, paga —dijo Kazuyo Michihara, mirándolo fijamente.

—Lo siento, se me ha resbalado —dijo Katayama. Contuvo el aliento. *¡Ah! Aquella mano...*

Era Minamida. Él fue quien dijo que era la mano de una cocinera.

—¿Hermano? —le preguntó Harumi—. ¿Qué te pasa?

Katayama se giró para mirar a Yuriko Hamao.

—Ven conmigo.

Imaginando el escenario que iban a vivir en breve, a Katayama le dolió el corazón.

2

—¿Lo has comprobado? —le preguntó Nemoto.

—Sí. He estado a punto de desmayarme.

—Ya me imagino... Al verle la cara aplastada.

—Creo que se parece físicamente, incluso en las manos, pero es difícil asegurarlo. Hemos pedido a su dentista que compare su dentadura con su historial.

Harumi salió rodeando los hombros de Yuriko Hamao con el brazo y a continuación salió el dentista, también pálido.

—¿Qué opina, doctor? —le preguntó Katayama.

—Es la señora Kyōko Hamao.

—¿Está seguro?

—Aunque olvide sus caras, un dentista no olvida nunca los dientes de sus pacientes —contestó el hombre con una sonrisa triste—. Además, había venido a menudo últimamente. Es ella.

Yuriko Hamao se derrumbó en una silla y se echó a llorar, desolada. Nadie se atrevía a decir nada.

El detective Nemoto se acercó a la joven.

—Lo siento mucho —le dijo.

—¡Qué desgracia! ¡Qué...!

—El nombre completo de tu madre era Kyōko Hamao, ¿verdad? ¿Qué edad tenía? ¿De dónde era? —le preguntó, intentando distraerla de su dolor con el papeleo.

—Sí. Ya estoy bien. Lo siento —contestó Yuriko Hamao. Era una muchacha fuerte.

—¿Tenía algún enemigo?

—No lo creo. Era generosa y atenta. Todo el mundo la quería. —Permaneció en silencio un rato y añadió—: Yo no lo sabía todo sobre su vida, y a veces discutíamos, pero no puedo creer que alguien la odiara tanto como para asesinarla.

—Entiendo. ¿Tienes algún familiar con quien puedas quedarte?

—Un tío. Vive en Nagoya.

—De acuerdo. Ven por aquí, por favor. Ahora lo llamaremos.

Yuriko Hamao se marchó con Nemoto. Katayama y Harumi se miraron.

—Tenía una palabra escrita en la mano con rotulador: «Stanwix» —dijo Katayama.

—¿Tú qué opinas?

—¿Sobre este asesinato?

—Sí. Si la motivación hubiera sido el robo, no le habrían aplastado la cara.

—No querían que fuera identificada.

—Pero ¿por qué?

Katayama se quedó pensando.

—¿Crees que puede estar relacionado con el concurso? Si es así...

—Parece que estás pensando lo mismo que yo —dijo Harumi—. La asesinaron porque iba a ser la cocinera de los finalistas...

—Estás especulando.

—Especular es gratis, ¿no? Pero, si fuese así, sospecharía de... —Se detuvo para pensar—. Sospecharía de la cocinera actual: Tomoko Ichimura.

—Anda ya —dijo Katayama, negando con la cabeza.

—No podemos descartar a nadie. ¿Pudo ella colocar los micrófonos?

—Vale. Lo comprobaremos. Pediré que la investiguen —dijo Katayama, como si estuviera cansado—. Madre mía, este asunto no deja de complicarse.

—Eso quiere decir que nos estamos acercando a la meta.

—Eso espero —dijo con recelo—. Pero, en ese caso, Suda no habría tenido nada que ver con el tema de los micrófonos.

—¿Por qué?

—Aunque hubiera aceptado un soborno, Suda no habría tenido que asesinar a Kyōko Hamao puesto que podía contratar a quien quisiera.

—Es verdad. No había caído.

—Todo esto es un lío —dijo Katayama.

Cuando entró en la residencia oyó música de instrumentos de cuerda. Iba a dirigirse hacia el sonido cuando un agente de policía salió de la biblioteca y se dirigió a él.

—¿Es usted el señor Katayama? —le preguntó—. Estaba esperándole. Ya me voy, entonces.

—Gracias. ¿Algo de lo que informar?

—Nada especial.

—Vale. Ya me ocupo yo.

—Muchas gracias.

Katayama se despidió del policía, cerró la puerta con llave y se dirigió al salón, donde seguía sonando una melodía.

Con unos acordes preciosos, acababa de terminar un dúo de cuerda formado por Furuta y Maruyama. El público lo conformaban las cuatro chicas, que aplaudieron.

¿*Qué habrá pasado?*, pensó Katayama.

—Ah, Katayama...

Mari Sakurai se percató de su llegada y se levantó.

—Qué bien estáis.

—Las chicas se aprovechan de nosotros —dijo Furuta.

—Me pone nervioso tocar delante de cuatro bellezones las piropeó Maruyama.

Las chicas se rieron y también se oyó un maullido.

—Ah, ¿tú también estás aquí, *Holmes?*

—Se queja porque no somos cuatro bellezones sino cinco —dijo Noriko.

—Puf, tanta tensión me ha dado hambre —dijo Maruyama—. Ostras, todavía queda media hora para la cena.

—¡Qué envidia me das! —exclamó Kazumi—. Yo no tengo apetito...

—¡Normal! —replicó Noriko, riéndose—. ¡Si te has comido medio plato de galletas!

El ambiente era agradable.

—¿Y a ti qué te importa? —contestó Kazumi, de broma.

Aunque solo quedaba un día para la final, estaban bastante relajados.

¿*Están así porque han practicado mucho y los ensayos les han hecho ganar confianza?* ¿*O solo están fingiendo?*, pensó Katayama.

—Menos mal que has vuelto —dijo Mari, sentándose a su lado—. ¿Cómo está mi madre?

—No te preocupes. Mi jefe, Kurihara, dice que no piensa en otra cosa que no sea el concurso.

—Ella es así. —Mari sonrió aunque parecía algo triste—. A veces me pregunto si me seguiría queriendo si ya no pudiera tocar el violín.

—No digas eso.

—Está tan obsesionada que me hace planteármelo. A veces, cuando toco, pienso que estoy poseída por su espíritu.

—Parece una película de terror. Pero a ti te gusta el violín, ¿verdad?

—Sí, me gusta, pero no sé qué haré después del concurso. Me gustaría estar sola. O con mi pareja, los dos solos...

Mari miró a Katayama con ojos lacrimógenos. El detective se levantó rápidamente.

—Uy, tengo que hacer una llamada —dijo, y se marchó del salón. Cuando iba a subir las escaleras, Tomoko Ichimura salió de la cocina.

—Ah, señor Katayama, vamos a cenar ya.

—Muy bien. Voy a hacer una llamada. Que empiecen sin mí, por favor.

—De acuerdo.

Katayama creía que aquella mujer podía ser la asesina. Tomoko Ichimura caminó un par de pasos hacia el salón y se detuvo.

—Perdone...

—¿Qué pasa?

—¿Cree que atraparán al asesino?

—Eso espero.

—Aunque parecen estar pasándose bien, en realidad están todos muy nerviosos. Ojalá pudieran disfrutar del concurso sin preocuparse de nada más.

—Haremos todo lo que podamos.

—Discúlpeme por entretenerlo, pero...

—¿Algo más?

—¿Apareció el cuchillo de fruta?

—No, pero es lógico, esta casa es enorme.

—Es verdad. La cuestión es que, desde que Ōkubo intentó suicidarse, ese tema me preocupa.

—¿Cree que alguien se lo llevó pensando en suicidarse?

—No, pero no estoy tranquila.

—No es culpa suya. No se preocupe.

—Muchas gracias. Siento haberle entretenido.

Tomoko Ichimura entró en el salón y Katayama subió a su dormitorio.

¿Por qué quería hablar conmigo?, pensó. Como sospecho de ella, ahora recelo de cualquier cosa. Debo controlarme.

La llamada telefónica había sido una excusa para escapar de Mari, pero decidió hacerla para ver si habían descubierto algo nuevo.

—¡Ah, Katayama! —exclamó Kurihara con alegría—. Iba a llamarte ahora mismo.

—¿Habéis descubierto algo?

—Hemos identificado el cadáver. —Se oyó sonido de papeles, como si Kurihara estuviera buscando una nota—. Su nombre era Taeko Obata. Desde la muerte de su única hija estuvo ingresada varias veces en un hospital psiquiátrico. Su marido había fallecido anteriormente, por lo que no tenía familia cercana.

—¿Ya está confirmado?

—Una pariente lejana vio la foto en el periódico y se puso en contacto con nosotros. Después, comprobamos que era la misma persona. Al parecer, había confundido a varias jóvenes con su hija.

—O sea, que habría sido fácil convencerla de que Mari era su hija, ¿verdad?

—Puede ser.

—¿Y tenemos alguna pista sobre quién la puso en contacto con Mari?

—Eso no será fácil. Taeko Obata vivía sola. Su familiar nos ha dicho que no la había visto desde hacía más de un año. Tampoco se relacionaba con los vecinos, pero estos dicen que los tres últimos meses parecía más animada.

—Los tres últimos meses... Coincide con la fecha en la que Mari Sakurai se inscribió en el concurso.

—Alguien le dijo que Mari Sakurai era su hija y eso le dio una nueva ilusión a su vida.

—Debemos descubrir quién se lo dijo...

—Ya. Nos costará averiguarlo. El asesino es inteligente. Los vecinos dicen que no vieron nunca a nadie.

—Ya veo.

Katayama había esperado que alguien conocido estuviera relacionado con ella.

Entonces, ¿por qué calentaron el cadáver? Si no hay ningún sospechoso obvio que necesite una coartada, si las estufas no estaban allí para manipular la hora estimada de la muerte, ¿para qué las pusieron?

—Sobre Tomoko Ichimura no hemos encontrado nada. Espero recibir un informe mañana. Te llamaré.

—De acuerdo.

—¿Qué tal por ahí?

—Nada especial, de momento —dijo Katayama.

La cena fue agradable.

Maruyama contó algunas historias divertidas de su localidad natal y las chicas estaban contentas.

En el descanso después de la cena, Katayama y Mari se quedaron solos; los demás se habían ido a sus habitaciones para practicar. Mari tenía a Holmes en el regazo y le acariciaba la cabeza.

—¿Se sabe ya algo sobre esa mujer?

—Sí. No he dicho nada porque me parecía un tema desagradable para tratar durante la cena, pero...

Katayama le contó lo que sabía de Taeko Obata. Mari se entristeció.

—Así que esa mujer no tenía nada que ver contigo. Alguien le metió la idea de que eras su hija en la cabeza.

—Y ella se lo creyó. Pobre —dijo Mari, con un suspiro—. ¿A quién podría habersele ocurrido algo tan horrible?

—No te preocupes. Lo detendremos, seguro.

Era raro que Katayama prometiera algo así. *Holmes* lo miró con curiosidad.

—¿Qué pretendía el asesino?

—No lo sé...

—¿Es el mismo que intentó herirme mientras corría? ¿La asesinó para que me retirara del concurso?

—No podemos saberlo.

—Pero, en ese caso, ¿por qué no me ha matado a mí? Es un cobarde.

—No pienses en eso —le dijo Katayama. *Holmes* lamió la mano de Mari.

—Oh, ¡qué amable eres! Pero tu lengua es muy áspera y me hace cosquillas —dijo Mari, riéndose—. De no ser por ti y por esta gatita, quizá habría acabado como Ōkubo. ¿Cómo está?

—Los cortes no eran tan graves como para que peligrara su vida. He hablado con él un poco por teléfono. Me ha dicho que se siente mucho mejor.

—Me alegro de que esté mejor. Es irónico: la música debería relajarnos, pero en nosotros el efecto es todo lo contrario. A Ōkubo lo volvió loco. Puede que la única persona normal fuera él.

—¿Y tú?

—Creo que estoy un poco loca. Soy capaz de trabajar en la partitura todo el día.

—En ese caso, el trabajo de un detective también es cosa de locos, pues somos capaces de estar todo el día pensando en un cadáver o en un asesino.

Mari sonrió.

—Sinceramente, estos días he llegado a pensar que estoy volviéndome loca. Estaba muy agobiada porque no conseguía dominar la nueva pieza. He tardado mucho en saber cómo interpretarla. A veces me daban ganas de romper la partitura.

—¿En serio?

Katayama no entendía qué dificultad había en interpretar una obra, ya que pensaba que se podía tocar tal y como estaba escrita en la partitura.

—Pero esta mañana, de repente, conseguí ver la estructura. ¡Qué felicidad! Me puse muy contenta.

—Me estás hablando de otro mundo. Alguien ordinario como yo no puede comprender algo así.

—Creo que me irá bien. No sé si ganaré, pero lo haré lo mejor que pueda.

—Yo estaré en la final.

—Sí, por favor.

—Intentaré estar despierto cuando toques.

—¿Estás bromeando?

Mari se rio. Al verla sonreír, Katayama se tranquilizó.

El detective estaba roncando.

Harumi solía decirle que roncaba muy fuerte, pero él insistía en que nunca roncaba.

Holmes, que estaba a sus pies, lo miró como si quisiera pedirle que se callara. Cuando volvió a acurrucarse, sus oídos captaron un ligero ruido. Levantó las orejas.

La gata se acercó a la cara de Katayama y le tocó la mejilla sin sacar las garras.

—Uhm...

No se despertaba. *Holmes* le maulló en la oreja.

—¿Qué? ¿Qué pasa? Ah, eres tú, *Holmes*. No me asustes.

Holmes estaba ya cerca de la puerta, maullando.

—¿Hay alguien? Espera.

Bostezando, el detective se puso una bata. Abrió la puerta y miró el pasillo. Aquella noche no había ninguna pareja.

La gata bajó las escaleras corriendo y el detective la siguió.

—¿Has oído algo abajo?

Se detuvo delante de la puerta del comedor.

—¿En el comedor?

En el comedor no había nadie, pero la luz de la cocina estaba encendida. *Holmes* se dirigió rápidamente a la puerta, que estaba entreabierta.

Puede que alguien haya bajado a picar algo, pensó Katayama mientras abría la puerta.

—Hola, detective —dijo Furuta con una sonrisa. Estaba bebiendo leche—. Cuando practico por la noche, me entra hambre. ¿Tú también tienes hambre?

—No, es que he oído algo.

—Ah, perdón. La cocina estaba a oscuras y buscando el interruptor se me cayó una olla. Debió ser eso.

—Puede ser —dijo Katayama—. Mañana es el último día. Estoy deseando que acabe ya, y que no pase nada más.

—Opino igual. ¿Quieres beber algo?

—No, gracias. Volveré a la cama.

De repente se abrió la puerta de la habitación de Tomoko Ichimura.

Era Noriko, vestida solo con el camisón.

—¿Qué pasa? —le preguntó Furuta, sorprendido. *Holmes* entró en el dormitorio.

—La señora Ichimura... La señora... —tartamudeó Noriko. Estaba pálida y tiritaba. Katayama entró. La cama estaba deshecha pero no había nadie en ella. *Holmes* maulló.

La puerta del cuarto de baño no estaba cerrada del todo.

Katayama abrió la puerta despacio.

Tomoko Ichimura estaba derrumbada sobre la bañera, envuelta en una toalla y con el pecho ensangrentado. Junto a la bañera había un cuchillo: el cuchillo de fruta.

El detective dio un paso atrás.

—¡Holmes, ayuda!

Katayama se desmayaba cada vez que veía sangre; *Holmes* maulló con fuerza y eso lo ayudó a despabilarse.

—Va... Vale. Quédate aquí y vigila que no entre nadie.

Salió del dormitorio de la cocinera y vio algo que no esperaba: la pálida Noriko estaba abrazada a Furuta. En una situación así parecían haber dejado de lado sus desavenencias.

—Detective...

—La señora Ichimura está muerta. Marchaos a vuestras habitaciones o quedaos en el salón.

—Sí...

Furuta asintió con la cabeza y salió de la cocina rodeando los hombros de Noriko. Katayama se bebió un vaso de agua y fue a su dormitorio para hacer una llamada.

¡Mierda! Solo quedaba un día más, pensó.

Al abrir la puerta, se quedó boquiabierto: Kazumi estaba sentada en su cama, en camisón, llamando por teléfono.

—Sí, estoy bien. Al oírte me quedo más tranquila. Sí. Haré lo que pueda. Tengo que colgar, mamá. El detective acaba de volver y parece muy enfadado. Buenas noches.

—¿Cómo has entrado? —le preguntó.

—La puerta estaba abierta.

Era verdad. Como había salido corriendo, no se le había ocurrido cerrar la puerta con la llave.

—He venido para pedirte que me dejaras hacer una llamada, pero la puerta no estaba cerrada y no había nadie, así que... ¿Dónde estabas? ¿Con Mari?

—¡Ya está bien!

—Ay, lo siento.

—¿No sabes que está prohibido llamar por teléfono?

—¿Vas a chivarte? Si lo haces, me romperé el camisón y diré que intentaste...

—¡Basta! Déjalo ya. ¡Vete a tu cuarto! —gritó.

—Voy, voy. Buenas noches.

Katayama colgó el auricular y pensó que esa noche no iba a ser buena.

Era un día muy frío y lluvioso.

Como Tomoko Ichimura había fallecido, nadie había preparado el desayuno. Aunque los finalistas no tenían apetito, no podían quedarse en ayunas, de modo que Katayama pidió permiso a Kurihara para llamar a Harumi. Era muy temprano y la muchacha se quejó porque la hubiera despertado, pero en cuanto se enteró de que se había producido un asesinato, se despejó y llegó a la residencia en solo una hora.

—¡Qué frío! ¿Estás bien, hermano? ¿No te has desmayado?

—No había nadie más aquí, así que aguanté. Por favor, prepáales algo para desayunar. No pueden entrar al comedor, de modo que lo tomarán en el salón.

—De acuerdo, no te preocupes.

Harumi estaba quitándose el abrigo cuando Mari bajó por las escaleras. Parecía cansada.

—Harumi, me alegro de que hayas venido. No puedo más.

—No digas eso. Mañana es la final.

—Creo que no podré aguantar...

—No digas eso. Claro que puedes —insistió Harumi, y preguntó a Katayama—: Oye, ¿sabes si puedo usar la cocina?

—Sí. Se lo he dicho al jefe.

—Vale. Mari, ¿me ayudas? Voy a preparar el desayuno.

—Sí, pero... —Mari se quedó pensativa—. Yo no sé cocinar. Mi madre nunca me ha dejado acercarme a la cocina por miedo a que me corte o me quemé las manos.

—¿No sabes hacer nada?

—Bueno, sé hacer huevos pasados por agua y huevos fritos.

—Y tostar pan, ¿verdad? O untarle mantequilla. ¿Te parece?

—No sé yo... —contestó con una sonrisa.

—Harumi no sabe cocinar mucho más —dijo Katayama. Su hermana le dio un fuerte pisotón—. ¡Ay!

—Bueno, ¿vamos, Mari?

Las dos muchachas entraron en la cocina.

Entonces llegó el detective Nemoto.

—Oye, Katayama. ¿Por qué vas a la pata coja?

—Eso no es asunto tuyo. ¿Qué tal vais?

—Minamida está examinando el cadáver. No para de quejarse porque lo hemos despertado de madrugada. ¿Tú crees que al final se celebrará el concurso?

—Eso mismo estaba pensando. El señor Asakura ya ha sido informado, ¿verdad?

—Creo que lo ha llamado Kurihara.

—Bien.

—Si el asesino es uno de los finalistas, el escándalo será mayúsculo.

—Yo lo que no sé es si los chicos aguantarán la presión hasta mañana —dijo Katayama.

Cuando entraron al comedor, vieron a Minamida y Kurihara saliendo de la cocina. El forense estaba comiéndose un sándwich.

—¿Te has traído el desayuno? —le preguntó Nemoto.

—Me lo acaban de dar.

—Vienes de estar con un cadáver, ¿cómo puedes comer? —le preguntó Kurihara.

—Si perdiéramos el apetito cada vez que vemos un cadáver, los forenses nos moriríamos de hambre.

—¿Qué conclusiones has sacado?

—Parece que la han apuñalado pero...

—¿No es así? —preguntó Kurihara, sorprendido.

—Sí, sí la han apuñalado —contestó Minamida, y se dirigió a Katayama—: Pero no he encontrado nada que me llame la atención. ¿A qué hora la encontraste?

—A la una de la madrugada, más o menos —dijo Katayama.

—Yo diría que la asesinaron media hora antes. Murió en el acto.

—¿El asesino se habría manchado de sangre?

—Creo que no. Como mucho, se manchó las manos.

—¿Y las huellas? —le preguntó Nemoto.

—En el cuchillo no había. ¿Es el mismo que desapareció?

—Supongo que sí, aunque no lo vi antes de que desapareciera.

—Puede que alguien lo haya tenido guardado. Menudo incordio de asesinato.

—Estoy seguro de que el asesino es alguien de aquí. Además, la puerta estaba cerrada con llave.

—Entonces, ¿no se celebrará la final?

—Más tarde vendrá el señor Asakura para hablar.

—El asunto se ha complicado.

—Tengo una buena idea —dijo Nemoto—. Diremos que has sido tú y así se celebrará la final.

—¡Nemoto! —exclamó Katayama, mirándolo fijamente.

Entonces apareció Harumi.

—Hermano, mira esto.

—¿Qué pasa?

Harumi tenía un cuchillo de fruta.

—Se parece al otro. ¿Dónde estaba?

—En el escurrerplatos. Imagino que se coló entre las rejillas. Iba a tirar el agua del fondo cuando lo encontré.

—Es decir, que este es el cuchillo que Tomoko Ichimura creía que había desaparecido. Pero entonces no lo robaron. Puede que se cayera durante el terremoto.

—En ese caso, el arma del crimen fue otro —dijo Kurihara.

—Pero aquí solo había un cuchillo de ese tipo —dijo Mari desde la puerta.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Kurihara.

—Ayer vine a la cocina a por un café y la señora Ichimura estaba pelando una manzana con un cuchillo grande. Dijo que era muy incómodo, pero que no encontraba el cuchillo de fruta.

—Si me lo hubiera dicho, habría ido a comprarle uno nuevo —dijo Katayama, aunque él siempre pedía a Harumi que le hiciera sus recados.

—Dijo que ya había pedido uno pero que, como solo quedaban dos días, aguantaría.

—Pues nada —dijo Minamida, bostezando—. Aquí os quedáis. Me voy a casa a dormir.

Y se fue.

Los finalistas estaban en el salón, comiendo los sándwiches que Harumi y Mari habían preparado. Parecían preocupados.

—No lo entiendo —dijo Mari—. ¿Por qué han asesinado a la señora Ichimura?

—Porque ella había instalado esto en vuestras habitaciones —dijo Kurihara, entrando al salón. Llevaba una bolsita de plástico en la mano en cuyo interior había unos pequeños cubos blancos.

—¿Qué son? —preguntó Machiko.

—Micrófonos inalámbricos de última tecnología.

—¿Estaban en nuestras habitaciones? —dijo Kazumi con sorpresa—. ¿En serio? Eso es imperdonable.

—Como el detective Katayama encontró el receptor, Tomoko Ichimura recuperó los micrófonos enseguida.

—Pero ¿cuándo los puso? —preguntó Mari.

—Los de la constructora dicen que pidió permiso a Suda para visitar la residencia durante las obras.

—O sea, que lo tenía planeado desde el principio —dijo Kazumi, enfadada—. ¿Quién se lo pidió?

—Lo siento, pero de momento no lo sabemos —dijo Kurihara con una sonrisa. Los asesinatos lo ponían de muy buen humor.

—Por muy reprochable que fuera lo que hizo, fue asesinada. ¿Quién es el asesino? Ante esas palabras, todos se quedaron callados.

—Furuta, eres tú, ¿verdad?

—¿Qué?

—Cuando el detective entró en la cocina, ¿qué estabas haciendo?

—Yo... Estaba tomando un vaso de leche.

—Viste salir a Noriko del cuarto de Tomoko Ichimura, ¿verdad? ¿No la viste entrar?

—Pues...

Furuta, que siempre parecía tan arrogante, no sabía qué decir.

—Yo lo explicaré —dijo Noriko.

—Bien.

—Oye... —dijo Furuta, mirándola.

—No te preocupes. No voy a seguir ocultándolo.

—¿De qué estáis hablando?

Noriko se encogió de hombros.

—Furuta y yo estamos casados —confesó.

Los demás se quedaron boquiabiertos.

—¡Pero si siempre estáis discutiendo! —exclamó Kazumi.

—Queríamos ocultar nuestra relación —añadió Furuta con una sonrisa forzada—.

Como las normas dicen que no se puede hablar sobre la interpretación, pensamos que si se sabía que estamos casados, no nos dejarían participar. Decidimos que, mientras estuviéramos aquí, no hablaríamos. No queríamos llamar la atención, así que discutimos el primer día para que no resultara sospechoso que no habláramos a partir de entonces.

—¡No me lo puedo creer! Fue a vosotros a quien vi en el pasillo aquella noche —dijo Katayama.

—Hemos estado viéndonos por las noches —respondió Noriko.

—Nos engañasteis a todos —añadió Mari con alegría—. Jamás me lo hubiera imaginado, de verdad.

—Espero que no nos descalifiquen por esto —dijo Furuta.

—Veamos qué dice el señor Asakura —comentó Kurihara—. ¿Por qué estabais en la cocina?

—Íbamos a tomar un café.

—Tenemos la costumbre de tomar un café antes de ir a la cama —lo interrumpió Noriko—. Bajamos, pero se me cayó una tetera e hizo un ruido terrible. Nos preocupaba que nos pillaran, pero como la señora Ichimura no apareció, puse el agua a hervir. De repente oímos los pasos del detective y no supimos qué hacer. Corrí a esconderme en la habitación de la señora Ichimura. Al entrar, no la encontré en la cama; la puerta del cuarto del baño estaba entreabierta y había luz, pero no se oía nada, así que fui a ver...

—Entiendo. Cuando entrasteis al comedor o a la cocina, ¿las luces estaban encendidas?

—No, pero en la cocina siempre se queda encendida una luz.

—¿No visteis a nadie? ¿Es posible que hubiera alguien escondido?

—Yo no vi a nadie. ¿Y tú?

Noriko negó con la cabeza.

—Ya veo. —Kurihara se pasó los dedos por la barbilla—. Aunque ahora mismo lo desconozco, descubriremos si Tomoko Ichimura estaba relacionada con alguien de aquí. A ver... ¿Qué os parece? Si alguno de vosotros lo hizo, quiero que me lo diga —dijo con suavidad, pero todos se quedaron callados.

—¿No es posible que el asesino sea alguien de fuera? —preguntó Furuta.

—Esta vez, tanto las puertas como las ventanas estaban cerradas por dentro. Si lo hubiera hecho alguien de fuera, uno de vosotros habría tenido que ayudarlo cerrando desde dentro después.

Otro silencio. De repente, Machiko se levantó.

—Quien haya sido, que lo diga de una vez. He practicado muchísimo y me niego a echarlo todo a perder por culpa de otra persona. ¡Ya basta! —exclamó entre lágrimas.

—¡Machiko!

Mari intentó abrazarla, pero su amiga la apartó de un empujón.

—¿Qué haces? Todo esto es culpa tuya. Tú, tú... ¡Mereces que te asesinen!

Había perdido los nervios y no sabía lo que decía. Mari palideció.

Machiko se limpió las lágrimas y recuperó la compostura.

—Lo siento. He perdido el control.

—No te preocupes —contestó Mari—. Ya no somos nosotras mismas. Es normal. Se ha producido un asesinato y todavía tenemos...

Machiko abrazó a Mari.

—Sí. Os entiendo perfectamente —dijo Asakura, mirando a Furuta y a Noriko alternativamente con preocupación—. Pero me hubiera gustado saber todo esto desde el principio.

—Ni siquiera lo saben nuestros padres —le explicó Noriko—. Si me descalifica por falsear los datos de la inscripción, no podré quejarme. Pero, por favor, al menos déjelo participar a él. Si lo hace, yo abandonaré.

—Eso no —dijo Furuta—. Estamos en la misma situación, pero tú tocas mejor. Debes participar tú.

—Un momento —dijo Asakura, suspirando como si estuviera cansado—. Estoy volviéndome loco. Han pasado demasiadas cosas.

Asakura estaba reunido en el salón con Furuta y Noriko. Pensó un momento.

—Tras la marcha de Ōkubo, solo sois seis. Me gustaría continuar con el certamen, así que no podéis retiraros ahora. —Inhaló profundamente—. Lo que me preocupa es que los demás os denuncien.

Tanto Furuta como Noriko bajaron la mirada.

Entonces se abrió la puerta del salón y entraron Mari, Machiko, Kazumi y Maruyama. Llevaban sus violines.

—¿Qué ocurre?

Sin decir nada, los cuatro rodearon a la pareja. Prepararon los arcos sobre las cuerdas y, a la señal de Mari, comenzaron a tocar a la vez. Se trataba de la *Marcha nupcial* de Mendelssohn.

Asakura estaba sorprendido pero contento. Furuta y Noriko se miraron y se tomaron de la mano.

—¡Enhorabuena! —dijo Machiko al terminar el homenaje.

—Tenéis que tocar muy bien en la final —añadió Mari.

—¡Muchas gracias! —exclamó Noriko. Aunque tenía mucho carácter, los ojos se le habían llenado de lágrimas.

—Parece que ya tenemos la respuesta —dijo Asakura, levantándose—. Habéis tocado genial.

—Es lo único que podemos hacer sin la ayuda de un director —apuntó Kazumi. Asakura se rio.

4

—¡Qué maravillosa es la música! —exclamó Harumi—. Me he emocionado de verdad.

—¿Con qué?

—Con la marcha nupcial.

—Ah, es verdad. Ya decía yo que me sonaba.

Harumi miró a su hermano fijamente.

—No me digas...

Aunque casi era hora de merendar, las tres de la tarde, Katayama y Harumi todavía no habían comido y fueron a un restaurante de carretera. Condujo Ishidzu, que había llegado justo a tiempo.

Katayama le preguntó si había comido.

—Hoy solo una vez.

—¿Solo has desayunado?

—No, que solo he almorzado una vez.

Los tres se sentaron en una mesa. Aunque no estaba permitido, *Holmes* los acompañó y se acurrucó en el rincón. La dejaron porque había pocos clientes.

—A mí también me gusta esa composición —dijo Ishidzu.

—¿Cuál?

—La marcha nupcial. Me gustaría escucharla pronto.

Harumi no parecía captar las indirectas de Ishidzu, que para ir a casa del vecino hubiera dado la vuelta entera a la Tierra.

—Te quedarás escuchándola solo —se burló Katayama.

—No sabía que a ti también te gustaba. ¡Qué casualidad!

Las únicas personas a las que no les gustaba la *Marcha nupcial* era a los recién divorciados.

—De todos modos —dijo Katayama—, me hubiera gustado que la final se celebrara cuando el caso estuviera resuelto.

—Todavía nos queda tiempo.

—Es mañana.

—Sí, mañana a las once, ¿verdad? Tenemos todavía veinte horas.

—Ya lo sé —dijo Katayama con una sonrisa forzada—, pero me temo que tardaremos unos días en encontrar a la persona para la que trabajaba Tomoko Ichimura.

—Podría haber atajos para descubrirlo.

—¿Cuáles?

—Podrías ofrecerte como señuelo para el asesino, por ejemplo.

—Estás de broma, ¿no?

—Pero ¿no crees que este asesinato es muy distinto del de la otra mujer, Taeko Obata?

—Sí. Está clarísimo que a la primera la asesinaron fuera de la residencia. Además, intentaron manipularnos valiéndose de las estufas y todo eso. En cambio, la escena de Tomoko Ichimura parece más precipitada.

—Un asesinato improvisado.

—Además, la mataron en la residencia. Si no encontramos huellas en el cuchillo no fue porque las hubieran limpiado, sino porque se mojó de agua.

—¿Crees que hay dos asesinos?

—Naturalmente.

—Entonces debemos investigarlos como casos distintos...

—Pero sabemos con seguridad que fue Tomoko Ichimura quien colocó los micrófonos.

—Es decir, que ambos asesinatos están relacionados con el concurso.

Pensaron en ello mientras tomaban café. Fuera seguía lloviendo.

—¿Mañana hará sol? —preguntó Harumi.

—Si tú se lo pides al cielo, seguro —dijo Ishidzu.

—Cada vez piropeas mejor.

—Aunque salga el sol, lloverá en los corazones de los finalistas.

—Esa frase es de *The Golden Demon*.

—¿No es de *Chūji Kunisada*?

—Qué más da. No se me ocurre ninguna solución.

—¿A qué?

—A lo de Taeko Obata. Las estufas. ¿Por qué las pusieron ahí?

—Pues...

—¿Seguro que fue para enmascarar la hora de la muerte? La hemos identificado y no tenemos a nadie que necesite una coartada.

—Es cierto.

—Creo que tal vez había otra razón para colocarlas ahí.

—Estaría haciendo una prueba —dijo Ishidzu.

—¿Y el orden de las enciclopedias? Debe haber una explicación. Si no es por el calor, ¿para qué encender una estufa?

—Pues... ¿Para secar la ropa?

—Pero no había ropa tendida.

—¿Para secar el cadáver? Aunque no se ahogó.

—Pero olía...

Katayama se quedó pensando.

De repente, *Holmes* levantó la cabeza y bufó.

—¿Qué te pasa?

—Mira, hermano...

En ese momento entró un matrimonio mayor. La señora llevaba un perro blanco.

—Puf. Esto no pinta bien.

Ya era tarde. El perro vio a *Holmes* y empezó a ladrar.

—Ay, Frédéric, ¿qué te pasa? —preguntó la mujer a su perro, que en ese momento escapó de sus manos y corrió hacia *Holmes*... y hacia Katayama.

El detective intentó esquivarlo pero no lo consiguió. El perro se abalanzó sobre él.

Aunque los platos estaban casi vacíos, el animal volcó algunas verduras y la mitad de café sobre los pantalones de Katayama.

Holmes no se quedó mirando y, cuando el perro se subió a la mesa, corrió por las ventanas hacia la puerta del restaurante.

El perro ladró. Volcó los botes de salsas y el azucarero.

Harumi gritó como si la estuvieran matando.

El perro bajó de la mesa de un salto y corrió tras *Holmes*.

—¡Espera, Frédéric!

La mujer se interpuso en su camino, pero no consiguió pararlo. El perro pasó corriendo entre sus piernas y la hizo caerse de culo.

—¡*Holmes*! —gritó Harumi antes de echar a correr. Tanto la gata como el perro habían salido a la calle—. ¡*Holmes*!

—¡Frédéric, Frédéric! —gritó su dueña—. ¡Ven, que vas a pillar un resfriado!

—¡*Holmes*!

—¡Frédéric! ¡Deja a esa gata callejera!

Al oírla, Fíarumi se molestó.

—¡*Holmes*! Deja a ese chucho zarrapastroso. ¡No le hagas caso!

La mujer no pudo contenerse:

—¡Frédériiiiic! ¡Mi amor! ¡No te pongas a su altura, que tú eres alemán y con pedigrí!

—¡*Holmes*! ¡Tú eres un genio! ¡Eres una detective de renombre!

—¡Frédériiiiic, tú vales medio millón de yenes!

—¡*Holmes*, mi reina! ¡Princesa!

—¡¡Excelentísimo Frédériiiiic!!

Al verlas, Katayama sintió tanta vergüenza ajena que deseó esconderse. Tanto los empleados del restaurante como el resto de clientes se partían de risa.

Holmes fue la primera en regresar.

—¡Holmes! ¿Estás bien? Anda, si no estás mojada.

La gata volvió a la mesa y se sentó tranquilamente.

—Habría ido siempre a cubierto.

—Claro, *Holmes* es muy lista —contestó Harumi orgullosamente.

—¿Por qué presumes tanto?

La dueña del perro seguía llamándolo.

—¡Frédéric, amor mío!

Al final, su marido pidió disculpas a Katayama y le dijo a su esposa:

—Ya basta. Calla ya.

—Cállate tú —replicó la mujer, y siguió gritando—: ¡Frédériiiiic! Eres mucho más guapo que mi marido, ¿lo sabes?

El hombre puso cara de enfado y volvió a la mesa.

—¡Oh, Frédéric! Pobrecito, ¿tienes frío?

Harumi no pudo aguantarse la risa.

—Mira eso.

Un perro empapado había entrado tiritando en el restaurante.

—¿Es el mismo perro?

Parecía muy flaco después de mojarse con la lluvia.

—Hombre, ¡qué cambio! —exclamó también Katayama—. Tengo los pantalones empapados de café.

—Vas a tener que secarlos con las estufas.

La mujer levantó al perro en sus brazos y pasó junto a Harumi mirándola fijamente.

—¡Qué capulla! —dijo, sacándole la lengua.

—Déjalo ya.

Holmes maulló. Y el perro ladró otra vez.

—*Holmes*, ya basta. Terminaréis destrozando el restaurante. La gata lo miró. Después, dirigió su cabeza hacia el perro y volvió a mirar a Katayama.

Era esa mirada.

—¿Quieres decir algo?

Katayama se fijó en el perro. Tenía el pelo mojado y pegado al cuerpo.

—Un momento...

—¿Qué pasa? —le preguntó Harumi.

—¡Eso es!

El detective se levantó de repente.

—Pero ¿qué te pasa?

—Ya lo sé.

—¿Qué?

—Las estufas. Ya sé por qué encendieron las estufas.

—¿En serio?

—Taeko Obata fue asesinada dentro, no fuera.

—¿Dentro?

—Sí. En la biblioteca.

—Pero no había manchas de sangre.

—Esa es la clave. Fue un truco. —Katayama subió a *Holmes* en brazos—.

Ishidzu, ven conmigo.

—De acuerdo.

—Necesito a alguien fuerte —explicó. Mientras caminaba hacia la puerta, añadió—: Harumi, paga tú.

Katayama abrió la puerta de la biblioteca de par en par.

—Sí. Esta puerta se abre del todo. Eso es un punto a favor.

—¿A qué te refieres?

—Vamos a ver. El cadáver estaba sobre la alfombra de pelo largo. No había manchas de sangre ni indicios de que la hubieran limpiado. Por lo tanto, se supone que Taeko Obata fue asesinada fuera de la residencia.

—Así es.

—Pero ¿y si la alfombra no estaba cuando la mataron?

—¿No estaba?

—Así es. Quitaron la alfombra, la mataron, limpiaron la sangre que había caído en el suelo y esperaron a que se secase por completo. Después, sacaron el cadáver y volvieron a poner la alfombra. Y al final colocaron el cadáver encima de la misma.

—Es imposible —dijo Harumi—. Hay tres estanterías apoyadas sobre la alfombra. No se puede...

—No es así. —Katayama se acercó a una de las estanterías—. Están sujetas a la pared. Es decir: están encima de la alfombra, pero entre el mueble y el suelo hay un espacio.

—Pero, mira, apoyan en ella. Aunque quitaran la alfombra, sería imposible volver a colocarla.

—Vamos a probarlo. Venga, Ishidzu, te toca.

—¿Qué tengo que hacer?

—Bajar los libros.

—¿Cuáles?

—Todos.

Ishidzu lo miró.

—¿Todos?

—Sí. Luego te dejaré salir con Harumi.

—¿De verdad? —Ishidzu se quitó la chaqueta alegremente y se remangó la camisa hasta el codo—. ¡Vamos, allá!

—No hace falta exagerar. Harumi, trae dos sillas del comedor.

—De acuerdo.

Harumi les trajo dos sillas. Los dos hombres empezaron a bajar los libros y la chica los llevó al pasillo.

Tardaron poco más de una hora en sacar todos los libros. Estaban sudando por la tarea.

—Solo *Holmes* sigue fresca —dijo Harumi, jadeando—. ¿Y ahora?

—Necesitamos agua.

—¿Tienes sed?

—No, pero necesito dos teteras grandes.

—Pues hacedlo vosotros —dijo Harumi perezosamente.

Katayama e Ishidzu fueron a por las teteras.

—¿Qué hacemos con esto?

—Mira.

Katayama se acercó a una estantería y se agachó. A continuación vertió el agua de la tetera debajo del mueble.

—¿Qué estás haciendo?

—Voy a empapar la parte de la alfombra que está debajo de la estantería. Mira, es de muy buena calidad y tiene el pelo muy largo. Cuando se moja, se pega al suelo, como ese perro. Bien, Ishidzu, tú hazlo en aquel lado.

—De acuerdo.

Después de mojar los tres lados, Katayama dijo:

—Ahora vamos a tirar de la alfombra, Ishidzu, agarra ese lado.

—Vale.

Levantaron las esquinas de la alfombra.

—¡Uno, dos y tres!

A la señal de Katayama, tiraron de la alfombra. Se movió con bastante mayor facilidad de lo que esperaban.

—Lo habéis conseguido —dijo Harumi.

—Claro. Mira, hay un hueco debajo de las estanterías.

—Sí, es verdad. Están ancladas a la pared.

—Con libros es complicado, pero estando vacías, el peso no empuja hacia abajo y solo están fijadas a la pared. Vale, veamos si podemos volverla a poner, Ishidzu, vete al otro lado.

No fue tan fácil como sacarla pero, al estar húmeda, se deslizaba bien sobre el suelo vinílico. Así, volvieron a colocarla en su lugar.

—Y ahora guardemos los libros.

—Entiendo. Como los colocaron con prisa, el orden no fue el mismo.

—Exactamente. Encendieron las estufas para secar la alfombra. Además, sabían que colocándolas alrededor del cadáver parecería que las habían usado con otro objetivo.

—Entiendo. Pero... ¿Quién lo hizo?

—Ahora vamos a eso. Cerca del cadáver había polvo blanco. Imagino que era polvo de resina.

—¿Polvo de resina?

—La resina es necesaria no solo para el violín, sino para otros instrumentos de cuerda. El arco se frota con un bloque sólido de resina. Lo he visto hacer varias veces. Y, mientras tocan, el polvo sale volando de las cuerdas. Imagino que se trata de ese polvo.

—Si dices que había polvo de resina...

—Debe ser alguien que toque el violín.

—Pero... ¿Quién será?

—¿No lo sabes todavía? Bajar todos esos libros y luego devolverlos a su sitio es mucho trabajo. Aunque Tomoko Ichimura hubiera ayudado, dos mujeres no habrían conseguido terminar a tiempo. Tampoco habría sido fácil para un hombre como Furuta.

—Entonces...

Harumi estaba a punto de pronunciar el nombre cuando se oyó una voz.

—Así es.

Los tres se dieron media vuelta.

—Fui yo —dijo Maruyama. Parecía agotado—. Fue Tomoko quien mató a esa mujer, pero yo estaba presente. Yo la visitaba todas las noches.

—Y a Tomoko Ichimura...

—La maté yo.

—Maruyama... —dijo una voz femenina.

Era Mari, que se había detenido a los pies de la escalera.

—Sakurai, me dijeron que tú eras la rival principal. Pensé que, si me libraba de ti, ganaría. Lo siento.

—¿Yo? Yo no soy nadie...

Mari se apoyó en la pared con tristeza.

—¿Pagaste a Tomoko Ichimura?

—Sí... Era una mala mujer. Cuando la conocí, me dijo que era viuda, pero más tarde descubrí que había asesinado a su marido. Se gastó toda la herencia y estaba dispuesta a todo para conseguir dinero, así que decidí proponérselo.

—¿Por qué la mataste?

—Asesinó a esa anciana sin pensárselo dos veces e intentó manipular la situación para que no la descubrieran, como acabáis de comprobar. Empecé a tenerle miedo. Anoche, después de acostarme con ella, le dije que quería dejar de verla, pero ella...

—No quería cortar la relación.

—Así es.

—Te amenazó con contar todo lo que habíais hecho si rompías con ella.

—Exactamente. La tranquilicé y me fui de la habitación, pero estaba muy, muy cabreado. Busqué un cuchillo en la cocina, volví con ella y la maté cuando estaba a punto de ducharse. —Maruyama se quedó un momento en silencio. Después miró a Katayama y dijo—: Quería pedirte un favor.

—¿Qué?

Sacó una carta.

—Por favor, dásela al maestro Asakura.

—¿Qué es esto?

—Es mi renuncia, con la fecha de ayer. Si me detienen después de abandonar, no perjudicaré al certamen ni a los demás, ¿verdad?

—Maruyama... —murmuró Mari.

—Está bien —dijo el detective, asintiendo con la cabeza—. Te prometo que se la daré.

—Katayama, ¿qué hacemos con los libros? —preguntó Ishidzu, señalando las montañas de libros del pasillo.

—Déjalos. Ya se ocupará alguien.

El detective se giró y en ese mismo instante Maruyama echó a correr.

—¡Espera!

—¡Maruyama!

El joven subió las escaleras corriendo. Katayama e Ishidzu lo siguieron, y también Harumi, Mari y *Holmes*.

Cuando llegaron a la habitación del muchacho, la puerta estaba cerrada.

—Oye, abre la puerta. No seas tonto.

—¡Maruyama, sal de ahí! —gritó Mari.

Aunque estaban insonorizadas, las puertas del resto de habitaciones se abrieron.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Noriko.

—Maruyama... Maruyama... —dijo Mari con voz temblorosa.

Katayama e Ishidzu golpearon la puerta con sus cuerpos y está empezó a ceder.

—La ha bloqueado con la cama. Echadme una mano. Tenemos que empujar.

Juntos empujaron la puerta y poco a poco consiguieron abrirla.

—Ya podemos entrar.

Katayama entró de lado. Cuando Ishidzu intentó seguirlo, le costó debido a su volumen.

Al entrar en el cuarto de baño encontró a su cuñado sin color.

—¿Estás bien? —le preguntó Ishidzu. A continuación entraron los demás. Katayama se recuperó y gritó:

—¡No entréis!

Pero era demasiado tarde.

—¡Dios mío! —gritó Mari.

Maruyama estaba en el suelo con un cuchillo en la mano. A diferencia de Okubo, él se había abierto la garganta. Era obvio que ya no respiraba.

—Dedicarse a la música es arriesgar la vida —dijo Ishidzu.

Aunque no era del todo cierto, para ser una frase de Ishidzu no estaba mal.

Eran más de las once de la noche.

Doce horas después comenzaría la final del certamen Stanwix. ¡Qué largo camino los había conducido a aquel momento!

—Puf, estoy harta. Todo esto me deprime —dijo Harumi.

Hacía mucho que no estaban a solas. Katayama y *Holmes* seguían en la residencia.

—Me apetece una copa —dijo Harumi, así que pararon en un bar.

—Pero se ha resuelto antes de la final —dijo Ishidzu.

—Menos mal. ¿Quién habría dicho que el asesino era Maruyama? Parecía muy majo.

—Las apariencias engañan.

—La verdad es que sí. Pidamos otra ronda.

—¿Estás bien?

—Sí, no pasa nada. Si me emborracho me acompañarás a casa, ¿verdad?

—Por supuesto que sí —contestó Ishidzu, subiendo el tono de voz.

—Tú no eres de esos que aprovecharían la situación para llevarme a un hotel, ¿no?

—Confía en mí.

—Sí. No eres nada peligroso.

Ishidzu no sabía si eso era bueno o malo.

Harumi se bebió la copa.

—Pero...

—¿Qué?

—Es que no me convence del todo.

—¿A qué te refieres?

—No puedo creer que Maruyama atacara a Mari o que participara en el asesinato de una mujer que nada tenía que ver con él.

—Las apariencias engañan, ya te lo he dicho.

—Si hubiese hecho todo eso, ¿habría confesado? ¿Se habría molestado en presentar su renuncia en el concurso? ¿Y se suicidaría?

—Uhm.

—Confesó aunque apenas había pruebas en su contra. Es muy raro.

Harumi negó con la cabeza.

Era un bar pequeño. Sonó un teléfono; era para una clienta.

—Vaya, ¿cómo sabías que estaría aquí? Acabo de llegar. Ah, ¿Ken te ha llamado? ¡Qué sorpresa! ¡Y yo que había creído que eras adivino!

Harumi dejó su copa.

—Por cierto...

—¿Qué pasa?

—Había olvidado la llamada.

—¿Qué llamada?

—La que recibí en el restaurante.

Se refería a la llamada para comunicar que tanto Mari como Machiko habían pasado a la final, y a la que recibió inmediatamente después, en la que alguien le advirtió que no dejaría ganar a Mari.

El caso empezó con esas llamadas, pero las había olvidado, pensó. ¿Cómo sabía la persona de la segunda llamada que Mari era finalista? ¿Y cómo sabía que estaba en aquel restaurante?

¿Quién realizó aquella llamada? No había vuelto a pensar en ello porque supuso que lo había hecho la mujer que había seguido a Mari al restaurante.

Pero Taeko Obata no tenía razones para desear que Mari fracasara. Le era indiferente, si es que estaba al tanto siquiera. A ella solo le interesaba que Mari era su hija.

—Harumi —dijo Ishidzu con preocupación—, ¿estás bien?

—Un momento, está a punto de llegarme —dijo, y siguió pensando: *Y a la primera cocinera, Kyōko Hamao... ¿Quién la mató? ¿Fue Maruyama o Tomoko Ichimura? En ese caso, ¿cómo descubrieron que Kyōko Hamao iba a ser la cocinera? La asesinaron el mismo día de su entrevista de trabajo, por eso no volvió al día siguiente.*

Es de suponer que el asesino salió a su encuentro. Alguien debió avisarlo.

¿Fue Suda? Pero él no habría tenido que asesinarla, podría haberla rechazado para el puesto de cocinera. Entonces... Solo queda una persona. Kazuyo Michihara, la secretaria.

Holmes abrió los ojos.

Unos pasos se acercaron por el pasillo.

Alguien llamó a la puerta. Katayama estaba tan inquieto que se despertó enseguida.

—Sí, ¿quién es? —preguntó.

En lugar de contestar, volvieron a llamar a la puerta. Katayama salió de la cama bostezando y se puso una bata.

—Un momento.

Quitó la cadena y abrió la puerta.

Era Mari, en pijama.

—¿Qué te pasa?

—Por favor, déjame entrar.

—Sí, claro. Adelante.

Katayama cerró la puerta pero dejó la cadena sin poner. Lo contrario habría sido inapropiado.

Mari se sentó en la cama.

—No puedo dormir.

—Es tarde. Y mañana es la final.

—Ya lo sé. Oye...

—Dime.

—Mañana es el último día.

—Sí.

—Yo... Te quiero.

—Soy un donnadie —le dijo de corazón.

—No lo creo. Me da igual que no sepas distinguir entre Ravel y Debussy.

¿Qué? ¿Ravel y Dabuti?, pensó.

Mari se levantó y se acercó a él muy despacio. Como siempre, Katayama dio un paso atrás, pero la joven fue más rápida.

Rodeó el cuello del detective y lo besó. Katayama se quedó paralizado.

—Oye, oye... Debes irte a descansar ya.

—No voy a volver a mi cuarto.

—¿Qué?

—No me iré de aquí hasta que me hagas tuya.

—¿Qué dices? Si soy un viejo.

—¡Cállate ya!

Mari lo agarró de la mano y lo llevó a la cama.

—¡Suéltame! Vas a romperme el pijama.

—No pasa nada, ahora nos lo quitamos.

—¡No voy a quitarme nada!

—Pues yo sí.

Le soltó la mano de repente y Katayama tropezó.

Holmes cerró los ojos con expresión aburrida.

Mari se quitó la parte superior del pijama. El cuerpo de la joven destacaba en la oscuridad. Katayama tragó saliva.

—Vas a pillar un resfriado.

—Pues caliéntame tú.

La muchacha se acercó al detective, que seguía sentado en el suelo. Se sentó frente a él y lo miró fijamente, con inocencia y seriedad.

—No me pidas que me vaya, por favor.

Katayama pensó que podía hacerle daño haciéndole el amor, pero le haría más daño todavía si la rechazaba.

—¿Estás segura? —le preguntó.

—Sí, claro. Estoy preparada.

No podía seguir rechazándola. Le acarició la mejilla con una mano y Mari se apoyó en él. Se abrazaron sobre la mullida alfombra.

A pesar de su ginefobia, Katayama la abrazó con fuerza. Mari suspiró.

Entonces se abrió la puerta lentamente y apareció una mano con un cuchillo. La pareja, que estaba en el suelo, no percibió la sombra.

La mano alzó el cuchillo.

Holmes maulló.

El cuerpo flexible de la gata voló como una pelota para detener el cuchillo y el animal clavó las garras en la cara de la mujer.

—¡Aaaaah! —gritó, lanzando el cuchillo al suelo. Se zafó de *Holmes* y echó a correr por el pasillo.

Katayama se incorporó rápidamente.

—Quédate aquí —le dijo a Mari antes de salir corriendo. La mujer estaba en el pasillo, cubriéndose la cara con las manos.

El detective agarró a la mujer de la mano, intentando detenerla, y forcejearon hasta que ambos cayeron al suelo. Él se levantó, jadeando.

Mari salió del dormitorio poniéndose el pijama.

—¿Quién es?

—Kazuyo Michihara. Es la secretaria de Asakura.

En ese momento sonó el teléfono.

—¿Puedes responder?

—Sí, claro.

Mari volvió a entrar en la habitación.

—¿Diga? Ah, Harumi. Soy Mari.

—Escucha, la asesina es Kazuyo Michihara.

—Sí, ya lo sé. Ahora mismo está tirada en el pasillo.

—¿Tirada? ¿La habéis atrapado?

—Parece que sí.

—Menos mal, entonces... —dijo Harumi, suspirando—. ¿Tú qué hacías en la habitación de mi hermano?

—Kazuyo Michihara era la hermana de Saiji Maruyama —les explicó Katayama.

—Comprendo —dijo Kurihara, asintiendo con la cabeza—. Todo lo planeó ella, ¿verdad?

—Eso parece. Por lo visto cambió su apellido a Michihara cuando se casó. Tras divorciarse, mantuvo el apellido de su marido.

Estaban en el salón. Eran las cuatro de la madrugada y los finalistas estaban en sus dormitorios.

No sabían si conseguirían dormir, pero estaban en la cama.

Harumi había aparecido en la residencia con Ishidzu.

—Entonces, Maruyama confesó para proteger a su hermana.

—Así es. Y después se suicidó. Al enterarse de su muerte, la hermana vino aquí con un cuchillo. ¿Cómo supiste que era ella?

Harumi les contó sus deducciones sobre las llamadas.

—Vaya —dijo Kurihara con admiración—. Un razonamiento excelente. Ojalá trabajaras para mí en lugar de tu hermano.

Katayama tosió ligeramente.

—De todos modos, esa mujer estaba obsesionada con que su hermano ganase el certamen. Por eso empezó a trabajar para Asakura, buscando un enchufe.

—Pero llegar hasta el asesinato...

—Ya. Este concurso habría sido una oportunidad enorme para él. Imagino que se enteró de que la rival principal era Mari Sakurai al escuchar los comentarios de Asakura. Su deseo de hacerla desaparecer la llevó al extremo, ¿no?

—¿Y fue también ella quien intentó agredirla en la calle?

—Sí, lo ha reconocido. También empujó a la madre de Mari al lago.

—Siempre creí que Taeko Obata no tenía fuerza suficiente para eso.

—Supongo que conocía a Taeko Obata desde hacía tiempo y que más tarde se le ocurrió meterle en la cabeza la idea de que Mari era su hija.

—Para desequilibrarla.

—Como no funcionó, se impacientó e intentó agredirla, pero se equivocó de persona.

—Y desde entonces la policía vigiló a Mari todo el tiempo.

—Así es. Entonces se le ocurrió enviar a Tomoko Ichimura como cocinera. Se conocían.

—¿Y por qué asesinó a Kyōko Hamao?

—Porque Tomoko Ichimura llegó tarde. Kyōko Hamao se le adelantó y fue contratada. Entonces, Kazuyo llamó a Tomoko para que lo arreglase como fuera. Fue ella quien mató a Kyōko.

—¡Qué locura!

Así consiguió el puesto de cocinera. Tomoko instaló los micrófonos, que se descubrieron tras el terremoto. Además, Kazuyo no consiguió matar a la madre de Mari. Sus planes empezaron a fallar.

—Pero ¿no habría sido más fácil venir a por Mari?

—No creo. Si un finalista muriera o resultara herido, podrían haber cancelado el concurso.

—Entiendo. Y entonces no serviría de nada.

Por eso preparó la escena de Taeko Obata para que pareciera que había sido asesinada fuera.

—Pero ¿por qué la mató? ¿Solo para alterar a Mari?

—Puede ser, pero es posible que temiera que terminara hablando. Como Kazuyo le había metido en la cabeza la idea de que Mari era su hija, Taeko insistía en verla. Para Kazuyo, Taeko ya no era útil y, si seguía viva, podría hablar de lo ocurrido, así que decidió matarla. Pero pensó que, ya que lo hacía, aprovecharía para desestabilizar a Mari.

—Y Maruyama hacía todo lo que su hermana decía.

—Sí. Pero si su hermana estaba haciendo todo aquello por él, ¿qué podía decirle? Además, era el amante de Tomoko Ichimura. Estaba en una situación difícil.

—Entonces, era mentira que la conociera desde hacía tiempo, ¿no?

—Creo que eso era lo que le había comentado su hermana. Mató a Tomoko porque empezó a hablar mal de su hermana o algo así.

—¿Y cómo trajo a Taeko Obata hasta aquí?

—Fue Kazuyo la que la trajo. Seguro que le dijo que la dejaría ver a Mari. Si la hubiera matado fuera, podría haberlo visto alguien, quizá desde una ventana, así que la dejó entrar y la mató en la biblioteca. Y después cortó el vidrio de la ventana para que pareciera que habían entrado desde fuera.

Se quedaron en silencio.

—De acuerdo. Muy bien —dijo Kurihara—. Por fin hemos cerrado el caso.

—¡Qué cansancio! —dijo Ishidzu.

—Marchaos a casa a descansar.

—Sí, eso haremos —dijo Harumi. Se levantó y añadió—: Ah, hermano, una última pregunta.

—Dime.

—¿Has llegado hasta el final con Mari?

—¿Qué? —Katayama palideció—. ¡Déjame en paz!

Harumi se echó a reír.

6

—¡Qué desayuno tan lujoso! —exclamó Furuta—. ¿Quién ha preparado todo esto?

—Yo —contestó Noriko—. Con Mari, Machiko y Kazumi.

—O sea, el equipo de las chicas —dijo Furuta con una sonrisa forzada—. Soy el único hombre que queda.

—Mucho ánimo —dijo Katayama.

—Hace muy buen tiempo. Va a ser un día estupendo —dijo Machiko.

—¿El tiempo influye? —le preguntó Katayama.

—Los violines suenan mejor cuando no hay humedad —dijo Furuta.

—Ah.

—Quedamos pocos —dijo Kazumi.

Faltaban Ōkubo y Maruyama, y tampoco estaba Tomoko Ichimura.

—Creo que nunca olvidaré esta semana —dijo Kazumi, emocionada.

—Ninguno de nosotros —dijo Noriko.

Mari estaba callada. Casi no había dormido la noche anterior y tenía los ojos enrojecidos, pero su rostro transmitía paz.

—Muchas gracias por todo, detective —dijo Furuta.

—De nada. Es mi trabajo —contestó Katayama, ruborizándose un poco.

—Después del concurso me gustaría quedar contigo un día —dijo Kazumi—. No intentaré estrangularte de nuevo, lo prometo.

—Por favor —dijo Katayama, riéndose.

El detective miró a Mari. La joven se puso roja y bajó la mirada.

—Ya ha terminado todo, ¿verdad? —le preguntó Noriko.

—Sí, ha terminado. No ocurrirá nada más.

—Entonces podremos tocar sin ninguna preocupación.

La agradable voz de Noriko sonaba bien aquella mañana.

—Vendrá un autobús a recogeros —dijo Katayama mirando su reloj.

—¿Tú también vienes con nosotros?

—No, antes tengo que pasar por comisaría. Iré más tarde —dijo, y miró a *Holmes*—. Con ella.

La gata levantó la cabeza y maulló. Todos se rieron.

—¿Ya han salido todos? —preguntó Katayama, mirando a su alrededor—. Bueno, entonces cerraré.

Cerró la puerta con la llave.

La semana había terminado. Había sido larga.

El detective caminó hacia su coche. *Holmes* lo siguió.

Los finalistas ya habían subido al autobús. Katayama se metió en su coche, dejando a *Holmes* en el asiento del copiloto, y arrancó.

—Nos vamos.

Pisó el pedal y el coche aceleró. Miró la residencia por el espejo retrovisor.

—¡Qué semana tan dura! —dijo a *Holmes* tras incorporarse a la carretera principal—. Pero no ha estado mal. Al final hemos resuelto el caso y he tenido ocasión de besarla... Uhm, no ha estado mal, ¿verdad?

Holmes bostezó.

—¿A que es guapa y atractiva?

—¿Tú crees?

El detective miró hacia atrás, sorprendido.

Mari estaba sonriéndole.

Detuvo el coche en el arcén.

—¿Qué haces?

—Estoy aquí sentada.

—Eso ya lo veo. Tengo que ir a comisaría y tú deberías estar en el autobús.

—He decidido no participar en la final.

Katayama se quedó bloqueado.

—Pero...

—Ya estoy harta —lo interrumpió Mari—. Anoche estuve pensando. La gente discute e incluso se mata en nombre de la música, pero están muy equivocados. La culpable es la competición.

—Ya, pero...

—Lo siento mucho por mi madre, pero voy a dejar el violín.

Katayama no encontraba las palabras.

El punto de vista de Mari le parecía lógico, pues varias personas habían perdido la vida por su causa. Lo entendía.

—Oye, Katayama...

—Dime.

—Llévame a algún sitio.

—¿A dónde quieres ir?

—A un hotel.

—¿Lo dices en serio?

—Claro. Anoche, si no nos hubieran molestado... Tú también lo deseabas.

—Bueno, sí.

No podía negarlo.

—Por favor, no quiero dejarlo así.

Katayama pensó un momento.

—Vale, vamos a buscar un hotel.

—¡Qué bien! Gracias —exclamó Mari, saltando en el asiento.

—Oye, este coche es oficial. Pasa delante.

—Vale.

—Y tú, *Holmes*, vete atrás.

Holmes saltó con pereza al asiento de atrás. Mari se sentó en el del copiloto.

—Vamos un poco lejos. ¿No tienes sueño?

—Sí, un poco.

Duérmete entonces. Te despertaré cuando hayamos llegado.

—¿Puedo apoyarme en ti?

—Sí, claro.

Mari puso la cabeza sobre el hombro del detective, que arrancó el coche.

—Me siento feliz.

—¿Sí?

—Sí. Es la primera vez que me siento así. Siempre me siento presionada.

—Descansa.

—Sí. Me dormiré en tus brazos.

Mari cerró los ojos y suspiró.

Katayama siguió conduciendo un rato antes de detener el coche. La chica estaba dormida.

Puso las manos en el volante. Después de mucho pensar, inhaló profundamente y arrancó.

Katayama paró el coche y tocó el hombro de Mari.

—Hemos llegado. Despierta.

La joven abrió los ojos. Parpadeó un par de veces y le dedicó una sonrisa.

—Buenos días.

Sintió un pellizco en el corazón.

¡Qué guapa es! Ah, ¡qué imbécil soy!, pensó.

Mari miró por la ventanilla.

—¿Qué hacemos aquí?

Ante ella se alzaba el edificio del auditorio.

—¡Eres un mentiroso! —gritó.

Katayama sintió un dolor en el pecho, como si le hubieran arrancado una parte.

—Si no hubiéramos venido, más tarde te habrías arrepentido. —Mari apartó la mirada—. Escucha, entiendo lo que sientes. Creo que tienes razón en lo que dices: el concurso no tiene nada que ver con la música. Pero creo que eso es culpa de los humanos. ¿No crees?

Mari no le contestó.

—Yo no entiendo de música, pero cuando tocas algo de Mozart o de Beethoven... Bueno, a ti te gusta ese tipo de música, ¿verdad? Si es así, deberías tocar. Tienes el don de hacer que la música llegue hasta los demás. —Se detuvo un momento antes de continuar—: Aunque algunos músicos cometan errores, eso no es culpa de Mozart ni de Beethoven. ¿No crees?

Mari miró a Katayama. Parecía estar a punto de llorar. Después, miró el auditorio.

—Si te vas ahora mismo, llegarás a tiempo.

—Pero... No tengo mi violín.

—No te preocupes, está en el autobús. He llamado para preguntarlo.

Mari volvió a mirarlo. Tenía lágrimas en los ojos.

—Vete ya.

La joven abrazó a Katayama. Sus labios estaban salados por las lágrimas.

Se separó de él y abrió la puerta. Y corrió sin mirar atrás.

Katayama suspiró.

—Oye, *Holmes*, ¿crees que soy tonto?

—*Miau* —maulló la gata.

—¡Qué cabrona! —dijo el detective, riéndose.

El aplauso fue enorme.

El salón estaba lleno y había una gran excitación.

Katayama estaba junto a Harumi y Asakura. *Holmes* también estaba «disfrutando» al lado de Harumi.

Al otro lado de Asakura se encontraba Stanwix. Aquel hombre de aspecto generoso lo tenía todo grande: las manos, el cuerpo y los ojos.

—En los solos no ha sido fácil diferenciar el nivel de cada uno —dijo Asakura—. Sin embargo, en la interpretación de la nueva composición... Mari Sakurai ha mostrado más profundidad que los demás. Si toca bien el concierto, la ganadora será ella.

Harumi asintió.

—¿Qué pieza es?

—No lo sé. Depende de la suerte. Si le toca Sibelius, lo hará a la perfección.

—La siguiente es la señorita Mari Sakurai —anunció el presentador—. El segundo y tercer movimiento del *Concierto para violín en Re mayor* de Tchaikovsky.

—No es su especialidad —murmuró Asakura.

—¿Por qué no toca el primero? —preguntó Harumi.

—Es muy larga. Si lo tocara completo, se cansaría y no sería justo.

Mari apareció en el escenario con un vestido largo de color azul. Se oyó un enorme aplauso. El violín iba bien con su figura esbelta.

Cruzó una mirada con el director e indicó el inicio con un movimiento de cabeza.

La batuta se elevó. Hubo una introducción de los instrumentos de viento, madera y metal.

Mari se colocó el violín y preparó el arco.

La sala se llenó de una melodía nostálgica, como un hilo de seda. El público escuchaba sin respiración.

Stanwix susurró algo.

—Dice que ella está enamorada —les explicó Asakura en voz baja.

A Katayama le pareció que el violín sollozaba.

SEXTO CAPÍTULO

¡OTRA, OTRA!

—¡Que aproveche! —dijo Asakura.
Estaban en el jardín de la mansión de Asakura. En la mesa había una humeante bandeja de carne a la barbacoa.

—Yo ya estoy lleno —dijo Katayama.

—Yo también. He comido mucho —asintió Harumi.

—No seáis tímidos. ¿Queréis beber algo?

Asakura sirvió una cerveza a Harumi.

Era una tarde soleada.

—Muchas gracias por todo. El concurso ha acabado bien gracias a vosotros.

—No te preocupes. Es mi trabajo —dijo Katayama.

—Y Mari...

—Tras ganar el concurso, seguramente saldrá de gira.

—¡Qué maravilla! ¿Verdad, hermano?

—Bueno, sí... —contestó Katayama con ambigüedad.

—Ah, por cierto —dijo Harumi—, quería preguntarte una cosa.

—Dime.

—Hay dos cuestiones que me tienen intrigada: la octava partitura y la muerte del señor Suda. ¿Sabe algo de ello?

—Ah, eso. —Asakura sonrió—. Sabía que algún día tendría que confesarlo.

—¿Puedes explicarlo?

—Por supuesto. Los dos problemas fueron en realidad el resultado de uno solo. Yo salía con la madre de Noriko Tsuji. Ella, después de acostarse conmigo, me pidió una copia de la partitura. Me negué, aunque tenía la octava copia. Te hice creer que no tuve nada que ver, pero en realidad fui yo quien encargó una más. Mentí.

—Oh...

—Pero Suda descubrió que había una copia adicional. No lo sé con seguridad, pero creo que me la quería robar para venderla.

—Por eso aquella noche...

—Así es. Convenció a la asistenta para buscar la partitura en mi casa. Cuando volví con la madre de Noriko, subió para buscarla allí. —Asakura señaló con un dedo la sala de música en obras—. Se encontraba en la sala, todavía buscándola, cuando ocurrió el terremoto.

—Qué susto, ¿no?

—Ya debía estar nervioso... Y encima un terremoto. Tuvo un ataque al corazón y se desplomó en el andamio.

—¿En el andamio?

—Sí, pero yo no lo sabía. Lo descubrí allí cuando subí para enseñarte la sala.

—¿En ese momento?

—Sí. Primero entré yo solo, ¿recuerdas? Entonces lo encontré. ¡Qué susto me llevé! En ese instante no supe qué hacer. No sabía cómo explicar que Suda estuviera allí, muerto. Tampoco sabía que había sido un paro cardíaco.

—¿Y qué hiciste?

—No podía pensar con claridad, pero tampoco podía hacerte esperar mucho tiempo. Quise ocultarlo porque en aquel momento no podía permitirme un escándalo. Entonces intenté levantarlo pero no pude; volqué una lata de adhesivo y el cadáver cayó bocarriba. Se quedó pegado al andamio. Por mucho que tiré, no conseguí moverlo. Así que...

—Entiendo —dijo Harumi—. Le diste la vuelta a la base del andamio.

—¿A la base? —preguntó Katayama.

—Sí. Era un tablón apoyado en la estructura metálica del andamio.

—Así es. —Asakura asintió con la cabeza—. Suda se quedó colgado, pegado a la tabla del andamio.

—Pero en realidad lo que estaba pegado era la espalda de la chaqueta. Se rompió un botón, que más tarde encontraron en el césped, y el cadáver cayó.

—Así es. Se cayó quitándose la chaqueta.

—Entiendo. —Harumi asintió con la cabeza—. ¿Y quién inició el incendio?

—Fui yo. Temía que encontrasen la chaqueta. Si se quemaba, nadie sabría dónde se había quedado pegada. Siento mucho todas las trabas que os puse.

—No te preocupes. Solo queremos saber la verdad, ¿cierto, hermano?

—Sí... —asintió Katayama. *Además, a estas alturas no podríamos hacer mucho más,* pensó.

—Eres una chica maravillosa —dijo Asakura.

—Muchas gracias.

—Como Suda ha fallecido y Kazuyo ha acabado entre rejas, me gustaría ofrecerte el puesto de administradora. ¿Qué te parece?

—¿De verdad?

—Sí, pero... —Asakura echó una mirada a Katayama y continuó—. Nada, olvídale, por favor. Tu hermano me está mirando como si fuera un ligón.

—¿Yo? Para nada... —dijo Katayama, apurado.

—Tendré que buscar empleada en otro lado —dijo Asakura, riéndose—. Soy viejo y no estoy tan loco como para querer ir a la cárcel por una jovencita.



JIRŌ AKAGAWA (Fukuoka, Japón, 1948). Es un autor irremisiblemente unido al género de las novelas de misterio en su país de origen.

Influenciado intensamente por el manga gracias al impacto que produjo en él la obra de Osamu Tezuka (considerado padre del manga) y por *Las Aventuras de Sherlock Holmes* de sir Arthur Conan Doyle, empezó a escribir sus propias historias a una edad muy temprana y se manifestaba constantemente como un joven muy imaginativo.

Tras graduarse y trabajar varios años primero en una librería y luego en *La Sociedad Japonesa de Ingenieros Mecánicos* cuando parecía que difícilmente escribiría novela alguna, en el año 1975 empezó a trabajar en su faceta literaria. El año siguiente debutó con la obra: *El tren fantasma*, que recibió el galardón *All Yomimono* al autor novel de novelas de misterio.

El año 1978 publicaría su *best seller*: *Las deducciones de Holmes, la gata calicó* que lo convirtió en un autor sumamente popular entre los lectores, que siguieron esa serie y las muy diversas obras que el autor fue publicando de forma continua. En ellas, el autor demuestra su talento prolífico para contar las historias en su mayoría focalizadas en el género del misterio; sea con historias detectivescas, novela negra o historias con protagonistas corrientes que se enfrentan a misterios o simplemente los provocan. Todas ellas salpicadas de sentido del humor e ironía, en las que no faltan elementos escabrosos.

Su debut y la primera novela de *Holmes* solo sería el principio de una larga trayectoria en la que con su talento, ha trabajado e innovado el campo del misterio en toda su amplitud. Talento que se ha visto ampliamente reconocido con el *Premio Kadokawa al Género de la Novela* por *El réquiem de consagrarse a una esposa terrible* (1980), el galardón en reconocimiento a los logros de toda una vida en la literatura de misterio japonesa, (2006) y las diversas nominaciones entre los años 1979-1982, en premios de renombre como el *Galardón del Gremio de Escritores de Misterio Japoneses* el *Premio Naoki* y el *Premio Eiji Yoshikawa*.

Durante más de treinta años de trayectoria ha publicado más de 480 novelas. Dos de las más populares entre los jóvenes fueron *Una voz del cielo* y *Uniformes de escolares y ametralladoras* que han tenido su correspondiente adaptación bien a la animación, o bien al cine de imagen real.

Sin embargo, las obras que han tenido más fama han sido sus once series de novelas, entre las cuales destacan la de *Holmes*, *la gata calicó*, *La tres hermanas detectives* y *La familia Hayakawa*.

Asimismo, también ha trabajado en la adaptación de muchas de sus obras al cine, al mundo de los videojuegos y a la televisión en formato de serie televisiva, que a lo largo de los años han ido apareciendo de forma casi constante en las diversas cadenas japonesas.

Notas

[1] El *samisén* o *shamisen* es un instrumento de cuerda tradicional japonés hecho con piel de gato o perro. <<

[2] Conglomerado empresarial controlado por una o varias familias que está presente en casi todos los sectores económicos. Desaparecieron o evolucionaron después de su prohibición después de la Segunda Guerra Mundial. <<

[3] Sopa con tallarines y otros ingredientes. <<

[4] Fantasma tradicional japonés con el cuello increíblemente largo. <<



GRANDES DETECTIVES

Jirō Akagawa

LOS MISTERIOS DE LA GATA HOLMES

LA RAPSODIA DE LA GATA HOLMES



Llectulandia

